

Cuentos y monólogos

Scholem Aleijem

Estudio preliminar: Jaime Barylko

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

La traducción de esta obra ha sido efectuada por Mario Cales

1980 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina.

Impreso en abril de 1980.

Pliegos interiores: compuesto en Linotipia Birsa, Rocamora 4146, Buenos Aires;

Impreso en Talleres Gráficos FA.VA.RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires.

Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires. Interior: Ryela SAICIF y A, Belgrano 624, 6º p., Buenos Aires.

ESTUDIO PRELIMINAR

Salomón J. Rabinovitz nació en Ucrania en 1859 e ingresó a la historia de la literatura con el seudónimo *Scholem Aleijem*. El par de vocablos que usó para firmar sus obras representan un saludo en idish (y derivados del hebreo) que significa:

“¿Qué tal, cómo le va?” El autor saluda a sus congéneres —los lectores judíos— con suave y amable sonrisa. Claro que se trata de una sonrisa en la cual se disuelven notas de amargura que la historia ha ido proveyendo. A pesar de todo decide reír y hacer reír. Su lema proclama: “Reír es saludable; los médicos recomiendan reír.” Pero no es risa de evasión o de encubrimiento. Al contrario: es denuncia, en tono de popular comunicación, de diálogo callejero, mostrando al hombre de todos los días y a sus “ridículos” problemas. No bien las comisuras de los labios se relajan, lo ridículo se desvanece y da lugar a la reflexión.

La vida de los judíos en esa Ucrania de mediados del siglo XIX, y en todos los países de la llamada Europa Oriental, no se prestaba a la comicidad. Más bien era atraída por el polo opuesto, el del drama y la tragedia. Las masas judías vivían en pobreza e indigencia. En el orden externo eran los marginados en los diversos países de su exilio. De tiempo en tiempo arreciaban matanzas, pogroms, persecuciones. La milenaria fe en Dios sufría embates de los nuevos tiempos nutridos en el iluminismo europeo. *Es difícil ser judío*, se llamará significativamente una de las obras de Scholem Aleijem.

Por eso había que reír. Porque ningún motivo había para la risa, y porque todo arrastraba, en realidad, hacia el llanto. Porque había que sobrevivir era menester reír. Ese, quizás, fuese el tácito “programa” literario de Scholem Aleijem; pero los hombres no son computadoras que se programan, y menos los artistas. Algo había dentro del joven Scholem que lo impelía a las costas del humor. Estudiaba en el *jeder* (antigua escuela para niños judíos, de distintas edades, reunidos en una sola habitación con un maestro, dedicados todos al estudio de las Escrituras, del Talmud y la hermenéutica posterior), y a los 14 años pasó a un gymnasium ruso, de Pereyaslav, donde se graduó a los 17. Se inició como promisorio actor cómico en veladas familiares. Luego fue trasladando esas tendencias mímicas a la letra escrita. El idioma culto para la literatura (no se lo hablaba) era el hebreo de raíces bíblicas, y a él dedicó sus esfuerzos de composición. No obstante, “juguetonamente” redactó un opúsculo en idish —lengua natural de las masas judías en Europa oriental—, que era un compendio de las maldiciones e insultos que las madrastras descargaban sobre sus hijastros. Imaginar, no más, la idea de esta obra invita a la sonrisa.

La *intelligentsia* escribía en hebreo. No era novedad. Lo revolucionario consistía en escribir con vocablos bíblicos acerca del amor, la primavera, la historia, la calle. Hasta el siglo XIX el hebreo, llamado “lengua de la santidad” se aplicaba sólo y tan sólo a temas “santos”. De pronto comienzan a producirse fisuras en esa dos veces milenaria tradición. Tormentosamente golpean sobre los muros de los guetos judíos los vientos de la cultura europea. Ha llegado la edad de la razón. La ilustración pretendía ingresar a los hogares, remozarlos, quitarles telarañas medievales, colocarlos a la par del mundo civilizado. El judío que hasta entonces, *de facto*, vivía fuera del tiempo y de la historia (claro mecanismo de

defensa al cual era obligado a apelar por necesidades sumamente temporales, mundanas, históricas que lo perseguían y aplastaban) ha decidido recuperar su físico —y no meramente espiritual— lugar en este planeta.

Ilustración. Igualdad, fraternidad. Todos los hombres son iguales, se predicaba en cualquier confín de la culta Europa. Cierta vanguardia judía Opta entonces por plegarse a esta corriente, por redimirse.. “Emancipación” es su *leit-motiv*. Ser como todos, en derechos sociales; y consecuentemente en derechos naturales. Goethe, Schiller, Pushkin. Victor Hugo: con hebreo, en hebreo; hasta que se alcanzara a dominarlos en sus expresiones originales. El hebreo era lengua sacra, por una parte, y exclusivamente literaria, por otra. Por lo tanto hubo que desacralizarla, hacerla profana para temas profanos, y revivirla. El hebreo era bandera, símbolo de combate. Indicaba la auto-afirmación como pueblo, como identidad.

La naturaleza no realiza saltos; los hombres, cuando toman la historia en sus manos, sí. Difícil de describir en estos párrafos el *salto* histórico que ese movimiento —revolucionario, desde luego— de ilustración significó para los judíos. De pronto se confrontaban lo absolutamente nuevo (Europa y sus valores culturales, sociales, nacionales) con lo rotundamente viejo (la tradición judía, cerrada bajo su propia caparazón, alejada hasta entonces del mundanal ruido). Mientras unos procuraban la síntesis, otros se arrojaban definitivamente en los cristianos brazos de la ilustrada Europa, se convertían. Un tercer bando tapaba oídos y ojos y se recluía en la perenne ortodoxia. Un cuarto grupo sembraba la idea de la revolución total, la negación de la existencia judía en la diáspora y una única salida: el retorno a Sion (Jerusalem), que por eso se llamó “sionista”; la reconstrucción de la tierra de los antepasados. Como dijera uno de sus ideólogos, Pinsker: “No emancipación, que depende de las migajas que otros nos arrojen en materia de derechos; sino *autoemancipación*”.

Este es el mundo en el que crece Scholem Aleijem. Este es el mundo que se reflejará, con todos sus matices y variaciones, en la obra de Scholem Aleijem. Sólo que un buen día abandonará la aristocracia del hebreo, vehículo comunicativo para *élites* ilustradas, y pasará al idish, lengua y lenguaje de las masas. Quería hablar con el pueblo, para el pueblo. El idish —como sus portadores— era despreciado por los intelectuales. Lo veían como engendro espurio, criatura de siglos de infame exilio, hijo adoptivo o bastardo, derivado germánico. *Jargón*, le decían con repulsa; dialecto. En verdad era el idish un idioma con mil años de existencia, y si bien había nacido en la cuenca del Rhin, creció, se independizó, fundió en su interior multitud de hebraismos cambiándolos de forma y contenido, más ingredientes unos latinos y otros eslavos, constituyendo un rico idioma.

Hablar, todos hablaban idish en Europa oriental (donde se concentraban las grandes masas del pueblo judío). Escribir: ¿para qué y para quién se escribía? Primero la “literatura idish” aplicóse a servir a las causas de la tradición (otras no había hasta el siglo XIX): traducir, explicar, comentar las Escrituras, los rezos, especialmente para mujeres, que eran las incultas. Si oralmente el idish era el idioma del pueblo, literariamente era la expresión *para* el pueblo, *para* ilustrarlo y educarlo, *para* todos aquellos —ante todo mujeres, luego el amplio proletariado— que no podían arribar a las cumbres del conocimiento que un buen judío *debía* alcanzar.

Obsérvese lo siguiente: el peor insulto que se le podía proferir a un judío era el de “ignorante”.

Para dejar de pertenecer a esta categoría no bastaba con dominar los versículos

del Pentateuco, saber leer y escribir, u otras "minucias" por el estilo; era menester memorizar los comentarios, las críticas sobre los comentarios y aun las respuestas a esas críticas. Los ignorantes, los "pobres de espíritu", solían coincidir con los pobres de bolsillo. Y eran los más. El idish se comunicó con ellos. Al principio en temas "santos". Después, mientras se iban resquebrajando las murallas de los guetos, en temas modernos: amor, pasión, vida, calle, mercado. Cuentos, novelas, poemas, canciones.

Cuando Scholem Aleijem ascendió a la palestra literaria tuvo que elegir entre la aristocracia hebraizante o el idish del pueblo. En 1883 "se pasó" definitivamente al idish. En su primer cuento en idish, *Dos piedras*, narra la historia de su amor con Olga Loyev con quien se había casado. No puede evitar las influencias románticas de la literatura europea, y la heroína finalmente se suicida mientras su amante enloquece.

Sus historias empiezan a aparecer con frecuencia en diarios y revistas. En 1885 la herencia de su suegro modifica notablemente su circunstancia económica y le permite una mayor y prolífica dedicación a la literatura. En 1888 crea "La biblioteca popular idish", en la cual habrá de establecer los valores más altos de esa literatura por medio de volúmenes antológicos.

Odesa, Kiev, lo ven pasar y también presencian su paulatino derrumbe económico, causado por pésimas inversiones comerciales. En 1892 comienza a pergeñar a uno de los personajes centrales de su literatura: *Menajem Mendel*. Fantástica —aunque realísima— criatura que deambula por el mundo soñando fabulosos negocios, con las correlativas desdichas que sus frustrados sueños le proveen. El héroe relata sus hazañas a su cara mujer en forma epistolar, quien también le responde en cartas plenas de cariñosos insultos y maldiciones.

El segundo héroe de la saga de Scholem Aleijem es *Tevie, el lechero* y aparece públicamente en 1894. Es padre de varias hijas que van tomando diversos rumbos: tristes rumbos, triste pobreza, tristes angustias antisemíticas del mundo en torno; pero Tevie no decae, contiene el llanto, cita viejos versículos y los traduce a su manera, en función de la actualidad emergente, es optimista, aún aguarda al Mesías que redimirá a los judíos de sus penas, no decae en su fe aunque no puede reprimir de cuando en cuando suaves reproches al Dios que "ha elegido" a este pueblo. "Si es para tanto sufrir —le dice— mejor hubieras elegido a otros . ." (Acotemos que este personaje ha recobrado vigencia a través de la comedia musical *El violinista sobre el tejado*, a mediados del corriente siglo.)

Kiev, 1905: pogrom. Scholem Aleijem comienza su peregrinaje. Escribe, habla, pronuncia conferencias. En Estados Unidos se lo espera, se lo reclama. Cuando arriba a esas playas de América, a pesar de la fama que ya lo sostenía y de las invitaciones que había recibido, es abandonado a su propio destino, y ha de luchar duramente para mantenerse. Escribe piezas para teatro que no prosperan. En 1907 regresa a Europa amargado. Lo ataca la tuberculosis, que lo recluye ora en Suiza, ora en Italia. Simultáneamente, el movimiento sionista ya lo cuenta entre sus prosélitos y participa activamente en el Congreso Sionista realizado en La Haya.

El mundo judío festeja en 1909 los 50 años del gran escritor. Se lo traduce al ruso y al inglés. El comité de festejos le asegura la subsistencia económica, y así es que ingresa a un período de relativa calma y fecunda creatividad, dando a conocer su mayor novela *Estrellas errantes*.

Al estallar la Primera Guerra Mundial reanuda su peregrinación: Berlín, Copenhague y finalmente Estados Unidos, donde se lo agasaja en el Carnegie

Hall. Como sus propios personajes tiene sueños, honores; pero no sólo de ellos vive el hombre; falta el pan. Ironías en la vida de un ironista.

Muere el 13 de mayo de 1916. Obreros y operarios judíos dejan de trabajar ese día a fin de asistir a los funerales del hombre que tanta vida les dio a través de su literatura y dentro de ella. Quedaba la obra, para fruición de los lectores, para la revisión crítica de los intelectuales que hubieron de acercarse a él y otorgarle el enorme pedestal que le correspondía.

Como todos los grandes que se encasillan en dos frases y algunas rápidas definiciones, va más allá y mucho más lejos de estas clasificaciones.

La medida de su grandeza la encontramos, sobre todo, en la vigencia de los *tipos* humanos que supo crear o moldear. La obra de Scholem Aleijem despliega una especie de fresco, de "comedia humana", que toma sus elementos de la específica vida judía con sus diversas coordenadas históricas y sociales, pero que a través de ese particularismo permite indagar en las posibilidades universales de lo humano. Si lo estético —según enseñara Kant— es la manifestación de lo universal por vía de lo particular, he aquí —la obra de Scholem Aleijem— un rotundo ejemplo de lo artístico. He aquí también, y mucho antes de que el "compromiso" figurara en los anales del quehacer intelectual contemporáneo como programa

o exigencia, un ejemplo de la literatura que no busca afanosamente el compromiso, sino que nace *comprometida*.

Los relatos que siguen —espero— podrán testimoniarlo. Por ejemplo: en *El sastré embrujado* encontramos casi todos los condimentos de la "cocina" literaria de Scholem Aleijem. La erudición es tomada en solfa. Las citas de la Biblia o el Talmud o no son tales o son aplicadas en cualquier sentido caprichoso. Contra este mundo de falsas citas o citas falsificantes se rebela la mujer —representante de la realidad, de la necesidad cotidiana, del hambre que no se deja someter con versículos. Socialismo, religión y rebeldía confluyen en este pronunciamiento del protagonista ante Dios: "Le costaría mucho a Dios —pensaba Shimen Elie— hacer que todos los trabajadores pudieran salir al campo, aunque fuera una sola vez por semana, a tomar un poco de aire y sol en este su hermoso mundo?" El mundo es hermoso. Pero los hombres no pueden —o no se les deja— disfrutar de su hermosura. Para disfrutar hay que comer previamente. Shimen Elie sale en busca de una cabra que dé leche a él y su familia. Quijotescas peripecias lo acompañan en su camino.

Médicos es un desopilante diálogo donde el interlocutor desarrolla mil posibilidades hermenéuticas cuando se le pregunta por la dirección de un médico.

La olla es un monólogo sostenido por Tente, la gallinera, quien se presenta ante el rabino para plantearle cierta cuestión de suma trascendencia religiosa. Lejos de ir al grano la mujer despliega diversos temas autobiográficos y en libre asociación de ideas va pasando de cuento a cuento. El planteo no llega a su final porque el rabino, en el ínterin, se desmaya.

No se queda atrás la señora *Guitl Purishkévich*, que presta su nombre al monólogo siguiente, sólo que no trata con rabinos sino con las autoridades rusas de su tiempo.

En *Iósef*, el protagonista de la última historia en esta antología, fue casado a la fuerza. "Mi esposa —dice— me exigía dos cosas solamente: que no saliera de casa y no mirara a otras mujeres." Ni más ni menos. Para aliviar su pena se dedica a narrarnos la historia de un amor pasado que nunca llegó a concretarse.

La mayor parte de la bibliografía sobre Scholem Aleijem y su obra está en idish y en hebreo. Resulta útil al respecto consultar el tomo XIV de la *Encyclopaedia Judaica* (en inglés; Keter Publishing House, Jerusalem, 1971).

En castellano contamos con las *Obras Completas* de Scholem Aleijem publicadas por la editorial Acervo Cultural, de Buenos Aires. La Biblioteca

Popular Judía, editada por el Congreso Judío

Latinoamericano (Bs. As.), tiene un ensayo Cuentos de Samuel Rollansky sobre *Scholem Aleijem*.

También podemos citar las enjundiosas páginas de Bernardo Verbitsky bajo el título "Los precursores" en *La contribución judía a la literatura*

universal (TICAI, Bs. As., 1979); "El año de Scholem Aleijem", de S. Levenberg, en *Tribuna Israelita*, Nº 324, México, 1976; en la misma revista,

Nº 317 de 1975 hállase "La piadosa visión de Scholem Aleijem", de Bernardo Ezequiel Koremblit.

Quien quiera tomar contacto profundo con la coyuntura socio-histórica en que nació y creció Scholem Aleijem puede leer *La época moderna*, de Salo Barón (Paidós, Bs. Ais., 1965).

Jaime Barylko

EL SASTRE EMBRUJADO

I

Había una vez en Slodéievke, pueblo situado en las afueras de Masépevke, cerca de Japlápovich y de Cosodóievke, entre Iámpele y Strich, en el camino que va de Pisheiábede a Tétrevetz y Iejúpetz, pasando por Pechijvost, un hombre llamado Shimen Elie, al que le decían Shimen Elie *Shma Coleinu*,¹ porque en la sinagoga solía rezar a voz en cuello, cantando, sacudiéndose y haciendo complicados gorgoritos.

El hombre era sastre, no precisamente de esos sastres finos que cosen con figurines del *Journal*, sino un sastre remendón, muy hábil para poner un parche, tapar un agujero con un zurcido invisible o dar vuelta una prenda, transformándola de vieja en nueva. Convertía, por ejemplo, una bata vieja en un capote, o un capote en un pantalón. Con los restos de un pantalón componía un justillo. Y de ese justillo salía algo más después. ¡No era nada fácil! Pero Shimen Elie *Shma Coleinu* tenía una habilidad extraordinaria. Y como Slodéievke era un pueblo muy pobre, donde no se hacía ropa muy a menudo, Shimen Elie gozaba del aprecio de sus paisanos. Tenía un solo defecto nuestro sastre: no andaba bien con los ricos, le gustaba ocuparse en política, defendía a los pobres, hablaba abiertamente contra los benefactores que decían proteger los intereses de la comunidad, ponía por el suelo al concesionario del impuesto a la carne, llamándole públicamente expoliador, chupasangre y caníbal, y decía de los matarifes y los rabinos, que secundaban al concesionario, que pertenecían todos a la misma gavilla

1 "Oye nuestra voz".

Observación: Las palabras hebreas del original que se conservan en el texto, figuran fonéticamente con la pronunciación que corresponde a la época y los personajes de los relatos.

de ladrones, estafadores, asesinos y asaltantes. "Qué el diablo se lleve a todos sus antepasados hasta el abuelo Tare, con el tío Ismael de yapa!" *¹

Los colegas de Shimen Elie *Shma Coleinu* lo consideraban un erudito, un hombre, decían ellos, entendido en las letras menudas;² porque el sastre disparaba continuamente andanadas de versículos, párrafos enteros de la *Guemora*³ y el *Midrash* citados al azar, frases hebreas que no siempre venían al caso, a menudo mezcladas con palabras rusas, y que *Shma Coleinu* tenía siempre a mano. Poseía, además, una voz bastante buena, aunque tal vez un poco retumbante y con demasiados trinos; pero conocía al dedillo los ritos y las melodías y sabía todas las oraciones de memoria. Le gustaba enormemente officiar en las ceremonias. Era presidente de la sinagoga de los sastres, donde recibía a menudo sonoras bofetadas, sobre todo en *Simjas Toire*,⁴ cuando se disputaban los capítulos más honrosos del oficio.

Aunque Shimen Elie *Shma Coleinu* era pobre de nacimiento, más que pobre, casi indigente, se negaba a perder por esa causa su dignidad.

—Al contrario—decía—; cuanto más pobre, más alegre. Cuanto más hambre tengo, más canto, como dice la *Guemora*.

Y aquí ponía alguna de sus extravagantes citas, mitad en hebreo y mitad en ruso.

En suma, Shimen Elie era un hombre "pobre pero alegre". Bajo de estatura, menudo, erizado de agujas por todos lados, tenía cabello negro y rizado, lleno de motitas de algodón, una pequeña barbita de chivo, la nariz ligeramente aplastada, el labio inferior medio partido y ojos negros, grandes y siempre sonrientes. Caminaba bailando y canturreando para sí: "El mundo se viene abajo... pero no importa."

El hombre tenía una colección de hijos de todas clases y tamaños, en su mayoría mujeres, varias de ellas grandecitas.

Su esposa se llamaba Tsipe Beile Reise, y era el reverso de su esposo, la antítesis del sastre; alta, pelirroja, robusta; un cosaco con faldas.

Inmediatamente después de la boda tomó las riendas en sus manos y ya no las soltó. En la casa era ella la que llevaba los pantalones. Shimen Elie le tenía miedo. Cuando la mujer abría la boca el sastre se echaba a temblar. Y más de una vez, si venía al caso y no había ojos indiscretos, la mujer lo obsequiaba una hermosa bofetada. Shímen Elie se la embolsaba, conformándose con decirle en respuesta una humorada, o hacerle una cita bíblica.

—¿El mundo se viene abajo? No importa. *El hombre mandará*, dice la santa Biblia, y esta orden no la modificará nadie, aunque lo intenten todos los reyes del oriente y occidente.

*1 Ismael, padre bíblico de los árabes (Nota corrector)

2 Los textos religiosos.

3 *Guemará*: Parte del Talmud. *Midrash*: Colección de comentarios bíblicos.

4 *Simjat Tora*: "regocijo de la Tora", alegre procesión que se realiza en las sinagogas, con los rollos de la ley, al día siguiente de la fiesta de las cabañas.

Un día de verano volvió Tsipe Beile Reise del mercado, arrojó al suelo el canasto con las compras —unas cabezas de ajo, un puñadito de perejil, unas papas— y exclamó furiosa:

—¡Váyase al diablo! ¡Estoy harta de romperme la cabeza todos los días pensando en la comida que haré para el almuerzo. ¡Ni que tuviera el cerebro de un ministro! Siempre lo mismo. Budín con porotos. ¡Que Dios no me castigue! Pero Nejame Broje, esa pobretona, esa desgraciada pordiosera, tiene una cabra. ¿Por qué? ¡Porque su esposo, aunque es un triste sastre, no deja de ser un hombre! ¡Una cabra es una gran cosa! Se puede dar leche a los chicos, hacer gachas de leche, preparar un almuerzo, improvisar una cena, obtener a veces un jarra de crema, o un poco de queso, o de manteca. ¡Da gusto!

—Sí, pobrecita, tienes mucha razón —respondió serenamente Shimen Elie— Dice un comentario bíblico: *Cada judío tendrá su parte*, todo judío debe tener una cabra. Y según raza el versículo...

—¿Qué hago yo con tus versículos? —gritó Tsipe Beile Reise—. ¡Te estoy hablando de una cabra, y me sales con un versículo! ¡Te voy a citar unos versículos que te van a hacer ver las estrellas! ¿Quieres alimentarme con citas, desgraciado ganapán? ¡No cambiaría un solo plato de borsh con crema por todas tus citas bíblicas!

Tsipe Beile Reise importunó a su marido con estas y otras "insinuaciones" similares, repetidas dos o tres veces por día, hasta que Shimen Elie tuvo que prometerle, con la garantía de su palabra, que le daría una cabra. Que durmiera tranquila y, sobre todo, que tuviera confianza. ¿El mundo se viene abajo? ¡No importa!

Shimen Elie comenzó a ahorrar, a juntar centavo sobre centavo. Renunció a muchas cosas necesarias, empeñó la levita sabática y logró reunir unas cuantos rublos. Resolvieron, entonces, él y su mujer, que el sastre se trasladara a Cosodóievke para comprar una cabra. ¿Por qué a Cosodóievke? Por dos razones. Primero, porque Cosodóievke era un pueblo caprino, como su nombre lo indica: Cosodóievke en ruso significa algo así como "cabra lechera". Segundo, porque a Tsipe Beile Reise le habían contado que a una vecina suya, con la que no hablaba desde hacía varios años, le había dicho su hermana, que vivía en Cosodóievke y había ido a visitarla hacía poco, que en su pueblo vivía un *melamed*⁵ llamado Jáim Jone, a quien por contraposición le decían *el inteligente*, porque era un tonto, cuya esposa, que se llamaba Teme Gúitel y le decían *la muda*, porque hablaba hasta por los codos, tenía dos cabras, y las dos daban leche.

—Dos cabras, y las dos lecheras? ¿Por qué? Podría no tener ninguna. Nadie sufriría. ¿Cuánta gente hay que no tiene ni media cabra? ¿Se muere, por eso? —Tienes mucha razón —dijo Shimen Elie—. Te aseguro que es un argumento antiguo; porque está escrito: *ascacurcie debarbante*. -⁶

5 Maestro particular judío.

6 Palabras de fantasía, sin sentido.

—¡Ya salió otra vez con sus citas! —interrumpió su esposa—. Una le habla de cabras y él contesta con versículos. Guárdate las citas y vete a Cosodóievke, a ver al maestro. Dile lo siguiente: "Hemos sabido que usted tiene dos cabras, las dos lecheras. ¿Para qué quiere dos cabras lecheras? ¿De gusto, solamente? Me imagino, por lo tanto, que querrá vender una de ellas. Yo se la compro." Total, qué le importa. Díselo así mismo, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo ¿cómo no? Por mi dinero no tengo que andar pidiendo favores. Con dinero se consigue todo en este mundo. El oro purifica a los cerdos. Lo triste es cuando falta la moneda. Entonces *ani joshuv kemés*⁷, lo que interpreta Rashi diciendo: no hay pan: que *lioili*.⁸ Es decir que el que no tiene dedos no puede dar higas. Porque está escrito: *Ascacurde, debarbante, defarshmajte*.

—¡Y dale con las citas, y dale con los versículos! ¡Tengo la cabeza llena de versículos! ¡Por qué no te tragaré la tierra!

Tsipe Beile Reise volvió a repetirle una y cien veces que probara primeramente con Jáim Jone el *melamed*. Por si salía. Porque a lo mejor el otro no quería. ¿Y por qué no había de querer? ¡No era justo que él tuviera dos cabras, y por añadidura las dos lecheras! ¿Cuánta gente hay en el mundo que no tiene ni media cabra? ¿Y qué? ¿Se muere por eso?

Y vuelta a empezar, siempre con los mismos argumentos.

II

Nuestro sastre se levantó a la madrugada, rezó, tomó el bastón, se ciñó la faja y echó tranquilamente a andar.

Era un hermoso domingo de verano, luminoso y tibio. Shimen Elie no recordaba haber visto un día tan magnífico. Hacía mucho tiempo que no salía al campo, al aire libre, a contemplar un paisaje como el que ahora admiraban sus ojos, a embelesarse ante la vista de ese bosque de reluciente follaje, y de ese extenso tapiz verde salpicado de manchitas multicolores. Hacía mucho tiempo que no escuchaba el gorjeo de los pájaros, o el suave movimiento de sus alitas, y que no aspiraba el aroma de la hierba fresca y el olor de la tierra movida.

La vida de Shimen Elie transcurría en otro ambiente, era otro el espectáculo que observaban diariamente sus ojos.

Sus pupilas veían solamente una lóbrega cueva con un fogón junto a la puerta, lleno de palas y atizadores; al lado del fogón un tacho rebosando desperdicios; al lado del tacho, una cama hecha con tres tablas y sobre la

7 "Un pobre es como un muerto" (sentencia talmúdica).

Advertencia: En este cuento las citas hebreas que figuran en bastardilla, ya sea con su fonética original o traducidas al castellano, son, por lo general, frases que el personaje menciona al azar, sin mucha relación con lo que dice.

8 Palabras sin sentido.

cama un montón de niños, medio desnudos, descalzos, desgreñados, siempre hambrientos...

Eran otras las voces que herían a diario SUS oídos:

"¡Mamá, dame pan! ¡Mamá, tengo hambre!" Y cubriendo las voces de los niños el vozarrón de Tsipe Beile Reise que bramaba: "¿Quieren comer? ¡Que *no* se los coman los gusanos, buen Dios, junto con el infeliz de su padre! ¡Que *no* se los lleve el diablo, Dios poderoso, a ustedes y a él!"

Eran otros los olores que percibía de ordinario su nariz. Olor a paredes húmedas que chorreaban en invierno y se cubrían de moho en verano; olor masa agria, a afrecho, a cebolla, repollo, arcilla cruda, pescado sin escamas, tripas; olor a ropa vieja, difundido por el espeso vapor que junto con su extraño tufo les arrancaba la plancha caliente.

Transportado momentáneamente de su miserable clima cotidiano al exterior fragante y luminoso, Shimen Elie se sintió como un hombre que un caluroso día de verano se arroja desnudo al mar, se deja llevar por el agua, recibe el agradable azote de las olas, se revuelca, respira profundamente y se llena el pecho de aire. ¡Qué delicia, qué placer paradisíaco!

—¿Le costaría mucho a Dios —pensaba Shimen Elie— hacer que todos los trabajadores pudieran salir al campo, aunque fuera una sola vez por semana, a tomar un poco de aire y sol en este su hermoso mundo? ¡Ah, qué mundo, qué mundo!

Llevado por sus meditaciones, el sastre comenzó a razonar, canturreando entre dientes fragmentos de oraciones que interpretaba a su manera.

—*Tú creaste tu mundo desde un comienzo... Creaste, Dios, tu mundo al otro lado del pueblo. Nos elegiste entre todos los pueblos... para que viviéramos amontonados en la sofocante estrechez de Slodéievke. Y nos diste... ¿Qué nos diste? Miseria, dolores, penas, hambre y peste: eso nos diste. Por tu clemencia, ten compasión... pom, pom, pom...*

Terminó con un redoble y sintió tentaciones de tirarse al suelo, sobre la fresca capa de pasto verde, a gozar un rato del hermoso mundo de Dios. Recordó a tiempo que tenía una misión que cumplir, y se dijo:

—*Hasta aquí hablaremos del sábado grande... Basta de cantar, Shimen Elie. Vete a tu mundo... ¡A caminar, compañero! Luego descansarás, cuando llegues, Dios mediante, a la posada del roble, la de tu pariente Dodie. Allí siempre se puede tomar un trago. Lo dicen las escrituras: El estudio de la Tora es lo primero, o sea antes que nada un poco de lo que no se rehusa.*

Shimen Elie siguió su camino.

A mitad de camino, entre los pueblos de Slodéievke y Cosodóievke, había una posada a la que le decían "la posada del roble". Dotada de un extraño poder magnético, atraía a todos los carreros y todos los viajeros que iban de un pueblo al otro. Detenerse en la posada del roble, aunque sólo fuera un minuto, era casi obligatorio. Nadie sabía por qué. Algunos lo atribuían a la gentileza de su arrendatario, Dodie, un hombre que tenía en alto grado el don de la hospitalidad; es decir que a cambio de dinero nunca dejaba de servir una buena copa de *branfen* y sabrosos bocados. Otros opinaban que era porque Dodie pertenecía a la confraternidad de los llamados "adivinos", o "profetas", los que no negocian con objetos robados, pero son parientes próximos de los más renombrados ladrones de la comarca. No habiendo unanimidad al respecto, es preferible pasar el punto por alto.

Dodie, un hombre grosero, voluminoso, peludo, de vientre abultado, nariz bulbosa y vozarrón de toro salvaje, había eliminado las preocupaciones de su vida. Ganaba lo que quería; tenía varias vacas, había quedado viudo al acercarse a la vejez y vivía libre de compromisos. Era un individuo inculto; para él no había diferencia entre una *Hagode*⁹, un libro de *Slijos*⁹ y un devocionario. Por eso Shimen Elie se avergonzaba de su parentesco. Le parecía indigno que un erudito como él, presidente de una sinagoga, tuviera un ignorante, un analfabeto, en su familia. Dodie a su turno consideraba una afrenta para él estar emparentado con un vulgar sastre.

Aunque ambos parientes se despreciaban mutuamente, cuando el posadero vio llegar al sastre le salió al encuentro con grandes demostraciones de alegría.

Dodie temía al sastre; o mejor dicho, a la lengua del sastre.

—¡Hola, qué visita! ¡Qué visita! ¿Qué tal, Shimen Elie, cómo estás? ¿Cómo está Tsípe Beile Reise? ¿Y los chicos?

—Hombre, ¿qué somos y qué es nuestra vida?

—Ahí andamos... —respondió Shimen Elie—. *Quién por el ruido, quién por la plaga...* Unas veces de un modo, otras veces de otro. Está escrito: *Ascacurde, debarbanta, del arshma jte, decarnose...*¹⁰ ¿usted qué dice, mi querido pariente? ¿Cómo andan las cosas por la aldea? *Recuerdo el pescado...* Siempre me acuerdo de sus raviolos y su *branfen*, que es lo fundamental para usted ¿no es así? Como los libros no le gustan. -. *¿Por qué se excitan los gentiles? ¿Para qué sirven los textos judíos?* ¡Ah, don Dodie! Si su padre, mi tío Guedalie Volf, que en paz descansa, se levantara ahora de la tumba y viera a su querido hijo viviendo en una aldea, rodeado de góim,¹¹ se moriría de nuevo. ¡Qué gran padre tuvo usted, don Dodie! Fue un hombre piadoso... Y que me perdone, le gustaba empinar el codo. En *fin, cada cual tiene su problema*: todas las conversaciones llevan siempre al tema de la muerte. Bueno, sírvame un trago. Ya lo dijo el sabio maestro don Pimpón: *Hay que empeñar el capote, y remolar el gañote.*

—¡Siempre con tus citas! —repuso Dodie, sirviéndole *branfen*—. Dime, Shimen Elie, ¿en que viajas? —En

nada —contestó Shimen Elie, bebiendo—. Voy a pie. Ya lo decimos en los salmos: *Tiene pies que no caminan...* - El que tiene pies que los use para andar.

—Bien, querido, viajas a pie. ¿Y adónde vas?

El sastre bebió otra copa.

—Voy a Cosodóievke, a comprar cabras. Porque está escrito: *las cabras*

9 *Hagadá*: Ritual de la Pascua. *Slijot*: Oraciones para pedir el perdón de los pecados.

10 Sin sentido.

11 Plural de goi, no judío.

serán tu oficio, es decir, cómprate cabras.

—¿Cabras? —preguntó asombrado Dodie—. ¿Un sastre comerciando en cabras?

—Es una forma de hablar. Digo cabras, pero pienso comprar una sola, si Dios me la depara buena y barata. Yo por mí no compraría ninguna. Pero usted conoce a mi esposa, que Dios le conserve la salud. Usted sabe cómo es Tsipe Beile Reise; se emperró en que quiere una cabra. Y a las mujeres hay que obedecerlas. Hay al respecto un expreso comentario de maravilla. ¿Recuerda los comentarios de maravilla?

—Estas cosas tú la conoces mejor que yo. Ya sabes que tengo muy poco contacto con... los comentarios. Lo que me extraña, querido primo, es que tú seas entendido en cabras.

—¡Esta sí que es buena! —respondió Shimen Elie ofendido—. Un posadero no sabe nada de liturgia. Sin embargo en el banquete pascual no deja de entonar el *Bendice*¹², *alma mía...* como Dios manda, ni de ofrecer el correspondiente sacrificio por sus pecados.¹³ ¿No es así?

Dodie entendió la pulla. Se mordió los labios y rezongó para su coleteo:

“¡Aguarda, sastrezuelo! Hoy te veo demasiado agudo y demasiado bíblico. ¡Ya te voy a dar cabras a tí!”

Shimen Elie, entretanto, pidió otra dosis del elixir que cura las penas. Porque no se puede eludir la verdad: al sastre le gustaba el *branfen*. Pero, eso sí, borracho no era. ¡Jamás! Por otra parte no podía serlo; nunca tenía dinero suficiente para comprar bebida. Sólo que el hombre tenía un defecto; cuando bebía un trago, le era imprescindible tomar a continuación otro. Y dos tragos lo ponían irresistiblemente alegre, le teñían de rojo las mejillas, le encendían una lucecita en las pupilas y le desataban la lengua en un interminable campaneó.

—Hablando de las corporaciones —dijo Shimen Elie—, de la mía, la corporación de la tijera y la plancha. Nuestro pueblo tiene una virtud; a todo el mundo le gusta figurar. Y ya sabemos que el honor es al hígado.¹⁴ Cualquier zapatero quiere ser presidente, aunque sea en el tacho de los desperdicios. Yo les dije: “Compañeros, *soy menor para toda la misericordia*, no me interesa, elijan a un zapatero para presidente *Loi meuctsaj ve loi medubshaj*:¹⁵ renuncio a los honores y a las bofetadas.” “No hay tu tía”, me contestaron, “lo hecho, hecho”. “Entonces”, repliqué, “es como dice en los textos: *shimló lejó catsin tiheie lonu*,¹⁵ tendrás ambas cosas, la presidencia y las bofetadas”.

12 Salmo que no corresponde a la celebración de la Pascua; se lee en las oraciones sabáticas de invierno.

13 No se ofrecen en la fiesta de *Pésaj* (Pascua) sino en el día de la expiación.

14 Juego de palabras entre *caved*, hígado, y *cavod*, honor.

15 *Lo medubzaj ve loi meuctsaj*, ni de tu miel, ni de tu picadura (Talmud) *Simláj lejá catsín tihejé lanú*, tú tienes Vestido, tú serás nuestro príncipe (Isaías 3, 6).

Pero creo que le estoy dando mucho hueso, y me olvido de mi cita con la cabra. *Falta mucho para la noche*, es decir que se me va el día. Adiós, don Dodie.

Animáte y animémonos. Salud y ravioles. —

Cuando pases de vuelta, Dios mediante y si Dios quiere —dijo el posadero—, no dejes de entrar. ¡Recuérdalo, sin falta!

—Si Dios quiere,

sin compromiso ninguno, ¡es claro que entraré! ¿Qué somos, después de todo? Seres de carne y pecado, nada más. De la estirpe de Adán. Entretanto vaya preparando *branfen*, don Dodie, y unos bocados, de aquellos que nos gustan a nosotros, la gente de tijera y plancha.

IV

Shimen Elie *Shma Coleinu* salió de la posada del roble de muy buen humor, y llegó sano y salvo a Cosodóievke. Comenzó inmediatamente a buscar el domicilio de Jáim Jone *el inteligente*, el que tenía una esposa llamada Teme Guitel *la muda* y dos cabras lecheras. No tuvo que indagar mucho porque las dimensiones de Cosodóievke no eran de las que hacían extraviar a los forasteros. El pueblecito se abarcaba íntegramente con una sola ojeada, como si lo hubiesen puesto en un plato. A un lado las carnicerías, con sus cortadores y sus perros. Al otro el mercado, donde las mujeres, en medias, recorrían los puestos, examinando todas el mismo gallo.

—*Chuesh, chuesh! A sho tobí sa curke?*

—*lacá curke? Tse piven, a fie curke!*

—*Nejai bucle piven! A sho tobí sa curke?*¹⁶

Dos pasos más allá la plaza de las sinagogas, donde varias viejas vendían, en pequeños cajones, peras, semillas de girasol y habas, los maestros daban clase a sus alumnos, los niños gritaban y las cabras, gran cantidad de cabras, saltaban, arrancaban paja de los tejados o se tendían al sol, a rumiar con la barba extendida sobre el suelo. En seguida la casa de baños, de paredes ennegrecidas por el humo. A continuación, techado de algas y habitado por sanguijuelas y ranas croadoras, el río, que centelleaba con la luz del sol como si estuviera cuajado de brillantes, y hedía espantosamente. Luego, del otro lado del río, nada, sólo tierra y cielo. Ahí terminaba Cosodóievke.

El sastre encontró a Jáim Jone *el inteligente* en plena tarea de educar a sus alumnos. Con un solideo puntiagudo en la cabeza y un grueso *talescoton*¹⁷ sobre el pecho, declamaba a voz en cuello un pasaje de la *guemora de Baba Kama*: Cuando la cabra que estaba suelta, vio comida en el barril, se lanzó sobre ella.

—*Tsiporá tibá lemariá dejitá decufá damjatá*¹⁸—exclamó Shimen Elie *Shma Coleinu* en su culta parla particular, y se apresuró a traducirlo

16 —“¿Cuánto quieres por el gallo?” —“No es gallo, es gallina.” —

“Bueno, gallina, ¿Cuánto quieres por el gallo?” (Nota del Autor.)

17 Pequeño taled que se usaba sobre la camisa.

inmediatamente al ídish vulgar—: Tengan ustedes muy buenos días, maestros y discípulos. Veo que está tratando con ellos precisamente de un tema que es el mismo que me trajo aquí, a ver a su señora esposa, doña Teme Guítel. Me refiero a la cabra. Yo, en realidad, no compraría ninguna cabra, se empeñó, *hactsaacata*, en que quiere una cabra. Y a las mujeres hay que obedecerlas. Lo dice la *Guemora: Ascacurda, debarbanta defarshmajta, decarnosa*¹⁸... No ponga esa cara de asombro. Yo seré un obrero, vivo del trabajo de mis manos, pero no se fije en el continente sino en el contenido. Probablemente me habrá oído nombrar; yo soy Shimen Elie, sastre de Siodéievke, miembro de la corporación de los sastres y presidente de la sinagoga, aunque yo no tengo ningún interés en

serlo. "No quiero", les dije. "Renuncio al honor y a las bofetadas". "¡Imposible!", me contestaron. "Lo que hace la corporación no lo deshace nadie. ¡Serás presidente y recibirás las bofetadas!" Pero mire usted, charlando me olvidé de saludarlos. *Shólem aléijem*, maestro. *Shólem aléijem*, niños, *santas ovejitas*, *gusanos repulsivos*, diablitos y granujas. Ustedes tienen tantas ganas de estudiar como yo de bailar. ¿Acerté?

Los alumnos comenzaron a pellizcarse bajo la mesa y a reír entre dientes. Aquella visita les complacía. ¡Ojalá les mandara Dios todos los días visitas de esa clase! Al maestro, en cambio, no le hizo mucha gracia. A Jáim Jone *el inteligente* no le gustaba que le interrumpieran las clases. Llamó a Teme Guítel, su mujer, y retornó con sus alumnos a la cabra que se había engullido la comida.

—Jaiab Rabá²⁰ —cantó la clase a coro—: el rabí sentenció que debía pagar la comida y el daño del barril.

Viendo que sería inútil seguir hablando con el maestro, Shimen Elie *Shma Coleinu* se volvió a su esposa, y mientras aquel estudiaba el problema de la cabra de la *Guemora*, el sastre planteó a la maestra*² el problema de la suya.

—Yo soy —le dijo—, aquí donde usted me ve, un hombre de trabajo. Es fácil que me haya oído nombrar: Shimen Elie, sastre de Slodéievke, miembro de la corporación de los sastres y presidente de su sinagoga. A mí el cargo no me interesa. Yo les dije que no lo quería. Renuncio al honor y a las bofetadas. Pues bien, yo vine a verla a propósito de una de sus cabras; aunque a decir verdad yo no compraría ninguna, pero mi mujer, Tsipe Beile Reise, Dios le dé larga vida, se empeño en que quiere una cabra. *iHactsaacata!* Y a las mujeres, ya lo dice la *Guemora*, hay que obedecerlas...

Teme Guítel, una mujercita menuda que a cada rato se limpiaba con dos dedos el garbanzo que tenía por nariz, escuchó un instante al sastre y en seguida lo interrumpió:

—¿Usted vino a comprarme una cabra? Pues sepa usted, buen hombre, que no pienso vender ninguna. ¿Para qué? No nos engañemos. ¿Por el dinero? ¿Qué es el dinero? El dinero es redondo; se va rodando.

*2 esposa del maesro... (nota corrector)

20 "Rabá inculpó"...

Las cabras, en cambio, son siempre cabras. Sobre todo una cabra como la mía. ¡Esa no es una cabra, es una nodriza! ¡Hay que ver la leche que da! ¡Y qué fácilmente se ordeña! ¿Usted sabe lo que come? ¡Nada! Un poco de afrecho, una vez por día, y el resto paja, del techo de la sinagoga. Pero en fin, por un buen precio la vendería. Dicen que el dinero es una tentación. Con dinero, además, podría comprar otra cabra. Aunque es difícil encontrar una cabra como la mía. ¡Porque esta no es una cabra! ¡Es una nodriza! Pero aguarde; las palabras no dicen nada. Ahora se la traigo y la verá usted mismo.

Teme Guítel salió corriendo y volvió con la cabra. Trajo también una jarra llena de leche que había ordeñado aquella tarde. A la vista de la leche el sastre se relamió y dijo:

—Dígame una cosa, mi estimada mujer, ¿cuál es su precio? ¿Cuántas buenas cualidades? Es decir, ¿cuánto pide por la cabra? Si es más de lo que vale, no la compro. Ante todo porque no me hace ninguna falta. Lo que pasa es que mi

esposa, Tsipe Beile Reise, que Dios le dé larga vida, se encaprichó. Quiere una cabra. *Hactsaac...*

Teme Guítel le cortó el *hactsaacata* por la mitad.

—Dígame usted cuánto ofrece —replicó, limpiándose la naricita—. Lo único que puedo asegurarle es que vale mucho más de lo que me va a pagar. ¿Sabe por qué? Porque es una cabra...

—¡Es por eso que la compro! dijo a su vez el sastre—. Porque es una cabra, y no una culebra. Yo, a decir verdad, no necesito cabras para maldita la cosa, pero como mi esposa Tsipe Beile Reise, que Dios le dé larga vida, se emperró en que quiere una cabra, *hactsaac...*

—¡Es lo que yo digo! —cortó nuevamente la mujer, y volvió a enumerar las cualidades de su cabra.

El sastre no la dejó terminar y comenzó a repetir otra vez sus argumentos. Y así se fueron interrumpiendo mutuamente hasta que las frases de ambos quedaron intercaladas, formando una extraña y curiosa mezcla. "No es una cabra, es una nodriza... Yo no compraría ninguna cabra... Un poco de afrecho... Se emperró en que quiere una cabra: *hactsaacata...* El dinero es redondo... Se ordeña muy fácilmente... Tsipe Beile Reise... No come nada... Se emperró con la cabra: *hactsaacata...* Y el resto, paja del techo de la sinagoga... ¡Hay que obedecer a las mujeres!. .. ¡No es una cabra, es una nodriza!

—¿Por qué no dejan tranquilas a las cabras de una buena vez? —intervino finalmente Jáime Jone *el inteligente*, volviéndose hacia su mujer—. ¡Qué barbaridad! Aquí estamos analizando un punto importante del Talmud y ellos dale que dale con la cabra. Decídete: le vendes al señor la cabra o no se la vendes. Pero basta de cabreos. ¡Estoy hasta la coronilla de cabras!

—¡Tienes razón! —exclamó Shimen Elie—. Bien dicen que sabiduría es prudencia. No hace falta hablar tanto. *La plata es suya y el oro es suyo*: yo pongo el dinero y usted la mercancía. Dos palabras y todo se arregla. Como dice el devocionario: *Mejusepos mefatspatsim*,²¹ lo cual se interpreta...

—¡Qué hacemos con las interpretaciones! Veamos un poco ¿cuánto me da por la cabra? —dijo Teme Guítel suavemente encongiéndose como una gatita y pasándose una mano por la boca.

—No, no! ¿Quién soy yo para decirle cuánto le doy? —respondió Shimen Elie con la misma suavidad—. Veo que hice un viaje inútil. Hoy ya no compraré ninguna cabra. Perdona la molestia...

Shimen Elie se volvió hacia la puerta fingiendo que se disponía a marcharse.

—¡Aguarde, espere! —dijo Teme Guítel, tomándolo de una manga—. ¿Tiene mucha prisa? ¿Se quema el río? ¿No dijo algo de que quería comprar una cabra? La maestra pidió su precio, el sastre ofertó el suyo, la vendedora rebajó un punto, el comprador subió otro; centavo más, centavo menos, finalmente se arreglaron. Shimen E]ie contó el dinero y ató la cabra con la faja. Teme Guítel escupió sobre el dinero, murmurando exorcismos contra el mal del ojo, y despidió al sastre deseándole muchas felicidades y muy buena suerte.

—Que le vaya bien, que Dios le dé salud y que disfrute de la cabra; quiera Dios que la cabra siga tan bien como hasta ahora, que no empeore, porque para mejorar no hay límite, que viva muchos años, que le dé mucha leche...

—Gracias, igualmente —contestó el sastre y quiso echar a andar.

La cabra se negó a seguirlo. Se afirmó sobre las patas traseras, sacudió los cuernos y lanzó unos balidos agudos y quebrados, parecidos a los gorgoros de un *jason*²² novel que oficia por primera vez. "¿Adónde me llevan?" parecía estar diciendo la cabra con su trémula voz.

Tuvo que intervenir la alta autoridad personal de don Jáim Jone *el inteligente*. El maestro se levantó de su asiento y empleó su látigo magistral para expulsar del cuarto a la cabra. Los alumnos prestaron su colaboración gritando:

—¡Arre, cabra! ¡Arre! ¡Afuera!

El sastre se fue con su compra.

21 Sin sentido.

22 Cantor de sinagoga.

V

La cabra no quería ir de ningún modo a Slodéievke. Tiraba con todas sus fuerzas de la faja en dirección contraria a la que llevaba el sastre. No consiguió nada.

Shiman Elie la llevó arrastrando, explicándole de paso que era inútil su resistencia, que nada sacaría con sus sacudidas, sus pataleos y sus balidos.

—Está escrito —le dijo—: *vives contra tu voluntad*. Quieras o no, tiene que cargar con tu servidumbre. Nadie te pide opinión. Yo también fui un pájaro libre en otros tiempos. Un joven elegante, con chaleco y botas nuevas y crujientes.

Vivía tranquilo, sin dolores de cabeza. Vino Dios y me dijo:

Vete de tu tierra... ¡A la bolsa, Shimen Elle! Cásate con Tsipe Beise Reise, trae hijos al mundo, consúmete trabajando un día sí y otro también, que para eso eres sastre.

Shimen Elie razonaba con la cabra y andaba rápido, casi corriendo. Soplaba un vientecito tibio que le alzaba los faldones del capote remendado, se le colaba bajo las patillas, le acariciaba la barba y le llevaba a las narices agradables y para él desacostumbrado olores a especias, menta, manzanilla, y otras flores y hierbas silvestres. Arrebatado por el entusiasmo, comenzó a rezar la oración de la tarde y a enumerar los inciensos mencionados en las oraciones matutinas.

Cantaba con el solemne acento de un gran *jason*, saturado de fervor, cuando de pronto... apareció Satán, el diablo tentador, y le susurró al oído:

—Shime Elie, no seas tonto. Cantas con mucho calor, y olvidas que estás en ayunas. Es casi de noche y en todo el día no has bebido más que dos copas de *branfen*. Además, prometiste a tu pariente que cuando pasaras de vuelta con la cabra entrarías a tomar un bocado. Lo prometido es deuda. Una boca no es una bota.

Shimen Elie terminó a prisa las dieciocho bendiciones y entró alegremente a la posada de Dodie.

—Buenas tardes, mi querido pariente don Dodie. Tengo una buena noticia. *Traté con Labán*. Compré una cabra ¡pero qué cabra! La mejor de Cabralandia. *Jamás conocieron nada igual nuestros abuelos*.

Mírela y déme su opinión. Usted es experto en estas cosas. Adivine cuánto pague. *¿Como locú be Mitsraim?* ²³

Dodie se puso una mano en la visera de la gorra para protegerse los ojos del sol, cuya última franja dorada se iba hundiendo en el poniente; examinó la cabra con aire de entendido y la tasó exactamente en el doble de la cantidad que había pagado por ella el sastre. Shimen Elie, muy contento, descargó una amable palmada en la espalda de su primo.

—¡Mi querido don Dodie, Dios le conserve la salud muchos años! Esta vez se equivocó. Se lo juro por su dicha y por la mía.

El posadero frunció los labios en un gesto de admiración y movió silenciosamente la cabeza, como si dijera: "¡Qué ganga! ¡Qué ganga extraordinaria!"

Shimen Elie inclinó la cabeza hacia un lado y apoyó el dedo de en medio en el chaleco, doblado en dos, como si fuera a sacar una aguja para enhebrarla rápidamente.

—¿Ha visto, don Dodie? ¿Qué me dice? ¿Entendemos de negocios o no? ¡Y si viera la leche que da, se caería muerto de repente!

—Prefiero que te mueras tú de repente —repuso Dodie.

—Amén, igualmente, don Dodie, y puesto que tanto me apreciaba, haga el favor, llévese la cabra y guárdemela en el establo, no vaya a ser que alguien me la sople. Yo, entretanto, diré la oración de la noche; la de la tarde la dije en el camino.

23 "¿Cuántos fueron castigados en Egipto?" (Del ritual de la Pascua.) 24 "No hay espinas en la brecha."

Luego haremos un par de brindis, acompañados de algo más sólido; porque está escrito en el rollo de Ester: *ein cutsim beperitsim*.²⁴ Nadie baila con el estómago vacío. ¿Dice así, no?

—Si tú lo dices, así será. Aquí el docto eres tú.

Shimen Elie rezó rápidamente las oraciones y dijo al posadero:

—Ya que la vida es tan amarga, *aliteine no min haadom haadom asé*,²⁵ haga el favor, escancie el líquido de aquella botella verde y brindemos por la salud, que es lo esencial, como decimos diariamente en la oración: *Hazos dormir en paz...*

Bebieron un trago y comieron algo y luego nuestro sastre se entregó a una interminable cháchara sobre Slodéievke, la política, la sinagoga, el pueblo, los sastres, la corporación de la tijera y la plancha... Puso por el suelo a los dirigentes de las sociedades, a los ricos, a sus organizaciones. Juró que todos ellos —"como que me llamo Shimen Elie" merecían ser enviados a *Simberia*.

—¡Condenados sean los padres de todos nuestros benefactores! Lo único que saben es sangrar y despellejar a los pobres. Pago veinticinco cópeques semanales por tres rublos. ¡No importa! Ya les llegará la hora. Dios no les dio inmunidad. Es cierto que mi esposa, Tsipe Beile Reise, que Dios le dé larga vida, dice que soy un infeliz, un borrego, porque si quisiera podría esgrimir un buen argumento contra ellos. ¿Pero quién hace caso a las mujeres? Yo también tengo voz y voto. Nuestra santa Biblia lo dice categóricamente: *Vehú imshol boj*. ¿Sabe lo que significa? ¡Es sabrosísimo! Vehú: y él, o sea el hombre, imshol, regirá... ¿Pero qué ocurre? *Ajilut lenapul naful tapul...* Bueno, hombre, siga escaciando. Eche otra copa. Está escrito: *Ascacurcla, desbarbanta...*

La lengua se le puso estropajosa; se le cerraron los ojos. El sastre se recostó en la pared para dormir un rato. Inclinó la cabeza hacia un lado y cruzó las manos sobre el pecho, sosteniéndose la barbita de chivo con tres dedos. Parecía un hombre entregado a insondables reflexiones. Si no lo traicionaran el silbido de la nariz, la vibración de la garganta y el soplo sonoro que se le escapaba de entre los dientes, ts... ts... ts..., nadie podía decir que Shimen Elie dormía.

No obstante, dormido y todo, su cerebro trabajaba activamente. El sastre soñó que estaba en su casa, ante su mesa de trabajo, donde había una prenda de vestir difícil de identificar. ¿Era un pantalón? Le faltaba la entrepierna. ¿Era una camiseta? ¿Con esas mangas tan largas? ¿Qué era, entonces? Indudablemente ni una cosa ni otra; ni pantalón ni camiseta. ¿Qué era? Algo tenía que ser. Shimen Elie dio vuelta la prenda: era un capote. ¡Y qué capote! Un capote de raso, suave y flamante. Nunca le había hincado la aguja a un capote como aquel. Pero él con

eso no tenía nada que ver. Sacó del bolsillo del chaleco el cortaplumas y buscó una costura para comenzar a deshacer la prenda. Por suerte apareció a tiempo Tsipe Beile Reise, que lo llenó de improperios y maldiciones.

—¡Así te descosan el vientre y las tripas! ¿Qué haces, infeliz, pepino verde,

25 “Te ruego que me des de comer de esa roja (Génesis, 25, 30.)

gran poroto? ¿No ves que es tu levita sabática, la que te hice con el dinero que gané con la cabra? El

recuerdo de la cabra que poseía llenó de placer al sastre. Nunca había visto tantas jarras de leche, ni tanto queso, ni tanta manteca; para no hablar del suero, la crema, la leche cuajada, los innumerables bollitos de manteca, los bizcochos de leche y manteca, espolvoreados con azúcar y canela. Y el olor... ¡Qué olor raro! Ese olor lo conocía. ¡Puf! Sintió algo en el cuello, debajo de la camisa; algo que caminaba, subía a la oreja, luego a la cara. Sintió cosquillas, y mal olor..., esta vez junto a la nariz. Buscó con los dedos y encontró. Una chinche.

El sastre abrió un ojo; luego el otro. Miró hacia la ventana. ¡Qué desgracia! Amanecía.

—¡Lindo sueño me eché! —pensó Shimen Elie, enderezándose la espalda. Despertó al posadero, salió corriendo al patio, abrió el establo, ató la cabra a la faja y se marchó a su casa velozmente, como una flecha, como un hombre que teme llegar tarde quién sabe adónde.

VI

Tsipe Beile Reise, la esposa del sastre, inquieta por la demora de su marido, se pasó la noche sin pegar los ojos, pensando en que alguna desgracia habría impedido regresar a su marido. Probablemente lo asaltaron en el camino, le sacaron los pocos rublos que llevaba, lo mataron y arrojaron el cuerpo en una zanja. Ella quedaría ahora sin marido para el resto de sus días, con tantos hijos como tenía, que Dios les dé larga vida. ¿Qué haría? ¿Arrojarse al río con su numerosa prole? (¡Que se arrojen sus enemigos!)

No bien oyó cacarear al primer gallo, a la madrugada siguiente, se puso el vestido y salió a la calle, se sentó en el umbral de la puerta y se quedó aguardando. Por si Dios se compadecía de ella y le mandaba de vuelta a su marido. “¡Dónde se habrá metido el infeliz!”, pensaba Tsipe Beile Reise, preparándose para darle su merecido en cuanto apareciera.

Cuando lo vio llegar arrastrando con su faja una cabra, se le esfumó espontáneamente el enojo y le dijo con acento amable:

—¿Por qué tardaste tanto, canarito mío, rosquilla de almendras? Yo pensé que te habías muerto, buena pieza, o que te había pasado una desgracia, Dios libre y guarde.

Shimen Elle se desprendió la faja, dejó a la cabra en el zaguán y tapó la boca a su mujer con un aluvión de palabras que le salían como si las virtiera de una bolsa.

—Esposa mía, te compré una cabra propiamente de Cabralandia. *Jamás conocieron nuestros antepasados una cabra de esta clase.* Nunca vieron nada igual, ni en sueños, las señoras de este pueblo, así las despellejen a latigazos. Imagínate que no come nada, apenas un poco de afrecho, una vez por día. Se

conforma con la paja del techo de la sinagoga. Y da tanta leche como una vaca, que Dios la libre del mal de ojo. Se puede ordeñar dos veces por día. He visto con mis propios ojos una jarra llena de leche, te lo juro por tu salud. ¡No es una cabra, es una nodriza! Eso es lo que dice esa mujer, Teme Guítel. ¡Baratísima! Una verdadera ganga. La conseguí después de mucho regatear por seis rublos y medio. ¡Qué trabajo me dio! No quería venderla. Me pasé toda la noche machacando, para tratar de convencerla...

Tsipe Beile Reise lo escuchaba y pensaba entretanto:

“Nejame Broje, mal rayo la parta, cree que ella es la única dueña de casa que tiene una cabra en este pueblo. Nadie más. Se le van a salir los ojos de la cara cuando vea la cabra de Tsipe Beile Reise, la esposa de Shimen Elie. ¿Y Blume Slate? ¿Y Jaie Meite? Se hacen las amigas, las muy hipócritas. ¡Ojalá les caiga a ellas la mitad solamente de lo que me desean a mí!”

La mujer del sastre encendió el fuego y comenzó a preparar fideos de alforfón para el almuerzo. Shimen Elie, por su parte se puso el taled y las filacterias y rezó con fruición las oraciones matinales. Nunca había rezado con tanto entusiasmo. Cantó las aleluyas, adoptó posturas y movimientos de *jason*, hizo castañetas con los dedos... y despertó a los chicos.

Enterados por la madre de que el padre había traído una cabra y que habría fideos para el almuerzo, saltaron de la cama llenos de alegría y sin más ropa que la camiseta, se tomaron de las manos, formaron una rueda y cantaron una cuarteta improvisada en el momento:

cabrita,
que trajo papá.

mucho lechecita
hará fideos mamá.

Viva la cabra,
la cabra
Dará

y

La alegría de los niños llenó de satisfacción al sastre. “Pobrecitos”, pensó; “a la leche no le conocen más que el gusto. Ahora se van a hartar de tomarla. Todos los días un vaso de leche, gachas con leche, té con leche...” Es bueno tener una cabra. Ahora me río de Físhel, el concesionario de la carne. No quiere darme carne; me da huesos. ¡Que se le atraganten! Ya no me hace falta la carne; tengo leche. ¿Los sábados? Compraremos pescado. ¿Dónde dice que es imprescindible comer carne? No he visto en ningún lado ese precepto? Si me hicieran caso todo el mundo se compraría una cabra. ¿Dónde iría a parar la barriga de Físhel? Entonces sí que se llevaría el diablo al alma de su abuelo...

Con estos pensamientos Shimen Elie *Shma Coleinu* terminó de rezar, guardó el taled y las filacterias, se lavó, bendijo el pan y se quedó aguardando el almuerzo lácteo que le serviría su mujer. Se abrió la puerta y entró Tsipe Beile Reise, roja de ira y echando chispas por los ojos. Llevaba en las manos un tarro vacío y no bien entró comenzó a derramar sobre su esposo una lluvia de maldiciones y anatemas. Digo mal; no eran maldiciones, eran piedras que caían del cielo; azufre hirviendo, resina derretida que manaba de la boca de la mujer.

—¡Que la tierra expulse al borracho de tu padre y te ponga a ti en su lugar!

¡Ojalá te transformes en una piedra o en un hueso! ¡Que te zamarreen el alma los espíritus malignos! ¡Que te mate una bala de fusil! ¡Que te ahorquen, que te ahoguen, que te quemén, que te asen, que te descuarticen, que te hagan picadillo! ¡Asesino, bandido, renegado ¿qué cabra me trajiste? ¡Mala pesadilla te mate y te despedace, Dios poderoso, padre bondadoso y amado!

Shimen Elie no quiso oír más. Se encasquetó la gorra y salió a ver la desgracia que le había ocurrido.

Cuando vio a la buena pieza del chivo atado al poste de la puerta y rumiando tranquilamente, el sastre quedó un instante indeciso, sin saber qué hacer. Meditó detenidamente el asunto y por último se dijo: “*¡Muera yo con los filisteos!*” ¡Condenados sean los antepasados del maestro y la maestra! ¡Conmigo no van a hacer bromas! Les voy a quitar las ganas de hacer gracias. Ese mosquito muerta del maestro, que fingía desentenderse del negocio, me sale haciendo esta picardía. Con razón se reían por lo bajo los alumnos, cuando el maestro hizo salir al chivo. Ahora me explico la insistencia de la maestra en desearme que el animal me diera mucha leche. ¡Yo les voy a dar leche! Les voy a ordeñar hasta la última gota de sangre a esos graciosos santurrones parásitos de Cosodóievke... Shimen Elie *Shma Coleinu* se puso en marcha nuevamente hacia Cosodóievke, con el propósito de acusarles claramente las cuarenta al maestro y a la maestra. En la puerta de la posada del roble estaba Dodie, su dueño, con una pipa en la boca. Shimen Elie se echó a reír. —

Te veo muy contento —dijo Dodie—. ¿Qué te pasa?

—Cuando se lo diga se va a reír usted también —contestó el sastre, redoblando las carcajadas, como si diez diablos le estuvieran haciendo cosquillas—. Fíjese cómo me persigue la mala suerte. *Todo hombre es mentiroso*. A mí me tocan todas las desgracias. Viera usted la felpa que mi mujer, Tsipe Beile Reise, que Dios le dé larga vida, me dio en carros y en caballos. Me la sirvió en bandeja. Y eso que estaba en ayunas. ¡Que les caiga el mal augurio al maestro y a su mujer! ¡Imagínese que no e la voy a dejar pasar. *Ojo por ojo*. Bofetada por bofetada. No me gusta que me hagan esas bromitas. Entretanto, don Dodie, sírvame una copa de alcohol, para ahogar las penas y enjuagar la garganta. Así tendré fuerza para hablar sin desfallecer.

—Salud, don Dodie, seamos siempre honestos. Es lo fundamental. *Cocotub*: está escrito. *Hoy se hunde el mundo*, pero no importa. No lo dude; les voy a dar una buena rociada. Les voy a enseñar a tomar el pelo a los de la corporación de la plancha y la tijera.

—¿Cómo sabes que es una broma? —preguntó el posadero, chupando con expresión ingenua la pipa—. Habrá habido algún error en el trato.

Shimen Elie saltó de furor.

—¡Absurdo! ¡No diga esas cosas! Fui expresamente a comprar una cabra, y les dije con toda claridad: *Con Raquel, tu hija menor*. Quiero una cabra. ¡Me sale usted con que un error!

Dodie se encogió de hombros, chupó la pipa y movió las manos, como si dijera: “No es culpa mía... Yo no tengo nada que ver.”

Shimen Elie se apoderó del chivo y siguió viaje a Cosodóievke. *Ardía un fuego en su pecho*.

VII

El maestro se hallaba entregado a sus menesteres: daba clase a sus alumnos. Seguía con el mismo tema talmúdico de los “daños”, oyéndose la declamación de los alumnos por toda la plaza de las sinagogas: *queshecsha besanbá*, la vaca agitó la cola, *veshebrá at a cad* y rompió la jarra...

—*Al maestro y a los alumnos*. Buenos días, maestro, a usted y sus discípulos —dijo Shimen Elie—. Interrumpa un instante la clase; no se le va a escapar la vaca, y la jarra rota ya no tiene remedio. Sí, maestro, no andemos con rodeos; ustedes me hicieron una linda jugarreta. Fue una broma, es cierto, pero a mí

esas bromas no me gustan. Usted conocerá el cuento de los dos hombres que se encontraron un viernes por la noche en la casa de baños. Estaban los dos en el estante más alto y uno le dijo al otro: "Toma mi escobilla y azótame." El otro lo azotó con gusto y gana, dejándole el cuerpo morado y sangrando. "Oye", le dijo el azotado, "si tu propósito fue aprovechar que yo estaba desnudo y tú con una escobilla en la mano, para arreglarme las cuentas, no digo nada. Pero si lo hiciste de broma, te advierto aue no me gustan las bromas."

—¿A cuento de qué viene ese cuento? —preguntó el maestro, quitándose los anteojos y escarbándose un oído con la patilla.

—A cuento de ese chivo que me dieron por error, digo por broma. Es una broma que puede acarrear-les una buena broma en el ombligo. Si creen que se las tienen que haber con un pazguato cualquiera, están equivocados. Yo soy Shimen Elle, sastre de Slodéievke, miembro de la corporación de los sastres, y presidente de su sinagoga. ¡Hombres de plan- cha y tijera!

Shimen Elie terminó su presentación con un verdadero brinco. El maestro se puso de nuevo los anteojos y contempló al sastre como quien mira a un enfermo que delira. Los alumnos contenían a duras penas la risa.

—¡No me mire con esa cara de bufón indignado! —exclamó el sastre furioso—. Yo vine a comprarle una cabra, y no lo que usted me dio.

—¿No le gusta la cabra? —preguntó con sinceridad el maestro.

—¿La cabra? ¡Si eso es una cabra usted es el gobernador!

Los alumnos estallaron en carcajadas. En ese momento entró Teme Guítel, *la muda*, y fue entonces cuando comenzó la verdadera función. Se entabló un diálogo entre el sastre y la maestra, en el que el uno protestaba y la otra refutaba. El maestro observaba la escena desde su asiento y los alumnos se descoyuntaban de risa. Finalmente Teme Guítel se enojó, tomó al sastre de una mano y gritó:

—¡Venga, venga, vayamos a ver al rabino! ¡Para que todos se enteren de las caprichosas reclamaciones y las calumnias de este sastre de Slodéievke!

—¡Sí. vayamos! —dijo Shimen Elie—. Para que se enteren todos que esta gente pretendidamente honesta, fingidos educadores, abusaron de un forastero. Como decimos en la oración de los lunes y jueves: para burla y escarnio. Venga usted también, estimado maestro.

Don Jáim Jone se puso la gorra de felpa sobre el solideo y se fueron los cuatro a ver al rabino: el sastre, la maestra, el maestro y la cabra.

Encontraron al rabino vestido con una bata de percal, secándose pausadamente las manos y pronunciando la oración *asheriótsar*,²⁶ repetía las palabras una por una, clara y distintamente, y cuando terminó se recogió la bata y ocupó su sitial. El sitial era un sillón al que le faltaba el asiento; tenía solamente respaldo y patas, flojas como los dientes de

F un viejo que no se desprenden por milagro.

El rabino escuchó la exposición de las partes; que se arrebatában recíprocamente la palabra, y mandó a buscar al juez, al matarife y a los demás personajes distinguidos de la comunidad, flor y nata de la aristocracia del pueblo.

—Haga el favor —dijo entonces el rabino, dirigiéndose al sastre—, repita toda su historia del principio al fin. Después contará ella la suya.

El sastre así lo hizo y de muy buena gana. Dijo que se llamaba Shimen Elie, sastre de Slodéievke, miembro de la corporación de sastres y presidente de su sinagoga, cargo que le habían dado a pesar de sus protestas. Porque él les decía: "Soy indigno de todos los dolores. Renuncio a los honores; no pido distinciones ni quiero bofetones". "Es inútil", le contestaron, "serás presidente y recibirás los

bofetones.” Un buen día se trasladó a Cosodóievke a comprar una cabra. No por él, porque a él maldito si le hacían falta las cabras; pero su esposa, Tsipe Beile Reise, que Dios le dé larga vida, no lo dejaba ni a sol ni a sombra. *iHactsaacata!* Se le había metido en la cabeza que quería una cabra. Como a las mujeres hay que obedecerías, se había ido a la casa de don Jáim Jone, el maestro de Guemora, a comprarle una cabra, especificando claramente que la cosa era con Raquel, tu hija menor, que era una cabra lo que quería. Esa gente le sacó los rublos y le hizo una broma, dándole en lugar de una cabra otra cosa que sólo el diablo sabía lo que era. Pero a él no le gustaban esas bromas.

—Ustedes conocerán, sin duda, la historia de los dos hombres que se encontraron un viernes por la noche en la casa de baños...

El sastre repitió el cuento de la casa de baños, que celebraron con risas los jueces y los *siete justos* de la ciudad.

-Escuchemos ahora a la otra parte —dijo el rabino.

Se puso de pie don Jáim *el inteligente*, se acomodó la gorra sobre el solideo y comenzó a exponer.

—Lo que pasó, maestros, es lo siguiente. Estaba estudiando con mis alumnos, estaba estudiando, el capítulo de los daños. Este ... la primera parte. Sí, la primera. Vino entonces este hombre de Slodéievke, este hombre, que dijo que era de allí, de Slodéievke, y que entró y saludó y me contó toda una historia, me contó. Me dijo que era de Slodéievke y que tenía una esposa, y que su esposa se llamaba Tsipe Beile Reise, sí, eso es, Tsipe Beile Reise

¿Se llama así su mujer?

El maestro se volvió hacia el sastre mirándolo interrogativamente. Shimen Elie escuchaba con los ojos entornados, la cabeza ladeada y la barba entre los dedos, y moviendo el cuerpo rítmicamente.

—*Cierto, exacto y correcto* —respondió con su cita habitual—. Tiene tres nombres, Tsipe, Beile y Reise. Se los dieron cuando nació y con esos

26 Breve oración que se pronuncia al salir del retrete.

nombres la he conocido siempre, desde hace cerca de treinta años. Pero siga hablando, mi amigo, trate de ir al grano. No se ande por las ramas. *Al principio y al final*. Cuente lo que dijo cada uno de nosotros. Lo afirmó el rey Salomón: *No hay nada nuevo bajo el sol*. Es decir, nada de triquiñuelas. —Yo no sé nada, no sé —dijo el maestro asustado y señaló a su esposa—. Ella habló con él, ella. Ella hizo el trato; ella. ¡Yo no sé nada!

—Bien —dijo el rabino, señalando con el dedo a la maestra—, veamos qué tiene que decirnos ella.

Teme Guítel *la muda* se limpió los labios, se apoyó en una mano y comenzó a hablar. Tenía el rostro encendido y usaba la otra mano para reforzar sus argumentaciones con movimientos rápidos e incesantes.

—Lo que pasó, si quieren ustedes saberlo, fue lo siguiente. Este hombre, este sastre de Slodéievke, y que me perdone, si no es loco, es borracho, o qué sé yo qué otra cosa. - ¡Pero díganme ustedes un poco! Este individuo viene a mí casa desde Slodéieve, y se me pega como una sanguijuela insistiendo en que le venda una cabra. Una de las dos que yo tenía. Y me repite la cantinela de que si fuera por él no compraría ninguna cabra, que no la necesitaba para maldita la cosa, pero que su esposa, Tsipe Beile Reise, se había emperrado en que sin falta le comprara una cabra. Y a las mujeres, afirmaba, hay que obedecerlas. ¡Vean qué

razonamiento! Le dije: ¿Yo qué tengo que ver con todo eso? ¿Usted quiere comprarme una cabra? Muy bien, se la vendo. Aunque a decir verdad yo no quería venderla por nada del mundo. Porque el dinero es redondo, se va rodando. Y las cabras siempre siguen siendo cabras. Sobre todo una cabra como la mía. No es una cabra ies una nodriza! Se ordeña fácilmente; da mucha leche. ¡Y no come nada! Un poco de afrecho una vez por día. Para lo demás se conforma con la paja del techo de la sinagoga. Pero luego pensé que como yo tenía dos, y el dinero, después de todo, es una tentación. - Intervino mi esposo, que Dios le dé larga vida, y convinimos el precio con el sastre. ¿Sabían cuánto? ¡Ojalá no tengan más que esa suma todos mis enemigos! Le di la cabra, una cabra que se la deseo a todos mis buenos amigos. Una cabra que no es una cabra ies una nodriza! Y ahora viene este sastre con la calumnia de que no es una cabra. Pero si aquí está. Ahora verán. ¿Dónde hay un balde? La voy a ordeñar delante de ustedes.

La maestra pidió un balde a la rabina y ordeñó la cabra delante de todos. Luego fue mostrando el balde a los presentes empezando, claro está, por el rabino, siguiendo con los jueces y los vecinos distinguidos y terminando con el resto del público.

Se produjo un alboroto en la casa del rabino, Un escándalo mayúsculo. Todos hablaban. a un tiempo. Unos decían que había que aplicar una multa al sastre de Slodéievke, que pagara la bebida. Otros decían que la multa sola no sería suficiente: había que confiscarle la cabra.

—No —opiné otro—, la cabra que se la lleve, y que viva con ella hasta que la muerte los separe. Hay que darle unos cuantos puntapiés y echarlo de aquí. ¡Qué se vaya al diablo con su cabra!

Viendo que las cosas tomaban mal cariz, Shimen Elle salió sigilosamente de la casa del rabino y puso pies en polvorosa.

VIII

El sastre se tomó el portante y se marchó con la cabra a paso acelerado, como un hombre que huye de un incendio. Volvía la cabeza a cada rato para ver si lo seguían. Luego, un poco más tranquilo, dio gracias a Dios por haberla sacado barata, saliendo limpio y sin golpes.

Cuando llegó a la posada del roble pensó Shimen Elie: “¡Cualquier día te voy a contar la verdad!” Ocultó al posadero lo ocurrido.

—¿Y? ¿Qué pasó? —preguntó Dodie, fingiendo interés.

—Se lo puede imaginar —respondió Shimen Elie—. A mi me respetan. Yo no tolero bromas. *No soy ningún tiñoso; soy un hombre*. No soy una criatura. Me tuvieron que oír. De paso examinamos unos puntos del Pentateuco con el maestro; resulta que yo sé más que él. En fin; me pidieron disculpas y me devolvieron la cabra, la que yo había comprado. Es ésta, Tome, guárdela un rato. Porque está escrito: *Dame las personas, y toma para ti la hacienda*. Llévase el cuerpo y déme un trago de *branfen*.²⁷

“No sólo es jactancioso sino también embustero”. pensó Dodie. “Le voy a hacer de nuevo la misma treta, a ver qué me dice después”

_Tengo guindado añejo —dijo, dirigiéndose a Shimen Elie—. No sé si te va a gustar.

—¿El vino reservado para los justos? _respondió el sastre relamiéndose de antemano ¡Cómo no! Traiga no más. Le voy a dar mi opinión de entendido. Sé

que usted tiene un buen guindado pero no todos los hombres son mentirosos, no todos saben apreciarlo.

Después de la primera copa a nuestro sastre se le desató la lengua.

—Mi querido primo —dijo al posadero, usted que es un hombre inteligente, palabra, y un hombre relacionado con toda clase de gente: ¿usted cree en la magia, en el deslumbramiento?

—¿De qué clase? —preguntó Dodie fingiendo inocencia.

—Por ejemplo, los espíritus malignos, los duendes, los demonios, la reencarnación.

—Por qué me lo preguntas? —repuso Dodie con expresión candorosa, mientras chupaba la pipa.

—Por gusto —contestó Shimen Elie *Shma Coleinu*, y siguió parloteando de reencarnaciones, de brujos, diablos, espíritus, duendes, tragos.

Dodie fingió escucharlo con atención, sin dejar de fumar la pipa. Finalmente escupió y dijo:

—Oye, Shimen Elie, me parece que esta noche no podré dormir. Te digo la verdad; a los muertos siempre les tuve miedo. Pero desde ahora voy a empezar a creer en duendes y aparecidos...

—Es que no hay más remedio que creer —repuso el sastre. Haga la prueba de no creer cuando se le introduce en la casa un duende y comienza a hacer sus pillerías: pone cabeza abajo el barril del borsh, derrama los flecos del *talescoton*, le echa un gato en la cama, que se le acuesta a uno sobre el pecho y a uno le parece que pesa doscientos kilos. Uno no se

27 Bebida alcohólica fuerte.

puede ni mover, y cuando se levanta el gato lo mira con ojos pecadores...

—¡Basta, basta! —exclamó el posadero, escupiendo y sacudiendo las manos—. No me hables de esas cosas antes de dormir.

—Que le vaya bien, don Dodie. Perdóneme que lo haya fastidiado un poco. Usted sabe que no es culpa mía. *Cacotub*, está escrito: estas cosas jamás ocurrieron: *Nie imela baba jíópote*.²⁸ ¡Buenas noches!

IX

El sastre llegó a su casa con expresión torva, dispuesto a ajustarle mercedamente las cuentas a su mujer. Hizo un gran esfuerzo y se contuvo. "¡Bah!", pensó. "Después de todo, no es más que una mujer. Dejémoslo pasar." Y en homenaje a la paz hogareña inventó una bella mentira para uso de su esposa.

—Es inútil. Tsipe Beile Reise, hermana mía: yo impongo respeto en todas partes. No hablemos del rapapolvo que recibieron el maestro y su mujer; se las canté bien claras. No me conformé con reprenderlos; los llevé a la casa del rabino, y el rabino los condenó a pagar una multa. Porque para ellos debería ser un gran honor que un hombre como Shimen Elie, de Slodéievke, fuera a comprarles una cabra. Porque Shimen Elie, dijo el rabino, es de aquellos hombres que... Tsipe Beile Reise no quiso seguir escuchando las alabanzas que le habían prodigado a su marido;

28 Ver nota 30.

tenía prisa por ver la buena cabra que le había traído esta vez. Tomó una jarra y se fue al zaguán a ordeñarla. Volvió pocos minutos después y sin decir una sola palabra tomó al sastre de la nuca, le aplicó tres buenos golpes y lo echó de la casa junto con el chivo, mandándolo a los mil demonios.

Shimen Elie quedó en la calle con el animal; no tardó en verse rodeado por un corro de hombres, mujeres y niños, que escucharon estupefactos su fantástica historia. Aquella cabra, les dijo el sastre, era cabra solamente en Cosodóievke; una cabra que se podía ordeñar y que daba mucha leche. En cuanto venía con ella a Slodéievke, dejaba de ser cabra.. Shimen Elie juró con todos los ternos del mundo, capaces de volver fidedigno a un renegado, que él la había visto ordeñar con sus propios ojos en la casa del rabino, donde le sacaron un balde lleno de leche.

Unos se detenían junto al chivo, lo examinaban detenidamente, se hacían repetir una y otra vez la extraña historia y se iban asombrados. Otros reían y hacían bromas. Otros, en fin movían la cabeza, escupían con desprecio y exclamaban:

—Si esto es una cabra yo soy una rabina. _¿Qué es, entonces?

—Una alma reencarnada. ¿No ve que es una alma reencarnada?

Lo del alma reencarnada pasó inmediatamente de boca en boca. Comenzaron a circular abundantes anécdotas de otros casos de almas reencarnadas que se habían comprobado en Slodéievke, como también en Cosodóievke, en Iámpele, en Pisheiábede, en Japlapóvitch, en Pechijvost, ien todas partes! ¿Quién no conocía el caso del caballo de Léiser Volf, al que hubo que sacarlo del pueblo, matarlo y sepultarlo con mortajas? ¿O el de aquel cuarto de pollo que cuando lo sirvieron a la mesa comenzó a mover el ala? Y otras verídicas historias similares. Shimen Elie se puso nuevamente en marcha, seguido por una numerosa comitiva de escolares bulliciosos que le rindieron honores.

—¡Viva Shimen Elie! —gritaban—. ¡Viva el sastre lechero!

La gente reía a mandíbula batiente.

Shimen Elie se sintió afligido. Sobre la desgracia venían ahora las burlas.

Recorrió el pueblo, con el chivo detrás, y soliviantó a los trabajadores. “¿Nos quedaremos de brazos cruzados?” Shimen Elie los puso al tanto de lo acontecido. Les comunicó la pillería que le habían hecho en Cosodóievke. Les mostró el chivo.

Inmediatamente mandaron a buscar *branfen* y resolvieron presentarse ante el rabino, los jueces y los restantes dignatarios del pueblo, y formularles la más enérgica y formal protesta. ¡Es inconcebible!

¡Es un crimen! ¡Abusar de ese modo de un pobre hombre, de un pobre sastre, sacarle con engaños sus pocos rublos, venderle una cabra y entregarle cualquier cosa! ¡Y para colmo, hacerle la misma burla dos veces seguidas! ¡Estas cosas no pasaban ni siquiera en Sodoma!

La comisión de los artesanos se presentó ante el rabino, los jueces y los demás dignatarios distinguidos del pueblo, gritaron y alborotaron y formularon una protesta. ¡Dónde se ha visto! ¡Semejante crimen! ¡Embaucar a un pobre sastre, sacarle con engaños sus pocos rublos, venderle aparentemente una cabra y entregarle, por segunda vez, sabe el diablo qué cosa! ¡Ni en Sodoma lo hacían! El rabino, los jueces y los demás distinguidos dignatarios escucharon la reclamación, se reunieron a deliberar, aquella noche, en la casa del rabino, y decidieron escribir una carta a los rabinos, los jueces y los restantes dignatarios de Cosodóievke. Así lo hicieron. Los rabinos, jueces y demás dignatarios de

Slodéievke escribieron una carta a los rabinos, los jueces y los demás dignatarios de Cosodóievke, redactada en hebreo y con gran elegancia retórica. He aquí la carta,, letra por letra:

"A los dignos rabinos, jueces, sabios y genios, famosos pilares del mundo en los que se apoya la estirpe de Israel: que la paz sea con ustedes y con todos los judíos de la santa comunidad de Cosodóievke, y que gocen de bienestar. Amén.

"Ha llegado a nuestros oídos que se cometió una grave injusticia con uno de nuestros paisanos, el sastre don Shimen Elie, hijo de don Bendit Leib, a quien llaman Shimen Elie *Shma Coleinu*. A saber:

Dos vecinos de ese pueblo, el maestro don Jáim Jone y su fulana doña Teme Guítel *la muda*, sacaron con astucia a nuestro sastre la suma de seis rublos y medio, que se embolsaron y se lavaron las manos afirmando que no habían hecho nada malo.

"¡Ese proceder es incorrecto! Los abajo firmados damos testimonio de que el mencionado sastre es un pobre trabajador, padre de una prole numerosa, y que vive honestamente de su trabajo. El rey David lo dijo hace mucho en uno de sus salmos: *Cuando comas con el esfuerzo de tus manos*. - Dichoso y bienaventurado el que come lo que produce con sus manos. Lo cual nuestros sabios interpretan de este modo: Dichoso en este mundo, bienaventurado en el otro.

"Por consiguiente, les pedimos que investiguen inmediatamente el hecho denunciado. Les deseamos que su juicio sea luminoso como la luz del sol, y esperamos que se pronuncie por una de estas dos sentencias: la devolución al sastre de la totalidad de su dinero, o la entrega de la cabra que compró, porque la cabra que trajo no es cabra. Esto lo puede jurar todo el pueblo.

"Que reine la paz en la comunidad judía. Lo dijeron nuestros sabios: la paz es un instrumento bendito.

"Paz para ustedes, paz para el más lejano y para el más cercano. Paz para todos. Amén.

"Somos servidores de ustedes, cuyos dedos meñiques son más gruesos que nuestros lomos.

"Firmado por el rabino hijo del rabino de bendita memoria... y por el rabino hijo del rabino de bendita memoria... y por Bóruj Capote, Soraj Púpíc, Físchel Vikidailo, Jáim Cvich, Nísel Cachén, Mótél Shólejts, lóshe Héshel Kishkish."

X

Aquella noche...

Brillaba la luna sobre las miserables viviendas de Slodéievke; casitas amontonadas, semihundidas, sin patios, sin árboles, sin cercas. El pueblo parecía un viejo cementerio, con lápidas caídas de rodillas y otras que se mantenían erguidas gracias a los troncos con que habían sido apuntaladas. Aunque el aire no era, por cierto, muy fresco, ni muy gratos los olores que venían del mercado y de la plaza de las sinagogas, y aunque el polvo se alzaba formando espesas cortinas, todos los habitantes del pueblo, hombres y mujeres, niños y ancianos, habían salido a la calle, como cucarachas de sus cuevas, a "tomar un poco de aire", a refrescarse después del día sofocante que les había tocado aguantar. Sentados en los umbrales de las casas charlaban de bueyes perdidos o miraban al cielo, estudiando la cara de la luna o contemplando las miríadas de estrellas,

imposibles de contar.

Shimen Elie se pasó aquella noche vagando con su chivo por las callejuelas del pueblo, huyendo de los chicos. Pensaba ponerse de nuevo en camino no bien amaneciera. Entró, mientras tanto, a la taberna de Hódel, *la recauciadora*, para tomar una copa, aliviarse las penas y pedir consejo a la mujer.

Hódel era una viuda inteligente, una mujer de "cerebro masculino", relacionado con las autoridades y amiga de la gente de trabajo. Le decían *la recaudadora* por cierto episodio de su juventud. Hódel había sido una joven muy hermosa; un día un recaudador de impuestos, muy rico, que estaba de paso por Slodéievke, la vio cuando Hódel llevaba unos gansos al matarife. El hombre la detuvo y le preguntó quién era. La joven, avergonzada, se echó a reír y huyó. Desde entonces la llamaron "*la recaudadora*". Según otra versión el cobrador de impuestos fue a la casa a hablar con el padre, Nejemie el destilador; quiso casarse con la joven, tal como estaba, sin dote, pagándole encima al padre. Cuando estaban por formalizar los esponsales, las habladurías del pueblo hicieron que quedara el enlace sin efecto. Hódel se casó luego, privadamente, con un infeliz epiléptico. La joven lloró desesperadamente, no quiso ir a la boda. El pueblo volvió a alborotarse. Decían que estaba enamorada del cobrador. Le hicieron una canción, que todavía hoy entonan en Slodéievke las mujeres.

Empezaba de este modo:

*Era más de media noche,
Brillaba hermosa la luna
Y ella se hallaba en la puerta...*

Y terminaba con estos versos:

*Te amo, querida, te amo,
Con cariño inagotable.
¡Sin ti no puedo vivir!*

A esta mujer fue a quien Shimen Elie confesó sus pesares. Le contó todos los contratiempos que le abrumaban el alma y le pidió que le diera un consejo.

—¿Qué hago? —dijo nuestro sastre—. *Soy negra y hermosa*, dice el rey David en el Cantar de los Cantares: unas son bellas, otras inteligentes.

Usted es ambas cosas. Aconséjeme; ¿qué hago?

—¿Qué quiere hacer? —dijo Hódel escupiendo—. ¿No ve que es un alma reencarnada? No se quede con esa bomba en la mano. Tírela. Mándela a los mil diablos. Le puede pasar lo que a mi tía Pérel, que ya está en el otro mundo (Dios la separe de mi).

—¿Qué le pasó? —preguntó asustado Shimen Elie.

—Mi tía Pérel, que en paz descanse —dijo Hódel suspirando—, era una mujer piadosa, honrada. En mi familia son todos honrados... Aunque aquí, en este condenado Slodéievke, ojalá arda por los cuatro costados, son muy aficionados a difamar a todo el mundo. A espaldas, desde luego, porque de frente son todos unos adulones, quitamotas... En fin... Mi tía Pérel, que en paz descanse, fue un día al mercado y vio tirado en el suelo un ovillo de hilo de algodón. Siempre viene bien, pensó mi tía, lo levantó y siguió andando. Entonces el ovillo le saltó a la cara y cayó nuevamente al suelo. Mi tía volvió a levantarlo; el ovillo volvió a saltarle a la cara y a caer al suelo. Mi tía lo levantó por tercera vez y por tercera vez le saltó a la cara para caer en seguida al suelo. Viendo esto mi tía mandó al

diablo el ovillo y continuó su camino. El ovillo la siguió, rodando detrás de ella. Mi tía echó a correr; el ovillo rodó más rápido. Llegó a su casa muerta de miedo, se desmayó, estuvo enferma casi un año entero, sin interrupción. ¿Qué cree usted que era esa? Adivine ¿qué era?

—Bah, bah... *Todos manchados, todos claros*. Las mujeres son todas iguales — dijo Shimen Elie—. Cuentos de viejas. Paparruchas. Si uno hiciera caso a todo lo que dicen las mujeres, saldría asustándose de su propia sombra. *Cacotub*, está escrito:

nashim daeton caló,³² las mujeres son gansas. En fin, *hoy es el fin del mundo*, pero no importa. Buenas noches.

El sastre siguió andando. El cielo estaba estrellado. La luna paseaba entre grandes nubes que parecían montañas oscuras orladas de plata. La luna miraba con media cara al pueblo de Slodéievke, que estaba entregado al sueño. Muchos vecinos que temían a las chinches habían sacado las mantas a la calle; tapados hasta las orejas con las sábanas amarillas, roncaban ruidosamente y soñaban dulces fantasías. Soñaban con grandes entradas en las ferias, muchas ventas y sabrosas ganancias: soñaban con buenos terratenientes y buenos negocios; soñaban que tenían pan y trabajo honrado. Y no faltaban los sueños de honras y distinciones.

No se veía una alma en la calle, ni se oía el más leve ruido. Hasta los perros que rondan las carnicerías, cansados de ladrar y pelear todo el día, se habían acurrucado en los rincones, entre los tarugos de los cortadores, y dormían silenciosamente, con el hocico bajo las manos. Muy de tarde en tarde se le escapaba a alguno medio guau, cuando veía en sueños un hueso que otros perros se preparaban a devorar, o cuando le parecía que una mosca se le había metido en una oreja para contarle un secreto.

Muy de tarde en tarde aparecía en el aire un escarabajo con las alas extendidas, que giraba en círculo o se mantenía cernido zumbando como un contrabajo, bsss... bsss..., para caer de pronto al suelo y quedar callado.

Hasta el sereno del pueblo, que recorría todas las noches las calles vigilando los negocios y golpeando sus dos palos, tac, tac, tac, aquella noche había bebido demasiado y dormía profundamente, recostado en una pared.

En esa quietud nocturna vagaba el sastre Shimen Elie, único ser despierto en todo el pueblo; marchaba lentamente, indeciso entre seguir andando, detenerse o sentarse, y hablaba en voz baja consigo mismo:

—Y vino el gato y se comió al cabrito. *Nie imela baba jlópota, cupila sobé coña*.³⁰ ¡Que la parta un rayo a la cabra! A la cabra -. *Jad gadió, jad gadió*.³¹

Lanzó una carcajada, y se asustó de su propia risa. Caminando, pasó frente a la sinagoga "fría", famosa por los difuntos que todos los sábados iban a rezar en ella, vestidos con túnicas blancas y taledes. Al sastre le pareció oír algo así como un canto iuhhh... uhhh! o como el ruido que hace el viento, en invierno, al pasar por la chimenea.

29 "La sabiduría de las mujeres es superficial." (Sentencia talmúdica.)

30 Refrán ruso: "La mujer no tenía preocupaciones y se compró un caballo."

31 "Un cabrito", canción infantil que figura en el ritual de la Pascua judía.

Se alejó de la sinagoga “fría” y pasó al barrio ruso. De pronto oyó un silbido: tsss... Un buho que se había encaramado en el campanario de la iglesia. Shimen Elie se sintió invadido por el terror. Sacando fuerzas de flaqueza siguió andando. Quiso rezar una oración de las que se dicen por la noche para ahuyentar el miedo. No pudo recordarla; se le había hecho un vacío en el cerebro. Para colmo comenzaron a desfilar ante sus ojos las espantosas figuras de finados conocidos. Acudieron a su memoria los mil y un relatos espeluznantes que había oído contar durante su vida; historias de diablos, de espíritus, de duendes con figura de ternera. Historias de demonios que corrían sobre ruedas; de fantasmas que andaban con las manos; de seres fabulosos que miraban con un solo ojo; de muertos vivientes que vagaban por el caos de las almas, vestidos con mortajas... Shimen Elie llegó a la conclusión de que el chivo que llevaba atado con la faja no era un chivo sino una alma reencarnada, o un duende burlador que de un momento a otro le sacaría la lengua, una lengua de diez metros, o comenzaría a batir las alas y a gritar por todo el pueblo: ¡Quiquiriquí!

Shimen Elie se sintió mareado. Se detuvo y desató al chivo. Quería librarse de la bomba. Fue inútil. El animal no se movió. No se alejó un solo paso de su sueño. El sastre echó a andar; el cabrón lo siguió. Dobló a la derecha; el cabrón hizo lo mismo. Dobló a la izquierda; el animal también.

—*iShma Isróel!*³² —aulló Shimen Elie, y se lanzó a correr sin rumbo.

De pronto, en medio de la carrera, le pareció que alguien lo seguía, cantando con una aguda voz caprina y con entonación de *jason*.

XI

A la mañana siguiente..

Cuando los habitantes del pueblo se levantaron, los hombres para rezar, las mujeres para ir al mercado y las muchachas para cuidar de los rebaños, encontraron al sastre Shimen Elie y al chivo sentados en el suelo, uno junto al otro, el chivo con las manos dobladas bajo el cuerpo, rumiando y sacudiendo la barbita. Se acercaron al sastre, le hablaron; no contestó una sola palabra. Se limitaba a mirar, con ojos inexpresivos.

Se produjo un alboroto. Acudieron los vecinos de todo el pueblo. Rodearon al sastre. Todo el mundo hablaba, gritaba, corría. Shimen Elie,. La cabra... *Shma Coleinu...* Alma reencarnada... Duende... Alma en pena... Demonio...

Transformado... Lo condujo... Cabalgó toda la noche... Agotado... Torturado... Volaban las mentiras descaradamente. Todos afirmaban que lo habían visto montarlo, con sus propios ojos.

—¿Quién montaba a quién? —preguntó uno, metiendo la cabeza en el corro—.

¿Shimen Elie al cabrón o el cabrón a Shimen Elie?

Los demás lanzaron la carcajada.

32 Oración judía que suele emplearse como pedido de auxilio.

—¿De quién se ríen? —exclamó un artesano que se hallaba presente—. ¿No les da vergüenza? ¡Hombres grandes, con toda la barba! ¡Casados, padres de familia! ¿Lo único que se les ocurre es tomarle a risa? ¿No ven que el pobre sastre está enfermo, gravemente enfermo? ¡Llévenlo a su casa y llamen al

médico, en lugar de quedarse ahí mostrando la dentadura, condenados sean los padres de sus abuelos!

Las palabras del artesano salieron como disparadas por un cañón. El público dejó de reír. Uno corrió a buscar agua; otro a traer a Túdel, el enfermero. Otros tomaron al sastre de los brazos, lo llevaron a su casa y lo acostaron en la cama. Iúdel el enfermero llegó en seguida con sus herramientas y le proporcionó un "gran alivio": le puso ventosas y sanguijuelas y le extrajo de una vena gran cantidad de sangre.

—Cuanta más sangre le saquemos, mejor —declaró. Todas las enfermedades vienen de adentro, de la "buena sangre".

Después de su explicación científica se retiró, prometiendo volver por la noche, Dios mediante.

Cuando Tsipe Beile Reise vio al pobre infeliz de su marido tendido en el desvencijado sofá, con un montón de trapos encima, los ojos en blanco, los labios exangües, delirando, pronunciando frases sin sentido, comenzó a retorcerse las manos, a golpearse a cabeza contra la pared, a sollozar, a gemir, a lamentarse con el cantito usado para llorar a los muertos.

—¡Ay de mí, desdichada de mí! ¡Qué gran rayo me fulminó! ¡Me dejas sola, desamparada, con tantos chicos!

Las pobres criaturas, desnudas y descalzas, rodearon a la pobre madre y la ayudaron a llorar. Los más grandes lloraban en silencio, tapándose la cara y tragándose las lágrimas; los más pequeños, que no entendían lo que pasaba, lloraban por llorar, con gritos cada vez más fuertes. El menor de todos, un varoncito de unos tres años de edad, de cara pálida, extenuado, se arrimó a la madre con sus piernecitas combadas y su vientrecito abultado, y poniéndose ambas manecitas en la cabeza prorrumpió en una nueva y ruidosa reclamación: —¡Mamá, tengo hambre!

Ofrecían un cuadro imposible de presenciar para cualquier persona extraña. Los que entraban en la casita del sastre volvían a salir a toda prisa, con el alma partida y una dolorosa congoja en el corazón. Si alguien les preguntaba cómo seguía Shimen Elie, respondían con un ademán de desaliento que significaba claramente: "¡Pobre desdichado!"

Varias mujeres, vecinas de las casas contiguas, fueron las únicas que permanecieron en la casa, mirando a Tsipe Beile Reise con el rostro lleno de lágrimas y la nariz enrojecida, haciendo extrañas muecas convulsivas con los labios y meneando tristemente la cabeza, como si quisieran decirle: "Pobre Tsipe Beile Reise!"

¡Maravilloso milagro! Shimen Elie *Shma Coleinu* se había pasado cincuenta años en Slodéievke, viviendo en la miseria y la estrechez, como un gusano en su agujero; nadie hablaba de él, nadie sabía cómo era. Ahora que se enfermó se patentizaron de repente todas sus virtudes. De pronto descubrieron que Shimen Elie *Shma Coleinu* había sido un hombre extraordinario, bondadoso, una alma piadosa y caritativa, que arrancaba el dinero a los ricos para dárselo a los necesitados, que defendía encarnizadamente a los pobres, que peleaba por ellos a sangre y fuego con todo el pueblo, que compartía con el prójimo su único bocado. Estos y muchos otros elogios y alabanzas prodigaron al pobre sastre, a la manera de las loas que suelen derramarse generosamente sobre la memoria de un difunto cuando se están cumpliendo sus exequias. Casi todo el pueblo fue a visitar al enfermo y todos prestaron su colaboración para tratar de salvarle la vida e impedir que se fuera de este mundo prematuramente.

Y los artesanos...

Los artesanos de Slodéjevke se reunieron en asamblea en la taberna de Hódel *la recaudadora*. Pidieron *branfen*, gritaron, alborotaron, insultaron a los ricos, los pusieron como trapos, desde luego, a espaldas de ellos.

—¡Lindo pueblo este! ¡Ojala se queme! ¡Los ricos, condenados sean, no mueven un dedo! Todos ellos nos chupan la sangre, pero no hay uno solo que salga a defendernos. ¿Quién paga los impuestos? ¡Nosotros! ¿A quién sacan dinero para las pestes, las plagas, el matarife, la casa de baños? ¡A nosotros! ¡Basta de aguantar! Vayamos a ver a los rabinos, los jueces, a los dignatarios a cantárselas bien claras! ¿Qué desenfreno es ese? ¿Cómo van a dejar morir a una familia entera?

Los trabajadores fueron a la casa del rabino y armaron un escándalo. El rabino leyó la respuesta de los rabinos, jueces y demás dignatarios de Cosodóievke, que acababa de traerle un carrero.

La carta decía lo siguiente:

"A los dignos rabinos, jueces, sabios y genios; que los montes brinden paz a las doradas luminarias de la santa Comunidad de Slodéievke. Amén.

"No bien recibimos sus expresiones, que supieron a miel en nuestro paladar, nos reunimos e investigamos minuciosamente el hecho, y hallamos que se formularon injustas acusaciones contra uno de nuestros paisanos; lo que ocurre es que ese sastre de ustedes es un individuo taimado, que inventó una calumnia y provocó una discordia entre nuestras dos comunidades Merece que lo castiguen.

"Nosotros, los infrascriptos les aseguramos a ustedes y estamos dispuestos a jurarlo, que hemos visto con nuestros propios ojos que la cabra daba leche.

¡Ojalá den tanta leche todas las cabras de los hombres de bien! No presten oídos a las fábulas del sastre. No acepten los embustes de los sujetos corrompidos, a los que ojalá se les paralice la lengua.

"La paz sea con ustedes y con todos los judíos, ahora y para siempre jamás.

"Son los deseos de sus hermanos menores, que se revuelcan en el polvo a los pies de ustedes.

"Firmado por el rabino hijo del rabino de bendita memoria., y por el rabino hijo del rabino de bendita memoria... y por Hénej Górguel, *Icusiel Shmarovidle, Shépsel Cartófel, Físhel Cachalke, Bérel Branfen, Leib Vorechoc, Elie Petelele.*"

La lectura de la carta incrementó el furor de los artesanos. "¡Esos granujas de ¡Encima nos toman el pelo! ¡Vamos a enseñarles un poco de educación! ¡Somos los hombres de plancha y tijera!"

Hicieron inmediatamente una nueva asamblea, mandaron servir *branfen*, y decidieron trasladarse a Cosodóievke con la presunta cabra, arreglarle las cuentas al maestro y poner cabeza abajo a todo el pueblo, empezando por el *jéider*.

Dicho y hecho. Se reunieron unos sesenta hombres, entre sastres, zapateros, carpinteros, herreros carniceros, cortadores de reses, todos mocetones aguerridos, armados de metros de madera, planchas de hierro, hormas, hachas, martillos, o de simples utensilios dornsticos, palos de amasar, ralladores, cuchillos; resolvieron marchar sobre Cosodóievke, en tren de represalia bélica, a matar, destruir y exterminar. ¡De una vez por todas!, *¡Muera yo con los filisteos!* ¡A poner fin al abuso, perdiendo la vida en la empresa si es preciso!

—Un momento, señores —dijo de pronto uno de ellos—; estamos listos para la

expedición, pero ¿y el chivo?

—Si, es verdad ¿dónde está el reencarnado?

—¡Se escapó!

—No es tan bobo. ¿Adónde se habrá ido?

—Seguramente a su casa, a la del maestro. Es fácil de entender.

—¡No digas tonterías! ¡Ni que estuviera loco!

—Tonto eres tú. ¿A qué otro lado va a ir?

—Qué más da. Es inútil que discutamos. El animal desapareció.

.....

.....

XIII

Dejemos al sastre embrujado luchando con la muerte y a los artesanos aprestándose para la guerra, y ocupémonos un poco del alma reencarnada, es decir del cabrón.

Cuando vio el tumulto que se había armado en el pueblo, pensó que él no tenía nada que ver con todo aquello y que no ganaría nada siguiendo al infeliz del sastre de un lado para otro y muriéndose entretanto de hambre. Era preferible que se tomara el portante, lanzándose a correr por su cuenta a donde la suerte lo llevara. Siempre sería mejor que vivir mostrenco.

Así lo hizo, y llevó a cabo su plan con una fuga original, espectacular. Echó a correr velozmente, volando casi, tocando apenas el suelo con las patas, llevándose desconsideradamente a todos por delante, saltando por encima de la gente y causando destrozos en el mercado. Derribó mesas llenas de pan y galleta y cajones de guindas y grosellas, desparramó ollas y objetos de vidrio, rompió, desbarató, pisoteó. ¡Hizo un desquicio terrible!

Las mujeres pusieron el grito en el cielo. "¿Qué es eso? ¿Quién es? ¡Desgraciado! ¡Es una cabra! ¡Una bestia! ¡Una alma reencarnada! ¡Ay de mí! ¡Qué desdicha! ¿Dónde está? ¡Allí, allí está! ¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! ¡Atájenlo!"

Un grupo numeroso de hombres con los faldones del capote arremangados y de mujeres con las faldas recogidas salió en persecución del chivo. Fue en vano.

Nuestro bribón le había tomado el gusto a la libertad y siguió corriendo sin parar. ¿Y el pobre sastre? preguntará el lector. ¿Y el desenlace? ¿Y la moraleja del cuento?

No me presionen, mis amigos. La historia no tuvo un final feliz. Su comienzo fue muy alegre; su fin, como el de la mayoría de las historias alegres, muy triste.

Ustedes conocen al autor de estas líneas; saben que no es de carácter melancólico, que no le gustan los cuentos tétricos, que prefiere los festivos. No ignoran que no es partidario de moralizar ni de sermonear.

Sabiendo que saben todo eso, el autor se despide de ustedes sonriendo y expresando su deseo de que haya más risa y menos llanto en el género humano. Los médicos aconsejan reír.

EL CONSEJO

—Hace tres días que viene a verte un joven, por la mañana, por la tarde y por la noche —me dijeron una vez en mi casa cuando regresé de un viaje—. Dice que tiene que hablarte con mucha urgencia.

—Algún autor que me trae su “obra” —pensé.

Me senté a trabajar y al poco rato sonó el timbre. Abrieron la puerta y oí ruidos en la entrada; alguien se quitaba los chanclos, tosía, se sonaba las narices. Señales indudables de escritor. Me impacienté. Quería verlo, de una buena vez. Entró, por fin. Me hizo una elegante reverencia, retrocediendo un paso y frotándose las manos. Se presentó, pronunciando un nombre raro, uno de esos nombres que unos los oye e instantáneamente los olvida, se le borran.

—Tome asiento. ¿En qué puedo servirlo?

—Vine a verlo por algo muy importante. Es decir, para mí, muy importante para mí, de vital interés, y creo que usted es el único que puede comprenderlo. Usted escribe tanto que debe de saber de todo. Esa es mi opinión, mejor dicho, tengo la seguridad, la certeza de que es así.

Examiné a mi visitante. Un tipo de intelectual, escritor de pueblo chico. Joven, pálido, de ojos grandes, negros, cuya mirada lastimera parecía estar diciendo: “¡Tengan compasión de esta alma perdida, extraviada!” No me gustan esos ojos. Les tengo miedo; nunca ríen, nunca se alegran, están siempre ensimismados. No me gustan.

—A ver, qué es lo que tiene? —le dije, dejando la pluma y recostándome en el respaldo de la silla.

Esperaba que el joven echara mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacara un abundante manojito de papeles escritos. Una novela en tres partes, larga como el exilio judío; o un drama en cuatro actos, cuyos personajes se llamarían Merderson, Erlijman, Frumharts, Bitertsvaig y otros similares, cuya sola mención daría la pauta del argumento; o quizás alguna nueva oda a Sion:

*Me atraen aquellos montes
Donde vuelan las águilas
y reposó el profeta...*

Conozco esas poesías de relumbrón, que fulguran, zumban y se desvanecen, dejando un extraño vacío en el corazón y una rara sensación de insignificancia en el alma.

No acerté esa vez; el joven no echó mano al bolsillo. no sacó papeles escritos; no pensaba leerme novelas, dramas ni poesías a Sión. Se limitó a arreglarse el cuello de la camisa, tosió y me dijo:

—Vine a verlo nada más que para contarle mis cuitas y pedirle un consejo. Un hombre como usted me comprenderá. Usted escribe tanto que debe de saberlo todo, y usted es el único que puede aconsejarme. Haré lo que usted me diga. ¡Le doy mi palabra! Perdóneme, pero creo que le estoy haciendo perder tiempo.

—No importa; cuente, cuente —contesté, aliviado. Me sentía como si me hubiesen sacado un gran peso de encima. El joven se acercó a la mesa y comenzó a contar sus desventuras, primero pausadamente, serenamente y luego acalorándose cada vez más.

—Yo soy de un pueblo chico —comenzó diciendo el joven—; aunque el pueblo, en realidad, es bastante grande, casi una ciudad. Pero al lado de esta ciudad donde usted vive es apenas un pueblecito. Creo que usted lo conoce muy bien, pero no

quiero nombrarlo porque usted es capaz de escribir sobre él, y eso no me convendría por muchas razones. En cuanto a mi ocupación... Este... Por ahora no hago nada. Vivo en la casa de mis suegros; no porque seamos recién casados, mi esposa y yo. Estamos simplemente en su casa porque mi mujer es hija única, y mis suegros pueden muy bien mantenernos diez años más. Son gente acomodada; se podría decir que son realmente ricos, y con relación al pueblo muy ricos, potentados. Son los más ricos del pueblo.

"Usted sin duda conoce a mi suegro. No se lo voy a nombrar; no me conviene. Es un hombre a quien le gusta destacarse, hacerse oír. El, por ejemplo, fue el que dio las mayores donaciones para las víctimas del incendio de Bobruisk y de los hechos de Kishinev. En el pueblo no da mucho que digamos; fuera de él, sí, para que todos se enteren. No es zozco. Sabe que en el pueblo lo respetan lo mismo. No tiene que quedar bien con nadie. Por eso no da a nadie una higa. Es que es un hombre que no puede dar. Lo dice él mismo. Cuando le van a pedir algo, se pone pálido y dice:

"¿Ya vienen a pedir? Tomen, aquí tienen las llaves; vayan a la caja y saquen todo lo que quieran.

"¿Usted cree que les da las llaves? Si lo cree, se equivoca. Las llaves las tiene cerradas con llave en un cajón de la mesa, y la llave del cajón escondida quién sabe dónde. Así es mi suegro. Por supuesto que tiene la fama que se merece. Confidencialmente: en el pueblo lo llaman el cochino. A espaldas de él, desde luego. De frente lo adulan que es un asco. Mi suegro lo recibe como moneda corriente, se acaneja el vientre y vive feliz.

"¡Hay que ver qué vida lleva! Imagínese usted; no hace nada. Come bien, duerme mejor. ¿Qué más quiere? Después de dormir manda enganchar el coche y sale a pasear por el barrio. Al anoecer se reúnen él y los vecinos del pueblo, cada cual con su chisme, y entre todos calumnian y ridiculizan a medio mundo. Luego le traen samovar y se pone a jugar al dominó con Shmúel Aba, el matarife.

"Shmúel Aba es un joven de patillas, es cierto, pero con ideas modernas. Usa cuello blanco y botas lustradas, no rehúye a las mujeres casadas, tiene buena voz, canta bastante bien, escribe con linda letra y juega muy bien al ajedrez y al dominó. Cuando se ponen a jugar al dominó, mi suegro y él, se pasan la noche entera con las fichas, mientras uno tiene que quedarse mirando y bostezando, poco menos que rompiéndose la boca a bostezos.

"Podría irme tranquilamente a mi cuarto, a leer un libro, o un diario. ¡Pero no! ¡No queda bien! Hay gente extraña; hay visitas. Es feo desaparecer sin más ni más. Mi suegro se enoja por eso. No dice nada, pero se enfurruña, y no contesta, aunque uno se desgañite hablando. Mi suegra hace lo mismo. Y cuando se ponen así mis suegros, de pique con el yerno, mi mujer me hace morros. Calcule. Es hija única. Sus padres, dice ella, son su alma y su vida, y ella para sus padres es la niña del ojo; cuando a ella le pasa algo, se siente mal o cualquier cosa, en seguida llaman al médico, se alarman, alborotan, ponen la casa cabeza abajo. Se explica que en tales condiciones una mujer como esa crea que el mundo fue creado para ella. Le diré, además, que mucha inteligencia no tiene. Es cierto que hablando con ella no parece tonta; al contrario, da la impresión de que es sagaz, despierta, de que tiene un cerebro masculino. Sólo que es mimosa, consentida, caprichosa como una cabra salvaje. Cuando no se pasa el día riendo a carcajadas se tira en la cama y se echa a llorar como una criatura.

"¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Qué quieres?

"Muda como una tapia. Lo cual, después de todo, sería lo de menos. Cuando una

mujer se pone a llorar, llora hasta que deja de llorar. Pero está la madre... Cuando se entera la madre, mi suegra, viene corriendo, con su chal turco en los hombros, se estruja las manos y se pone a cantar, con la entonación de los rezos y con esa voz hombruna que posee:

"¿Qué tienes, hijita querida? ¿De nuevo él? ¿Ese asesino, ese bandido, ese criminal? ¡Ay de mí! ¡Claro! ¡A él/ qué le importa que yo tenga un solo ojo en la frente! A él/ no le dolió el vientre. Ni derramó su sangre..."

"Y sigue, y sigue. Frase tras frase, como si salieran de una bolsa. No para nunca. Yo siento un rugido sordo en el pecho, me dan impulsos de arrancarle el chal turco, retorcerlo, pisotearlo, rasgarlo en mil pedazos. Aunque a decir verdad el chal no tiene la culpa. Es un chal como cualquiera, de esos chales turcos que se traen de Brod. Usted debe de conocerlos; vienen con cuadros de colores, rojos, amarillos, verdes, blancos y negros, y con flecos..."

—Disculpe, joven —interrumpí. Usted me dijo que quería pedirme consejo sobre un asunto...

—Perdóneme —repuso el joven—, no sé si le estaré haciendo perder tiempo... Era imprescindible que se lo contara porque se relaciona con el asunto. Quería hacerle conocer mi casa para que comprendiera mejor mi situación.

"Como le iba diciendo, cuando mi mujer se descompone, mi suegra se pone a refunfuñar, y mi suegro ordena que enganchen el coche y que vayan a buscar al médico, al nuevo. Así le dicen; el nuevo. No quiero nombrarlo, que se vaya al diablo. Y aquí es donde está el busilis del asunto sobre el cual quería pedirle consejo."

Mi visitante hizo una pausa, se enjugó el sudor de la cara, acercó un poco más su silla a la mía y se dispuso a proseguir su narración, tomando previamente alguna cosa en la mano. Porque hay personas que cuando hablan tienen que manosear algo; de lo contrario no logran formar una sola frase. Yo tengo en mi escritorio diversos objetos, rarezas, curiosidades. Entre ellos un cortador de cigarros de forma de bicicleta, que suele atraer la atención de mis visitantes; lo primero que hacen es tomar en la mano la pequeña bicicleta. Por lo visto también le gustó a mi joven visitante. Primero la observó, mientras hablaba; luego la levantó, trató de hacerle girar las ruedas y ya no la soltó.

—Volviendo al médico "nuevo". En mi pueblo hay muchos médicos; abundan como los perros. Cristianos, judíos, grandes y chicos. Hay también médicos sionistas, o sea los que se interesan en el sionismo. El médico que le digo es joven, un hombre familiar, hijo de un sastre. Mejor dicho de un ex sastre; ahora ya no lo es. Ahora encuentra indigno ser sastre, teniendo un hijo médico. Yo creo que es al revés. El hijo debería encontrar indigno que el padre sea sastre, y sobre todo un sastre que es sastre de sastres.

"Le explicaré. El tal sastre es un hombrecito menudo, que usa un capote de algodón. Tiene un ojo bizco y un dedo doblado, y una voz de matraca con la que anda matraqueando todo el día:

"Mi hijo el doctor tuvo ayer el consultorio lleno. ¡Cuánta gente! Mi hijo el doctor sabe, cuando quiere. Mi hijo el doctor..."

"Aturde a todo el mundo con su hijo el doctor. Para colmo el hijo es médico de señoras, mejor dicho médico partero. Y ese sastre bizco desparrama por todo el pueblo todos los secretos que pesca. ¡Pobre de la mujer, casada o soltera, que cae en las manos de ese médico y en la boca de su padre el sastre!

"Una vez pasó lo siguiente. Nosotros teníamos una sirvienta..."

—Disculpe, joven —interrumpí. Si no me equivoco usted quería pedirme un consejo.

—Perdóneme si le hago perder tiempo; pero le estoy contando lo del médico, porque él es precisamente el verdugo de mi asunto. Si no fuera por él yo estaría ahora magníficamente bien. Es que, a decir verdad, a mí no me falta nada. Mi esposa es, podría decir, una mujer importante; hijos no tenemos todavía; ella es hija única, única heredera. Todo va a ir a parar a sus manos, es decir, a las mías. Honores también me dan, bastantes, los que corresponden al yerno del rico. Lugar de preferencia en la sinagoga, distinciones en la lectura de la Tora, los sábados y días de fiesta, o en las circuncisiones. En la procesión de hosana con la cidra marchó a continuación de mi suegro. Primero el jason,¹ naturalmente, luego el rabino, luego mi suegro y después yo. Detrás de mí el resto del público.

1 Cantor de sinagoga.

“En la casa de baños, salvando la comparación, cuando me desvisto y entro al salón, empieza en seguida a gritar el bañero:

“¡A ver, señores, hagan sitio! Viene el yerno del rico.

“A mí no me gusta, se lo juro; me resulta violento. La adulación conquista a cualquiera y nadie renuncia a los honores. Pero eso ya es demasiado, y más aún sabiendo que no lo merezco.

“¿Que mi suegro es rico? Pues adúlenlo a él; pásenle la lengua todo lo que quieran. ¿Yo qué tengo que ver? Gente salvaje, se lo aseguro; completamente salvaje. Y yo tengo que vivir con ellos. Es como si estuviera prisionero. Porque alternar con cualquiera no me dejan. ¡No queda bien para el yerno del rico! Conversar con mi suegro no puedo; es un hombre inculto, ignorante. Que me perdone; como no me oye no le hará daño. Mi esposa, ya se lo dije, es una cabra chiflada. De pronto ríe, de pronto llora; empieza con ja, ja, ja, y termina tirándose en la cama. Lllaman en seguida al médico nuevo.

“El médico nuevo. - ¡Condenado sea! Cuando me acuerdo se me hace tediosa la vida. Créame que más de una vez siento la tentación de apoderarme de un cuchillo y clavármelo hasta el mango, o correr al río y tirarme al agua. ¡Tanto me fastidia ese médico!”

El joven se interrumpió y quedó un instante pensativo, triste.

—¿Usted - sospecha de su mujer? —pregunté, procurando no decir nada inconveniente.

—¡Dios me libre! —exclamó, poniéndose vivamente de pie, como si lo hubiesen escaldado. Luego acercó un poco más la silla y continuó: ¡Cómo voy a sospechar! Es una mujer honrada. Hablo de él, del distinguido doctor, maldito sea. Y no tanto de él como de su padre, el distinguido sastre del ojo bizco y el capote de algodón, el infierno se lo lleve. El condenado anda todos los días matraqueando por el pueblo. ¿Pero usted cree que son cosas reales las que difunde? ¡Nada, pamplinas! Por el gusto de mover la lengua, nada más.

“Me habría importado muy poco, como usted se puede imaginar. Lo malo es que uno tiene oídos, y los oídos oyen, y cuando uno presta atención termina por oír lo que no habría querido oír. Sobre todo en un pueblo como el mío, lleno de charlatanes, chismosos y calumniadores, famosos en todo el mundo. El que cae en la boca de mi pueblo se puede ir despidiendo. Delante de mí se cuidan, por supuesto; pero a mis espaldas tuve ocasión de escuchar algunas palabras aisladas, que me llenaron la atención, me hicieron tender el oído, husmear, tantear, pescar frases. No descubrí nada, absolutamente nada; salvo una sola cosa. Que cuando él viene ella cambia por completo, se convierte en otra mujer, pone otra cara y otros ojos.

“Es decir, es la misma mujer de siempre, con la misma cara y los mismos ojos; sólo que la mirada es distinta, ¿se da cuenta? La mirada, el brillo de los ojos. ¿Usted cree que no le pregunté?”

“Querida —le dije—, ¿a qué se debe que cambies de ese modo cuando viene el médico?”

“¿Sabe lo que me contestó? Se echó a reír con unas carcajadas tan sonoras que me quise enterrar vivo. Y en seguida se tiró en la cama sollozando con tanta fuerza que llegó corriendo la madre envuelta en su chal turco y se puso a consolarla con su cantinela habitual. El padre, mi suegro, hizo enganchar inmediatamente el coche y mandó a buscar al médico. A mí me mandó.

“Cuando llegó el médico mi mujer se sintió instantáneamente aliviada; le volvieron los colores a las mejillas y los ojos comenzaron a centellearle como vidrios al sol.

“Imagínense mi situación; cuando entro en la casa del médico es peor que si entrara en el otro mundo. Preferiría mil veces ir al infierno. Si le viera la cara. Delgada, roja tirando a morado, ¡y con cada grano! ¡Llena de granos! Tiene la costumbre de sonreír; como un cadáver insepulto. Sonríe siempre, con o sin motivo. Sonríe a todo el mundo, y trata amistosamente a todos. ¡Sobre todo a mí! Conmigo es dulce como la miel, suave como un bálsamo. ¡Para usarlo de apósito! Me dispensa una amabilidad ilimitada.

“Hace poco caí enfermo; tenía esa enfermedad de moda, la gripe. ¡Viera cómo se desvivió para atenderme! Me empalagaba. Lo asombroso es que cuanto más afectuoso es conmigo, tanto más lo odio (que Dios no me castigue). No puedo ni verlo; sobre todo cuando está en mi casa y cambia miraditas con ella.

“En ese momento, si pudiera aferrarlo de la nuca y arrojarlo a la calle, ganaría salud para diez años más de vida. No aguanto más las miradas que le lanza ni las sonrisas que le dirige.

“Tomé una resolución. Tengo que poner fin a esta situación, de una vez por todas. ¿Hasta cuándo seguiré sufriendo vergüenza? Estoy en boca de todo el pueblo. Mi único remedio es el divorcio. No veo otra salida. ¿Perderé un buen porvenir? ¿Un suegro rico? ¿Una hija única que lo heredará todo? ¿Los bienes de mi suegro serán de ella, vale decir míos? ¡No importa! Me desprendo de todo. ¿No me arreglaba antes de casarme? ¿No se arreglan tantos otros jóvenes sin suegros ricos? ¡Es la única manera! ¿Qué opina usted? ¿No le parece que no hay otra solución que el divorcio?”

Mi visitante hizo otra pausa para recuperar el aliento, se enjugó el sudor de la cara y se quedó aguardando mi respuesta.

—Qué quiere que le diga —contesté—. Sí, a mí también me parece que la única solución es el divorcio. Sobre todo porque advierto que su amor no es muy ardiente. Además, hijos, dice usted, no tienen; el pueblo murmura... ¿Para qué quiere todo ese lío?

El joven me escuchaba hablar haciendo girar las ruedas de la pequeña bicicleta y mirándome con sus profundos e implorantes ojos negros. Cuando terminé lanzó un suspiro, se acercó un poco más y dijo:

—Nuestro amor, dice usted... Desde luego, odiar no la odio. ¿Por qué? No; la amo, realmente la amo. ¡La amo mucho! En cuanto a que la ciudad murmura... ¡Que murmure! ¡Que se vuelvan todos roncós hablando! El que me indigna es él; me subleva. ¡El y ella! ¿Por qué se pone tan contenta cuando lo ve? ¿Por qué no se alegra y se sonroja cuando me ve a mí? ¿Yo soy peor que él? ¿Por qué? ¿Porque él es médico y yo no? Si a mí me hubiesen hecho estudiar yo también sería médico, y quizá mejor que él.

“Le aseguro que aquí donde me ve soy capaz de competir ventajosamente con él en el conocimiento de los textos religiosos, y probablemente de superarlo, dejarlo muy atrás, en el manejo del idioma hebreo. Por eso, pensándolo bien, me dije lo siguiente: ¿Qué motivos tengo para divorciarme? ¿El médico nuevo? ¿Qué haría si en lugar del médico se tratara de algún otro condenado cualquiera? ¿Dónde dice que una mujer casada no debe hablar con un médico? Eso en primer lugar. En segundo término, ¿qué porvenir me espera si me divorcio de mi mujer? Soy huérfano, no tengo a nadie, ni parientes ni amigos. Volvería a ser soltero, un soltero pobre; tendría que casarme de nuevo. Es decir, empezar otra vez desde el principio. ¿Quién me asegura que esta vez tendré más suerte? ¿Y si caigo en otro infierno? Lo de ahora, por lo menos, ya lo conozco, y como quiera que sea soy un príncipe heredero; soy el yerno del rico, cuyos bienes irán a parar a las manos de ella, vale decir a las mías. ¿Se da cuenta? No me conviene buscar nuevas combinaciones, nuevas complicaciones. Es un juego; una lotería. ¿No? ¿No es así? ¿Usted qué opina? ¿No es un juego, una lotería?”

—Sí, yo creo lo mismo. Es un juego, una lotería. Claro que es mejor la paz que el divorcio.

Me alegré íntimamente de que mi consejo ten diera a propiciar una solución pacífica de aquel problema, y creí, por lo demás, que la cosa había terminado. Me equivoqué. El joven se apoderó de la bicicleta, se acercó un poco más a mí y me dijo, hablándome con la boca casi pegada a mi cara:

—¿La paz? Sí, quizá tenga razón. ¡Pero cuando me acuerdo de él, del médico, condenado sea, y de su cara granujienta! El padre, el sastre bisojo, anda por el pueblo anunciando que la hija del rico se está por divorciar. ¿Se da cuenta qué bajeza de sastrezuelo? ¡Si por lo menos no lo hubiese desparramado! Pero ya que en el pueblo se habla de eso, ¿qué puedo perder? Lo roto no puede pasar de roto. Cuado la cosa se mantenía en secreto, de acuerdo; uno se pellizca la mejilla para disimular la palidez. Ahora que todo el mundo habla de divorcio, sería una grosería de mi parte postergarlo. ¿Eh? ¿Qué le parece? ¿No es así?

—A mí me parece lo mismo. Si todos lo saben y todos hablan de divorcio, sería un poquito grosero de su parte no divorciarse. Es la única alternativa que le queda.

—¿Así que usted opina categóricamente que tengo que divorciarme? —preguntó el joven, y corrió la silla casi hasta ponerla encima de mí. Estudie bien el caso. Hagamos de cuenta que usted es el rabino. Yo vengo a verlo con mi esposa para que nos divorcie. Usted me pregunta: “¿Dime, joven, por qué quieres divorciarte de tu mujer?” ¿Qué le contesto? Si le dijera que me quiero divorciar porque mi mujer mira al médico, y el médico la mira a ella, ¿qué valor tendría este argumento? Dígamelo usted. ¿Sería razonable? ¿Les puedo tapar los ojos para que no se miren? ¿Qué pensaría de mí la gente? ¡Dígame un poco! “Se divorció de su esposa...”

Una excelente mujer, hija única, heredera de un padre rico cuyas bienes pasarán a sus manos, es decir a las mías... ¿Qué dirán de mí? ¡Que estoy loco! ¿No? ¿No le parece? Loco de remate, ¿no?

—Sí, yo creo lo mismo; loco de remate.

Esta vez mi visitante se acercó tanto que nuestras piernas se trenzaron; en lugar de la bicicleta, que ya había estropeado, echó mano al tintero.

—A usted le resulta fácil decirlo —prosiguió lanzando un suspiro—; loco de remate. Me habría gustado ver qué haría en mi lugar. Es decir, si usted tuviera un suegro ignorante, una suegra que usa un chal turco y no para de refunfuñar, y una esposa robusta y sana que no hace más que curarse, y si el pueblo entero

lo señalara con el dedo: "¡Allá va, es ese!" Creo que se levantaría a media noche para divorciarse y huiría al campo de los pimientos negros. ¿Qué, no es así?

—Yo creo lo mismo. Me levantaría a media noche para divorciarme y huiría al campo de los pimientos negros.

—A usted le resulta fácil decirlo —repitió el joven—; se levantaría a media noche, se divorciaría y huiría al campo de los pimientos negros. ¡Huir! Eso es hablar por hablar. ¿Huir adónde? ¿Al infierno? ¿Y eso de que ella es hija única..., heredera de todo..., y que los bienes pasarán a sus manos, es decir a las mías? ¿Todo eso no vale nada? Además, ¿de qué puedo acusarla? ¿Qué me hizo? ¿Qué me hizo? ¡Nada! Dígamelo usted mismo: ¿Me hizo algo ella?

—Yo creo lo mismo. ¿Qué le hizo ella? ¡Nada! ¿Cómo nada? ¿Y el médico? ¿Se olvidó del médico? No bien le veo la cara a ese condenado verdugo, mi mujer se me hace la odiosa, repugnante.

—En tal caso, tiene que divorciarse.

—¿Y qué porvenir me espera? ¿Qué puede hacer un joven como yo en estos tiempos difíciles? ¡Dígamelo usted! A ver, use su ingenio.

—Entonces no se divorcie.

—¿Qué no me divorcie? ¿Y el médico? No bien le veo...

—Entonces, divórciese —dije, ansiando dar un corte al asunto.

—¿Qué me divorcie? ¿Y qué me espera? Imagínese...

—¡No se divorcie!

—¿Y el médico?

No sé qué me pasó. La sangre se me agolpó repentinamente en la cabeza. Se me nubló la vista. Pegué un salto, tomé al joven por el cuello, lo aplasté sobre la pared y grité con la voz alterada:

—¡Divórciate, bastardo! ¡Divórciate! ¡Divórciate! ¡Divórciate!

—A veces uno se sale de las casillas... —le dije. El joven estaba aturdido, confuso. Reconoció a que a veces el hombre no es dueño de sus actos, que a veces se sale de las casillas...

Se fue, con la misma reverencia que había hecho a su llegada: dio un paso atrás y se inclinó, restregándose las manos.

—Perdóneme si le hice perder tiempo, y gracias por el consejo. ¡Muchas gracias! Que le vaya bien.

—De nada... Buen viaje.

Los gritos de ambos atrajeron a toda mi familia.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Nada, nada...

—No reconocí mi rostro pálido cuando lo vi reflejado en el espejo. Pedí repetidamente perdón a mi visitante, le estreché la mano, le rogué con insistencia que olvidara lo que había pasado.

MEDICOS

—¿Sabría decirme, amigo, dónde vive el doctor Fainfinkelcroit?

—¿Cómo? ¿El doctor qué? ¿Fainfinfain...?

—Fainfinkelcroit.

—¿Fainfinkelcroit? ¡Ah, eso es otra cosa! Fainfinkelcroit... Me suena. ¿Tiene que

verlo a él, o podría ser otro? Aquí hay muchas de esas cosas, gracias a Dios. Aquí enfrente vive uno; mejor dicho, dos. Un médico y un dentista. Y tres casas más allá hay otro, muy bueno, aunque jovencito, recién salido del horno. Sin embargo, tiene bastante clientela. En este pueblo todos los médicos tienen clientela, porque hay muchos enfermos, gracias a Dios. ¿Cómo dijo que se llamaba ese doctor? ¿Fainfínfin...?

—Fainfínkelcroit. No es para mí...

—¿Ah, para su esposa? Vaya allí, ¿ve? Hay un médico de señoras. Es decir, un médico partero. Dicen que es muy bueno. Un especialista. Ahora se usa; un médico distinto para cada especialidad: médico de estómago, médico de pulmones, de ojos, de los nervios, de niños... Y la forma de curar no es la misma de antes. Eso también cambió. Antes le daban a uno remedios, recetas, píldoras, polvos, hierbas amargas; ahora están de moda las máquinas, las fricciones, los masajes, los baños, simplemente baños. Los médicos se convirtieron en bañeros, y según parece es un buen negocio. ¿Cuál es la especialidad del médico que usted busca? ¿Es judío?

—Sí, judío, desde luego. ¿No se da cuenta por el apellido? Fainfínkelcroit.

—¿Fainfínkelcroit? Sí, claro, judío. Si se llama Fainfínkelcroit es judío. Aquí en el pueblo casi todos los médicos son judíos. Aunque los judíos en realidad prefieren a los médicos góim.¹ Lo mismo que prefieren a los abogados góim, a las tiendas de los góim, a los maestros góim. Los judíos los quieren mucho a los góim. ¿Cómo decía usted que se llamaba su médico? ¿Fáifer?

—No, Fáifer no; Fainfínkelcroit. Lo necesito para otra cosa...

—¿Ah, para el servicio militar? ¿Para pedirle consejo? Ahora comprendo. ¿Ah, no? ¿No es para eso? ¿No será para una propuesta matrimonial? ¿Adiviné, verdad? Es claro. Si no era para hacerse revisar, ni para su esposa, ni para el servicio militar, tenía que ser para un asunto matrimonial. En tal caso no lo busque más a ese... ¿cómo se llamaba?... Déjelo. Le voy a indicar otros médicos mucho mejores. Depende, desde luego, de la posición del otro. ¿Cuánto da de dote? Lógicamente, a mayor clientela más dote. Y aunque no tenga clientela lo mismo hay que pagarlo. Hoy en día no compra por menos de cinco o seis mil rublos ni siquiera un simple estudiante, siempre que esté en la universidad. Imagínese entonces un doctor recibido, aunque sea el último de los peores... Dígame exactamente qué es lo que busca el otro, el padre de la novia.

—¡Pero no, hombre, no es eso! Usted se equivoca.

—No discuta. Escuche bien lo que le digo.

1 Plural de goi, no judío.

Si el otro puede pagar un buen precio, este de quien le hablo le viene como anillo al dedo. Es un médico excelente; un profesor. Atiende de todo: estómago, nervios, dientes, niños, operaciones. Las mujeres lo aprecian mucho, porque es un hombre imponente, alto, robusto. Además es sionista, y tiene una labia que Dios me libre. Es una alhaja, una verdadera alhaja.

—Pero no, le estoy diciendo que lo que necesito...

—¿Ah, eso? ¿Y por qué no habla? ¿Por qué no lo dijo? ¿Ve aquella puerta blanca?

—¿Allí vive Fainfínkelcroit?

—Allí no vive Fainfínkelcroit; allí vive Méir Tolochínov. Un judío rico. En un tiempo fue un pobretón; ahora ojalá tuviéramos usted y yo su fortuna, sin que le dañe a él. Tiene una hija, que es fea como la muerte. Pero con la ayuda de Dios se le

tapa la cara con unos diez mil o quince mil rublos y se le trae un doctor de Kiev. Es decir, un doctor recibido en Kiev, pero nacido en Umán...

—¿Para qué me cuenta todo eso?

—¿No busca usted a...?

—¿Al doctor Fainfinkelcroit? No lo busco porque necesite un médico para una alianza matrimonial, sino porque el doctor Fainfinkelcroit es...

—¡Me lo hubiera dicho! Yo creía que se trataba de una boda. En tal caso, escúcheme bien, con mucha atención. Tengo un especialista, flamante; abrió su consultorio hace poco. Recibió una herencia de unos cuantos miles de rublos e invirtió todo el dinero en una máquina; viajó personalmente al extranjero a comprarla. Clientes, por ahora, no tiene; pero ojalá me preocuparan mis gastos del sábado tan poco como los clientes de él. No se aflija, que ya los tendrá, y de los mejores, porque los médicos que atienden esas enfermedades tienen todas numerosas y calificadas clientelas. Son especialistas... ¡Oiga, oiga, qué le pasa! ¡Adónde va! Espere, espere un poco. Todavía no terminé; me quedan un par de médicos...

—¡Pero por Dios! ¡Déjeme tranquilo! ¡No me fastidie! No preciso médicos, ni consejos para el servicio militar, ni novios para casarlos, ni especialistas. No soy más que un empleado. Estoy buscando al doctor Fainfinkelcroit por otra cosa. Nos debe la cuenta de la leña de todo el invierno...

—¿La cuenta de la leña? ¡Mala pesadilla...! ¡Hay que ver qué tupé! ¡Detener a un desconocido en la calle para fastidiarlo inútilmente! ¡Fainfinkelcroit!

Sin consideración ninguna, sin pensar que el desconocido estará perdiendo tiempo, que quizá anda buscando un rublo para el sábado. Me di cuenta en seguida de que usted debía de ser vendedor de leña, se lo juro, que Dios me dé una vejez dichosa.

Estos vendedores de leña... ¡Oiga!

LA OLLA

Quiero hacerle una consulta, rabino. No sé si usted me conoce. Yo soy Iente, la gallinera. Vendo huevos, gallinas, gansos y patos. Tengo varias clientas, en dos o tres casas, que me mantienen a flote; que Dios les dé salud y bienestar, porque si tuviera que estar pagando intereses no me alcanzaría el queso ni para cazar una laucha. Pesco unos rublos por aquí, otros por allí, cobro por un lado, pago por el otro. Me las arreglo, ¡qué voy a hacer! Claro que si viviera mi esposo, que en paz descansa... Aunque viendo bien las cosas, una vida muy regalada no me dio el difunto. Nunca fue un trabajador que digamos, y que me perdone. Se pasaba el tiempo leyendo los libros religiosos. La que sudaba era yo. Yo estoy acostumbrada a trabajar, desde chica. Me enseñó mi madre, que en paz descansa. Se llamaba Basie la velera. Hacía velas, con sebo que compraba a los carniceros. Todavía no se conocía el querosene, ni las lámparas con estos tubos que revientan a cada rato. La semana pasada se me reventó uno, y hace dos semanas, otro...

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de morir joven... Cuando murió Moishe Bentsión, que en paz descansa, no tenía más que veintiséis años.

¿Veintiséis? ¿A ver? Tenía diecinueve cuando nos casamos; hace unos ocho años que murió. O sea, en total, diecinueve más ocho, creo que son... veintitrés. ¿Por qué dije veintiséis? Claro, porque me había olvidado de los siete años que estuvo

enfermo. Bueno, en realidad estuvo enfermo mucho más tiempo; siempre fue enfermo. Es decir, en general estaba muy sano. Tenía tos, nada más. Esa tos lo tumbó. Tosía constantemente; mejor dicho, cuando le venía el acceso. Entonces empezaba a toser y ya no paraba. Los médicos decían que era una especie de espasmo, que si uno quería toser, tosía, y si no quería, no tosía. ¡Hágame el favor! Ojála conocieran las cabras los huertos ajenos tanto como los médicos las enfermedades.

Ahí tiene a Iókel, el hijo de don Aren, el matarife. Le dolía una muela, y le hicieron de todo; exorcismos, sinapismos. De todo. No hubo caso; no le pasaba. Entonces Iókel se puso un diente de ajo en un oído; dicen que es bueno para el dolor de muelas. Vino el médico y lo único que se le ocurrió fue tomarle el pulso. ¿Se da cuenta que estúpido? ¡Le toma el pulso! Calcule; sí a Iókel no lo hubiesen llevado a Iejúpetz, ¿sabe donde estaría ahora? Allí donde está la hermana, la pobre Pérel, que se fue después de un parto porque le echaron mal de ojo. - ¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de las viudas... Quedé viuda muy joven, con una criatura, y media casa en el barrio pobre, al lado de Léiser el carpintero, no sé si lo conoce. Cerca de la casa de baños. Usted me dirá: ¿Por qué media casa? Porque la otra mitad no es mía, es de mi cuñado Esriel; usted lo conoce. Es de Veselecut, un pueblecito, y vende pescado. Trabaja muy bien y gana bastante dinero. Es decir, según como esté el río: cuando no hay viento pesca mucho, y cuando pesca, vende barato; cuando hay viento no pesca y vende caro. Esriel dice que es preferible pescar y vender barato.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Por una razón muy sencilla —me contestó. Cuando no hay viento se pesca mucho, y cuando se pesca mucho se vende barato; y cuando hay viento no se pesca y se vende caro. Pero es preferible que se pesque y se venda barato.

—Sí, pero por qué —le dije—. ¿Cuál es la razón?

—La razón es muy sencilla —me contestó. Cuando no hay viento se pesca mucho y se vende barato...

—¡Vete al diablo! —exclamé. Con este bruto no se puede hablar.

¿A propósito de qué se lo decía? De las casas propias... Claro que es mejor tener un rinconcito propio que ser inquilina de otro. Lo mío es mío, no es ajeno. Tengo, pues, media casa, una pequeña propiedad. No puedo quejarme. Pero digo yo: ¿Para qué quiere una viuda con un solo hijo toda una media casa? Con que haya un lugarcito para tenderse a dormir, es suficiente. Sobre todo cuando existe el problema del techo. Hace unos cuantos años que está sin techo. Esriel, mi buen cuñado, me fastidia continuamente. Quiere techarla.

—Ya es hora de que la techemos —dice.

—¿Y por qué no la techamos? —le contesto.

—¿La techamos?

—Techémosla.

—Techemos, techemos, techemos, Pero de ahí no pasamos. Porque para techarla hace falta paja. Y no hablo de ripias. ¿De dónde saco el dinero para las ripias? Alquilé, por lo tanto, dos cuartos. Una a Jáime Jone, el sordo, un viejo que ya está chocho. Los hijos me pagan cinco guilden semanales de alquiler. El viejo come con ellos, día por medio. Es decir, un día come y otro día ayuna; y el día que come, no le dan más que aleluyas. Es lo que dice él, Jáime Jone. ¿No será una mentira del sordo? A los viejos les gusta refunfuñar. Nunca les dan bastante, ni los ponen cómodos ni los acuestan en blando...

¿A propósito de qué lo decía? A propósito de los inquilinos... ¡No se los deseo a ninguna persona decente! El sordo vaya y pase; por lo menos es tranquilo,

callado, No se deja ver ni oír. La otra pieza el diablo quiso que se la alquilara a la harinera, la Gnesie, una mujer que tiene un comercio de harina. ¡Buena trapalona!

Al principio, la hubiera visto, se mostró suave como melcocha. Mucho cariño, mucho queridita, mucho corazoncito. Que me iba a hacer esto, que me iba a hacer lo otro. ¡Si ella no necesitaba nada...! Un lugarcito en el fogón para poner la olla, un rincón del banco de salar, para poner su trocito de carne una vez por semana, una punta de la mesa para amasar fideos cada tanto...

—¿Y sus hijos? ¿Dónde va a poner tantos chicos? —le dije—. Usted tiene muchos, Gnesie, que Dios les conserve la salud.

—¿Chicos? ¡Mi querida Iente! —replicó. ¡Esos no son chicos, son perlas! En verano se pasan el día en la calle, y en invierno se acurrucan en el fogón y allí se quedan, sin chistar ni mistar. El único defecto que tienen es que les gusta comer, que Dios les conserve el apetito. Exigen mucho... ¡Mi Dios, qué desgracia me agencié! ¡Hay que ver esos niños! Todos escogidos, que Dios me castigue por decirlo. ¡El escándalo que arman todo el día! Gritan, chillan, se pelean. ¡Un infierno! ¡Qué digo infierno! El infierno, al lado de ellos, es una delicia.

Con todo, los niños serían lo de menos; siempre es posible hacerlos callar, con un golpe, un sopapo, un pellizco. ¡Niños al fin! Pero Dios le dio un marido a la Gnesie. Usted debe de conocerlo. Se llama Oiser; es segundo *shames*¹ de la sinagoga chica. Un pan de Dios, el pobre. Y no parece muy tonto. Tendría que ver cómo lo trata: Oiser de aquí, Oiser de allí, Oiser esto, Oiser aquello, Oiser ven, Oiser no vayas. - Oiser, por su parte, le contesta con un chascarillo (para colmo es aficionado a las bromas), o se hace el sordo y se va. Es una ganga, no hay nada que hacer...

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de los malos inquilinos... De malos a malos algo va. Que Dios no lo tome por maledicencia. No estoy hablando mal de ella. ¿Qué daño me hizo? Es una mujer que no le niega un trozo de pan a un pobre. ¡Pero condenada sea! Cuando le da la furia ¡sálvese quien pueda! Me da vergüenza decirlo. No se lo contaría a nadie, pero sé que usted lo mantendrá en secreto. Ssss... Le pega ¿sabe?... Al marido... Cuando nadie la ve.

—¡Gnesie! —le digo—. ¡Por Dios! ¿No teme usted a Dios?

—¿A usted qué le importa? —me contesta.

—Por mí que aguante y sufra.

—Que sufra el que espía en olla ajena.

—Que se le caigan los ajos a quien no vio nada mejor.

—Que se le tapen los oídos al que escucha... ¿Qué me dice la deslenguada?

¿A propósito de qué lo decía? A propósito de que a mí me gusta la limpieza... No lo niego; me gusta ver la casa limpia en todos los rincones. ¿Qué tiene de malo? A Gnesie probablemente le indigna que yo tenga mi pieza aseada, pulcra, reluciente. Si viera la de ella... Siempre oscura, mugrienta, llena de suciedad hasta el cuello, el tacho del agua usada, rebosando... ¡Qué asco! En cuanto empieza el día, se viene el techo al suelo. Es que esos no son niños, son diablos. ¡Qué distintos de mi hijo Dóvidel, salvando mil veces la comparación! Porque Dóvidel, que Dios le dé salud, se pasa el día en el *jéider*,² y de noche cuando no reza estudia, y cuando no estudia repasa algún libro religioso. Y los de ella, ¡qué Dios no me castigue por decirlo!, cuando no comen lloran, y cuando no lloran jaranean. ¿Se da cuenta?

¿Tengo yo la culpa de que Dios le haya dado a ella esa pandilla de bandidos y granujas, y a mí esa magnífica alhaja, ese trozo de oro? Que no se me

desbarate, Dios mio, que me costó bastantes lágrimas. Y eso que soy mujer. Pero un hombre en mi lugar no habría resistido tanto. No lo tome como reproche. Hay hombres que son mil veces peores que mujeres. En cuanto se ven un poco apretados en seguida se pierden. Para qué más; ahí tiene a lose, el hijo de Moishe Abrom. Con su esposa a su lado, se defendía más o menos bien; cuando Frume Neje murió se deshizo completamente.

—Don lose, por Dios —le dije—. ¿Se le murió su esposa? ¡Paciencia! ¿Qué va a hacer? Es cosa de Dios...

—*Dios da y Dios quita*. ¿No es así como dicen los libros sagrados? A usted no hace falta que se lo diga; usted lo sabe mejor que yo...

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de los hijos únicos... Dóvidel es lo único que tengo, la niña del ojo. ¿No lo conoce?

1 Intendente de sinagoga.

2 Escuela particular hebrea.

Lleva el nombre de mi suegro, Dóvid Hersh. ¡Si lo viera! Igualito al padre, igualito a Moishe Bentsión. La misma estatura, la misma cara, pálida, delgada, consumida; piel y huesos. Y es débil, muy débil; agotado por el *jéider*, por el Talmud.

—Basta, hijito, basta —le digo—. Descansa un poco. Tienes mala cara. Come alguna cosa, bebe algo. Toma, aquí tienes un vaso de achicoria.

—Tómalo tú, mamá —me dice—. Trabajas demasiado, más de lo que te dan las fuerzas. Te ayudaré a traer el cesto del mercado.

—¡Qué esperanza! ¡No digas eso! ¿Tú, llevando cestos? ¡Que se mueran todos mis enemigos, y los tengo muchos, antes de verte llevar cestos! Tú tienes que estudiar, nada más que estudiar.

Contemplo a mi hijo y lo veo idéntico a su padre, hasta con la misma tos, i triste y desdichada de mí! Cada vez que lo oigo toser siento que se me despedaza el corazón. ¡Bastante sufrí para llegar a verlo grandecito! Porque le diré; nadie creyó que esta criatura seguiría viviendo. No hay plaga, enfermedad o azote que no se le haya pegado. Sarampión, viruela, difteria, escarlatina, dolor de muelas, de todo. Las noches que me pasé en vela a su lado, que Dios no me las cuente. Parece que mis lágrimas, y un poco también los méritos de sus antepasados, influyeron favorablemente, y con muchos esfuerzos alcancé a verlo bar *mitsve*.³ ¿Usted cree que ahí terminó la cosa? Escuche y verá qué bueno. Una noche de invierno, volviendo del *jéider*, se encontró con alguien que iba vestido de blanco de arriba abajo y se golpeaba las manos. Mi hijo se llevó un susto terrible y cayó desmayado en la nieve. Lo trajeron a casa medio muerto; a duras penas logramos reanimarlo. Volvió en sí, pero sólo para caer nuevamente enfermo, con una fiebre infernal. Estuvo en cama casi seis semanas. No sé por qué milagro del cielo pude sobrellevarlas. ¡Las cosas que hice! Formulé promesas, lo vendí y lo compré, le agregué otro nombre⁴ (Jáim Dóvid Hersh). De las lágrimas que derramé no hablo.

¡Dios mío!, le decía al todopoderoso, ¿quieres castigarme? ¡Hazio! Aplícame el castigo que quieras, ¡pero no te llesves a mi hijo!

Dios me hizo esa gracia. Mi hijo sanó.

—Mamá —me dijo—, ¿sabes que he visto a papá? Vino a visitarme.

Casi me muero cuando le oí decir estas palabras. El corazón me palpitaba terriblemente. Tioj, tioj, tioj...

—Que ruegue tu padre —respondí. Eso prueba que vivirás muchos años y

gozarás de buena salud.

Y el corazón me seguía saltando en el pecho. Tioj, tioj, tioj...

Mucho tiempo después supe que el que mi hijo había visto vestido de blanco y golpeándose las manos era..., adivine quién, rabino, usted que es

3 Estado que adquiere el varón judío al cumplir trece años de edad y asumir la responsabilidad de sus actos. 4

Antigua costumbre babilónica adoptada por los judíos, que consistía en variar la personalidad del enfermo para cambiarle la suerte. Se simulaba una enajenación y nueva compra, o se agregaba otro nombre, a menudo el de Alter o Zakén ("viejo", respectivamente en ídish y en hebreo).

sabio... don Lipa, el aguador. Se había comprado una pelliza nueva, blanca, y como hacía mucho frío, helaba, se golpeaba las manos para entrar en calor.

¡Que cargue con mis penas! ¿Se da cuenta qué ocurrencia, ponerse de pronto una pelliza blanca? ¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de la salud... La salud es lo fundamental, me dice el médico, y me manda que lo cuide, que le haga calditos, todos los días si puedo, aunque sólo sea de un cuarto de pollo, que lo alimente, si me es posible, con leche, manteca y chocolate... ¡Si me es posible! ¡Qué pregunta! ¿Hay algo en el mundo que no pueda hacer por mi Dóvidel? Si me dijeran, por ejemplo: "Iente, vete a cavar la tierra, a partir leña, a llevar agua, a amasar arcilla, a robar iglesias... Hazlo por Dóvidel". Lo haría, incluso en plena noche y aunque helara. Este verano se le antojaron unos libros, que yo no los tenía. Como yo voy a vender a las casas más importantes del pueblo, me pidió que tratara de conseguirlos y me los anotó en un papel. Mostré la lista y pedí los libros, los pedí con insistencia, varias veces. Se rieron de mí.

—¿Para qué quieres esos libros, Iente? —me dijeron—. ¿Qué hace con ellos? ¿Se los da de comer a los gansos y los patos?

"No me importa que se rían", pensé yo, "con tal que mi hijo consiga sus libros." Dóvidel se pasa noches enteras leyéndolos, y siempre me pide más. ¡No se los voy a negar! Devuelvo los anteriores y pido otros. ¡Y este médico genial viene a preguntarme si le puedo hacer todos los días un caldito de un cuarto de pollo! ¡De tres cuartos también, si fuera necesario! ¿De dónde sale esta clase de médicos? ¿Dónde se cosechan? ¿Qué levadura les ponen y en que horno los cocinan?

¿A propósito de qué lo decía? A propósito de los calditos... Le hago todos los días un caldito de un cuarto de pollo y se lo doy cuando vuelve por la noche del *jéider*. Yo me siento con una labor en la mano, llena de satisfacción, y ruego a Dios que me permita hacerle a mi hijo, al día siguiente, otro caldito de un cuarto de pollo.

—Mamá —me dice Dóvidel—, ¿por qué no comes conmigo?

—Yo ya comí, hijito. Que te aproveche.

—¿Qué comiste?

—No te preocupes por eso; ya comí. Que te aproveche.

Luego, cuando él termina de leer sus libros, saco del horno un par de papas asadas, o froto un poco de pan con cebolla, y lo como. Y le juro, así me conceda Dios la dicha de ver feliz a mi hijo, que saco al pan con cebolla más gusto que al mejor asado y a la mejor sopa, porque pienso que Dóvidel tomó caldo de pollo y al día siguiente volverá a tomar caldo de pollo.

Lo único que me aflige es esa tos que tiene el pobre. Cají, cají, cají... Le pedí al doctor que le diera algo. Me salió preguntando qué edad tenía mi esposo, que en

paz descanse, cuando murió, y de qué había muerto.

—De la muerte —respondí. ¿De qué va a morir? Se le acabaron los años y murió. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Tengo que saberlo. Examiné a su hijo, que es un niño muy bueno, talentoso...

—Gracias, eso ya lo sé. No hace falta que me lo diga. Lo que quiero es que le dé un remedio para la tos, para que deje de toser.

—Es imposible. Tiene que tratar de que no estudie tanto.

—¿Y qué otra cosa va a hacer?

—Que coma mucho —dijo—, y que salga todos los días a pasear. Y sobre todo que no lea de noche. Si está destinado a ser doctor, no perderá nada con esperar unos años...

"Llévese el diablo todas mis pesadillas!", pensé. "Este hombre me parece que está medio atontado. Desvaría... "¿Dóvidel, doctor? ¿Por qué no gobernador?" Volví a casa y se lo conté a mi hijo. Se puso colorado y me dijo:

—Mamá, no vayas más a verlo, y no hables con él...

—¡No quiero ni mirarlo! Ya me he dado cuenta que es un idiota.

¿Dónde se ha visto un médico que tenga esa extraña costumbre de preguntar a los enfermos de qué viven, cómo viven y de dónde sacan dinero para vivir? ¿A él qué le importa? ¿No le regalan medio rublo? ¡Pues que haga una receta!

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de las ocupaciones... Siempre ando ocupada, atareada, mareada. Y no es para menos. Tengo que cargar con un cesto lleno de huevos y aves, y lidiar con mis clientas ricas, cada una de las cuales quiere ser atendida primero, por temor de que las otras se lleven lo mejor. ¿Qué tiempo me queda, hágame el favor, para cocinar caldos? ¡Si nunca estoy en casa! Pero el que tiene sesos se da maña. Por la mañana, antes de ir al mercado, enciendo el fogón. Luego hago una escapada, pongo el cuarto de pollo en sal, y vuelvo al trabajo. Más tarde hago otra escapada, lavo la carne, pongo la olla al fuego y le pido a mi inquilina, a la Gnesie, que me cuide la olla, o sea que cuando hierva le ponga encima la tapadera y cubra el fuego con ceniza. Qué cosa difícil ¿no? ¿Cuántas veces le cociné toda la cena? Somos vecinos ¡por Dios!; vivimos entre gente, no en el bosque.

Por la noche, cuando vuelvo del trabajo, avivo el fuego, pongo a calentar la olla y mi hijo puede tomar caldo fresco. ¿Sencillo, no? Todo iría bien, si mi inquilina no fuera una gran... no quiero decirlo. Resulta que esta mañana se le ocurrió hacer para sus hijos un almuerzo lácteo, buñuelos con leche. ¡Buñuelos con leche!

¿Qué comida es esa? ¿Y por qué así de golpe y porrazo, un buen día, como si el sábado cayera en miércoles? ¡Maldito si lo sé! Es una mujer rara la harinera.

Salta de una punta a la otra. Es capaz de pasarse tres días seguidos sin hacer ni siquiera fuego. De pronto le da la chifladura y prepara un tacho lleno de mijo o de sopa de cebada (aunque hace falta un par de anteojos para encontrar un granito de mijo), o una olla de papas con pescado, en el que se huelen las cebollas a un kilómetro de distancia, y con tanta pimienta que después andan todos boqueando el día entero...

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de la mala suerte... Le decía, entonces, que a mi inquilina se le ocurrió hacer buñuelos de harina de alforfón y puso a hervir una jarra de leche. Los chicos se volvieron locos de alegría. ¡Mi Dios! Se notaba que nunca habían visto un poco de leche. Aunque imagínese cuánto habría allí de leche. Dos cucharadas tal vez; lo demás era agua. Claro que para esos pobrecitos es mucho. En eso el diablo trajo al *shames*, al marido de Gnesie. Parece que Oiser olió allá, en la sinagoga, que en su casa estaban haciendo comida de ricos, y se vino corriendo con una de sus bromas.

—¡Felices fiestas!

—¡Desdichadas felices fiestas tendrás tú! —replicó la mujer—. ¿Por qué vienes tan temprano?

—Por temor de perderme una maldición. ¿Qué hierve ahí en el fuego?

—Una ollita de temblores, para ti.

—¿Por qué no hiciste una olla grande, así alcanzaba para los dos?

—¡Condenado seas con tus gracias! —exclamó iracunda la mujer, tendiendo furiosamente el brazo para tomar la jarra.

La jarra se volcó y la leche se derramó sobre todo el fogón. ¡Qué catástrofe! ¡Y qué batahola se produjo! Gnesie echó terribles maldiciones al marido, quien por suerte para él se alejó a tiempo. Los pobres niños bajaron de la banqueta del fogón y se echaron a llorar y a gritar, como si les hubieran matado al padre y a la madre.

—Poco importan sus buñuelos —dije—. Lo que me parece que se estropeó es el caldo de mi hijito, y creo que se volvió *treif*⁵ la olla.

—¡Llévese el diablo el caldo y la olla! —replicó Gnesie—. Mis buñuelos tienen para mí tanto valor como todas sus ollas juntas y todos esos caldos que le hace a su heredero.

—¡Oiga! —le dije—. ¿Por qué no se inmolan todos ustedes por la uña del dedo meñique de mi hijito?

—Oiga —repuso—. Que se inmole su hijito por todos nosotros, él es uno solo.

¿Se da cuenta qué tupé de libertina? ¿No merecía que le sacudiera en la cara una toalla mojada?

¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de que no puede salir nada bueno de cocinar platos de leche y de carne en el mismo fogón... La jarra cayó cabeza abajo y la leche se desparramó. Y lo que a mí me preocupa es que haya tocado mi olla de la carne. Dios no lo quiera. Porque estoy perdida. Claro que, viéndolo bien, la leche no puede haber llegado hasta la olla, que estaba allá lejos, en un rincón, rodeada de ceniza. ¿Pero qué puedo saber? No tengo ninguna seguridad. ¿Y si hubiera llegado? ¡Con mi perra suerte!

Le voy a decir la pura verdad. El caldo, después de todo, sería lo de menos. Claro que me duele. ¿Qué va a comer el pobre? Por supuesto que algo le voy a hacer; me voy a dar una idea. Ayer traje gansos, de la casa del matarife, y para el sábado: cabezas, tripas... Con eso me arreglo bastante bien. Lo malo es que no tengo olla. Si usted me declara *treif* la olla, me

5 Impura. (Siendo una olla para carne se puso en contacto con la leche.)

quedo sin nada; faltándome la olla es como si me faltara una mano. Porque tengo una sola olla. En realidad tenía tres, para platos de carne. Gnesie, mi inquilina, que se le hunda la tierra, me pidió prestada una. Le di una olla nuevita, flamante, y me la devolvió toda mellada.

—¿Que olla es esta? —le pregunté.

—La suya.

—¿Mia, esta olla mellada? ¡Si yo le di una olla flamante!

—No grite, que no le hace ningún favor a nadie. Ante todo yo le devolví la olla sana. En segundo lugar cuando usted me la prestó ya estaba mellada. Y en tercer término nunca le pedí ninguna olla prestada. Yo tengo mis ollas y déjese de fastidiar.

¡Qué descarado de libertina!

—¿A propósito de qué se lo decía? A propósito de que nunca son demasiadas las ollas que una tiene... Me quedé, por lo tanto, con dos ollas sanas y una mellada; o sea dos ollas. Pero un pobre no debe tener dos ollas; y un día que volví del mercado con las aves, se soltó una gallina y se asustó por el gato. ¿Un gato?, dirá usted. ¿De dónde salió? ¡Ella! Siempre ella y sus retoños. ¡Pobre del animalito que cae en sus manos! Lo torturan que es una pena.

—¡Es un ser vivo! —les dice Dóvidel—. ¡Digno de compasión!

¡Vaya a decírselo a esos mataperros, vagos, ociosos! Pues bien, le ataron al gato no sé qué en la cola; el gato comenzó a saltar, a hacer piruetas. La gallina se asustó, subió volando justamente al estante superior, y ¡zas! cayó una olla. Se hizo pedazos. ¿Usted cree que se rompió la olla mellada? ¡Cualquier día! Cuando se rompe algo se rompe lo que está sano. Siempre pasa lo mismo, desde que se fundó el mundo.

Me gustaría saber por qué, por ejemplo, cuando van dos hombres por la calle, cada cual por su lado, uno de ellos hijo único, muy cuidado por la madre, y el otro...

¡Rabino! ¿Por Dios, qué le pasa? ¡Rabina! ¡Rabina! ¿Dónde está? ¡Venga!

¡Rápido! El rabino se siente mal. ¡Se desmaya! ¡Agua, agua!

GUITEL PURISHKEVICH

Historia de una viuda llamada Guitel, vendedora de té, que después de tres años de fatigosos esfuerzos en la tercera Duma, logró salvar a su hijo único del servicio militar, hizo procesar a todos los funcionarios de una oficina del Estado, y se ganó en su pueblo el apodo de Purishkévich.¹ Contada de un tirón por ella misma.

¿Qué hace aquí tanta gente? ¿A qué han venido, a ver milagros? Vamos, dispérsense, desaparezcan como la sal en el agua. Nadie va a representar comedias, ni a contar cuentos de hadas. Me dijeron que anda por aquí un tal Schólem Aléijem, uno que escribe. ¿Es usted el tal Schólem Aléijem, el que escribe? Escriba no más, y que no se le canse la mano. Describa al pueblo entero, de arriba abajo. Se lo merecen, sobre todo los ricos, los copetudos de Dios, los que están convencidos que el mundo se creó para ellos. Nosotros nos reventamos trabajando y ellos se libran con dinero de todas las desgracias y todos los decretos, y encima se permiten burlarse de una viuda que se gana la vida vendiendo té Visotski.

Vendo té Visotski a crédito en las mejores casas, y de eso vivimos yo y mi hijo, el único que tengo y que me quisieron quitar para pagar por pecados ajenos. Escuche y vea las cosas que suceden en la vida. Me parece que desde que el mundo es mundo jamás ocurrió que le sacaran el hijo único, sostén de su vejez, a una madre viuda que vive gracias a Dios primero y a Visotski después.

Y digo vive porque también vive el que todavía no ha muerto. ¿Qué ganancia puede dar una libra de té con la competencia actual, cuando no hay un pobre que no ande vendiendo té por las casas?

Hay que rebajar los precios, Cuando los otros rebajan diez, yo rebajo quince; cuando los otros rebajan quince, yo rebajo veinte. Pero no se puede seguir así.

Yo no soy Visotski. Es triste, no lo dude; amargo como la muerte. Mi única esperanza es Moishe, el sostén de mi vejez. Lo único que poseo, mi hijo, herencia de mi esposo, pobre de mí. Es un buen muchacho, no puedo quejarme.

Sano, hermoso, amable, lleno de virtudes. Sólo que no quiso estudiar. ¡De ninguna manera! Ni aunque lo hiciera picadillo.

—¿Qué porvenir te espera, Moishe? —le decía yo—. No quieres estudiar, ni escribir, ni rezar. Lo único que te queda es ser un mataperros.

No contestaba; mudo como la pared. Decidí, entonces, que se hiciera artesano. Lo llevé a un sastre, conviniendo expresamente con él que le enseñaría el oficio. No le puso ni una aguja en la mano. Lo usaba para cargar con la criatura, o para ayudar a la esposa a pelar papas, o para sacar el tacho de los desperdicios. A veces le encargaba que calentara la plancha, lo cual ya era una concesión especial que le hacía.

Lo saqué de la casa del sastre y lo puse en el taller de un zapatero. Por desgracia me tocó un criminal, un asesino, que por cualquier cosa era capaz de tirar un martillo a la cabeza. Lo saqué del taller del zapatero y se lo llevé a un encuadernador, un pobre diablo sin trabajo que no recibía un encargo ni por casualidad.

Se lo saqué al encuadernador y lo llevé a un relojero, que resultó más infeliz que el otro. No arreglaba los relojes; los estropeaba. Por lo menos es lo que decía todo el mundo en el pueblo. No quise que hiciera de mi hijo un chapucero. Lo saqué de allí, y se lo llevé a un pasamanero, para que le enseñara a trenzar. Hice un contrato por dos años; durante dos años mi hijo trabajara gratis y al tercer año, cuando conociera el oficio, comenzaría a ganar algo. Gracias a Dios esta vez tuve la suerte de encontrar a un buen artesano, que si bien es cierto que le gustaba beberla, en cambio enseñó a mi hijo a trenzar pasamanos en menos tiempo del que tardo en contárselo. A Moishe le gustó el trabajo y en medio año se convirtió en un perfecto pasamanero. Por desgracia tenía que pasarse dos años trenzando sin cobrar nada. Yo le había firmado el contrato al pasamanero y no había nada que hacer. A Dios gracias, los dos años pasaron rápidamente. ¡Bueno, rápidamente! Es un decir. Si aguanté esos dos años será porque soy de hierro. Y con haberlos aguantado después de todo no hacía nada. Porque tenía que ir a buscarle un empleo, o conseguirle trabajo, encargo de pasamanería. ¿Dónde hay de esos encargos? ¿Tirados en la calle?

Entretanto me las tenía que arreglar sola, recorriendo las casas con mi libra de té a cuestas y luchando con la competencia, que cada vez era más grande. Después sufrí un descalabro. Me estafaron. Un cliente me compró tres libras y media de té, a crédito, y de la noche a la mañana se tomó el portante; se fue, según dicen, a Norteamérica. Jamás lo habría creído. Pensé que el mundo se me venía abajo. Casi nada: tres libras y media de té a dos rublos con veinte la libra.

Para colmo lo tuve que mantener secreto, porque si se enteraba Visotski que había sufrido esa pérdida, me cortaba el crédito. Dios me consoló. “No llores, Guítel”, me dijo. “Lo de ahora no es nada. Pronto llorarás más, con el servicio militar que se te viene encima.”

¿Qué servicio militar? ¿De dónde? Hijo único de madre viuda, una mujer que primero Dios y luego Visotski... ¿Dónde se ha visto? ¿No hay Dios? ¿No hay conciencia?

Fue predicar en desierto. Quiso la desgracia que mi hijo fuera del mismo año que los tres nietos del rico, hijos de sus tres hijas. Ojalá les salgan tres llagas a cada uno en un sitio donde no puedan sentarse, ni estar de pie, ni caminar, ni acostarse.

Y fíjese que me lo habían advertido.

—Ojo, Guítel. Tenga cuidado que su hijo no vaya a pagar por los nietos del rico.

—Ja, ja, ja! ¡Cómo va a pagar...! Es único hijo, sostén de una madre viuda que primero Dios y luego Visotski... El otro es un hombre rico, opulento, un magnate,

un millonario. ¡Salvo si no hay Dios en el mundo, Dios no lo quiera!
¡La fuerza del dinero! Hicieron pasar primero a los nietos del rico, uno por uno.
Entró el primero:

Inepto. Luego el segundo: Inepto. Me sentí mal. Si declaraban inepto al tercero
¡pobre Moishe! Para colmo Moishe es un muchacho robusto, sin un solo defecto.
Un verdadero campeón. Los nietos del rico tampoco son enfermos, bien podían ir
a servir. Pero el médico los exceptuaba. En cuanto veía al hijo de un rico, en
seguida: Inepto. ¡Vaya a decirle algo!

¿Me iba a quedar callada? Corri a ver al jefe y le dije:

—Excelencia, a las dos primeras piezas del rico ya las rechazaron. Si siguen
rechazando llegarán hasta mi hijo Moishe, y mi hijo Moishe es mi único sostén de
la vejez...

Se puso furioso y ordenó que me echaran de la oficina.

Lo había previsto. Antes de que alcanzara a entrar la tercera pieza del rico, el
médico ya lo había declarado inepto. Hicieron pasar a Moishe, lo aceptaron, lo
hicieron jurar. derecha, izquierda, lo mandaron a Jarcov. Se acabó.

¿Me iba a quedar callada?

Fui a ver al jefe y le canté las cuarenta. A los hijos de los ricos los rechaza,
mientras que al hijo único de una madre viuda, que primero Dios y luego
Visotski. . ¿No hay conciencia? ¿No hay Dios? El jefe mandó expulsar a la
yidovca.² La yidovca, ni corta ni perezosa, se trasladó a la capital de la provincia
y fue directamente a ver al gobernador.

—Excelencia —dije echándome a sus pies—, pasa esto y aquello. Rechazaron a
tres nietos del rico, y a Moishele, hijo único de una pobre viuda, que primero
Dios y después Visotski, sostén de su vejez... ¿No hay Dios? ¿No hay conciencia?
El gobernador me escuchó y me dijo que lo pusiera todo por escrito.

—Excelencia —repuse—, ¿para qué lo quiere por escrito? Se lo estoy diciendo con
toda claridad. Averigüe, mande a preguntar, podrá comprobar que todo lo que le
digo es la pura verdad.

—¡Por escrito, por escrito! —repitió el gobernador.

—¡Patroncito! —insistí—. Yo no soy mujer de escribir y no me ocupo en
relaciones. Le digo únicamente lo que a mí me duele. Rechazan a los ricos y
toman a los hijos únicos de los pobres. ¿No hay Dios? ¿No hay conciencia?

—¡Por Dios! —gritó el gobernador—. ¿Qué quiere esta mujer?

—Esta mujer quiere que se averigüe la verdad. —le contesté, y que le devuelvan
su sostén. Nada más. La verdad debe salir a flote, como el aceite sobre el agua.
El gobernador se enojó y mandó echar a la yidovca.

La yidovca no se amilanó. Vendí todo lo que tenía y me fuí a buscar la verdad a
San Petersburgo. Iría a ver al ministro de guerra, al ministro del interior y al
senado. Y si fuera necesario ver al zar, sabría abrirme paso para verlo a él
también. Con la verdad de mi parte puedo llegar hasta Díos mismo.

En San Petersburgo tuve otra nueva fiesta: el derecho de residencia.

Comenzaron las corridas. Yo les dije que no temía las expulsiones. "Sólo temo a
Dios y al zar, y a nadie más. Porque yo estoy por la verdad." Entretanto tenía
que comer. No se puede escupir el alma. ¿Cómo haría? A mendigar, no estoy
acostumbrada. Se me ocurrió una idea. San Petersburgo no es una aldea; es una
ciudad, y tiene, por lo tanto, judíos, a Dios gracias. El té de Visotski allí lo
conocen mejor que en ninguna parte. Todos los funcionarios toman té Visotski, y
como yo andaba en contacto con ellos comencé a venderles té a crédito, en sus
casas particulares. Gracias a Dios primero, y a Visotski después, me pude ganar,
no solamente mi amarga subsistencia, sino también alguno que otro rublo que

mandaba a Moishe a su regimiento.

El inconveniente más grande era el derecho de residencia. Si tuviera ese derecho en San Petersburgo sería una reina. Como no lo tenía mi situación era más dura que la muerte. Ya estaban por echarme de la ciudad, a pie y en fila de presos, como Dios manda, cuando intervino en mi favor una señora que escribe en los diarios. Que Dios le dé larga vida.

Es un ángel esa mujer. Además de librarme de todos mis tropiezos, me presentó a Pargament. ¿Lo conoce? Era de los que hablaban en la Duma.¹ Un hombre excelente; que Dios lo tenga en su gloria. ¡Lo que no hizo por mí! Me dio cartas, una tras otra, para personajes que sólo acercarse a ellos ya era un gran honor, y que me escuchaban y me mandaban de uno al otro, siempre más arriba, a personajes cada vez más y más importantes. De este

1 Eso es, el parlamento

modo llegué hasta la Duma.

Comencé a frecuentar la Duma. Iba todos los días, y a veces dos veces por día. Escuchaba los discursos. Todos hablaban, pero el que mejor lo hacía era Pargament. Sus palabras tenían tanta fuerza, le aseguro, que sacudían las paredes y enternecían a las piedras. ¡Pargament! Tenía muchos enemigos en la Duma, no hay duda. Furiosos. Aullaban como perros, lo atacaban, hacían unos escándalos terribles. Yo me contenía a duras penas, allá arriba en mi asiento. (Yo estaba siempre arriba en la Duma.)

Cuando me acuerdo de Pargament se me llenan los ojos de lágrimas. Usted no sabe qué perla era ese hombre, qué brillante. ¡Un ángel, sencillamente un ángel! Dejaba todas las cosas y a todas sus vistas para escucharme. Me preguntaba qué me escribía Moishe.

—¿Qué quiere que me escriba? Dice que le va bastante bien, gracias a Dios. Sus jefes están muy contentos con él. El único que lo tiene mal es el sargento segundo, que le pide continuamente dinero. Moishe le jura que no tiene, pero no le cree. Dice que todos los judíos tienen dinero. ¡Qué plaga! ¡Ojalá le caigan encima las diez plagas de Egipto!

Pargament se reía. Le gustaba reír y hacer bromas. Un día me invitó a tomar asiento y me preguntó, como de costumbre, cómo iban mis cosas en San Petersburgo.

Ojalá les vayan tan bien a los conversos —le contesté.

Se echó a reír con tantas ganas que por poco se cae de la silla.

—Usted, por lo visto, no sabe que yo soy converso —dijo.

—Ojalá haya muchos como usted. Todos los conversos del mundo se pueden morir por una sola de sus uñas.

Pargament volvió a reírse al escuchar mi respuesta.

¡Quién habría podido imaginar que a un hombre como aquel le daría de pronto por morirse! ¡Repentinamente! Qué quiere que le diga, mi querido amigo; son cosas que no se deben expresar, pero me parece que sobre el cadáver de mi finado esposo no derramé tantas lágrimas como el día que me comunicaron que había fallecido Pargament. Ni un padre causa tanto dolor. Le aseguro que después de su muerte se me hicieron insoportables San Petersburgo, la Duma y todo el mundo. Con Pargament era otra cosa.

Nuselovich y Fridman también son buenas personas, no puedo negarlo. Pero no son como Pargament. Yo los iba a ver, a Nuselovich o a Fridman; les hablaba

llorando. Me decían que no podían hacer nada por mí, que no podían ir contra las leyes.

—¿Qué ley dice que a los nietos, a los bastardos de un rico, un magnate, un millonario, hay que rechazarlos uno tras otro, para incorporar en su lugar al hijo único, sostén de su vejez, de una viuda que primero Dios y luego Visotski? ¡A ver, que me muestren esa ley! ¡Quiero verla! Una Duma con tanta gente, en la que todos hablan, todos gritan y se insultan. ¿No habrá uno, uno solo, que salga en defensa de una pobre viuda, que primero Dios y luego Visotski? ¿Qué me dice? ¿Se volvió mudo? A ustedes los haría falta un Purishkévich, un Purishkévich judío, para que les enseñara a ser gente. Van a ser tres años que estoy en San Petersburgo, rondando por la Duma- Nadie abrió la boca para decir una sola palabra de esta injusticia, este crimen de que le saquen el hijo único, sostén de su vejez, a una pobre madre que primero Dios y luego Visotski.

Una vez, una sola vez, un personaje de Besarabia, no sé quién es, hizo un discurso sobre el servicio militar. Cuando le oí decir "servicio militar" me alegré. ¡Gracias a Dios!, pensé. Por fin descubrieron la verdad. Ya era tiempo. Aquí no hacen más que hablar de cosa que dan realmente náuseas... Esto es, con toda seguridad consecuencia de mis protestas y mis reclamaciones a los ministros, el de guerra y el del interior.

¡Qué esperanza! ¡Nada de eso! ¿Sabe que dijo? Fíjese que ocurrencia:

—Hay que establecer una nueva forma de servicio militar para los judíos, mediante el dinero.

¿Se da cuenta?

—Los judíos podrán reemplazar el servicio militar con dinero. Los que no quieran servir, abonarán una suma determinada...

O sea un nuevo beneficio para los ricos, condenados sean. Y los que irían a servir serían, desde luego, los pobres, incluso los hijos únicos. ¿Pero es que no hay Dios? ¿No hay conciencia?

Y Dios hizo un milagro. Se produjo en la Duma un escándalo tan grande que parecía que todos se habían vuelto locos. El que más alborotó fue, naturalmente, Purishkévich, borrado sea su nombre y su recuerdo. El malvado quiso demostrar con pelos y señales que los judíos no cumplían el servicio militar. Absolutamente.

—No hay un solo judío en el ejército —afirmó. Fue demasiado para mí. Sentí una llamarada en el pecho y una violenta sacudida en todo el cuerpo. ¡Cómo! ¡Mi hijo único, sostén de mi vejez, hacía tres años que servía, y hasta se había ganado una condecoración, y aquel gallo de Purishkévich se permitía decir esas cosas delante de todo el mundo y de todos los ministros!

¿Me iba a quedar callada?

Me levanté y grité, desde mi galería, bien fuerte, para que se oyera en toda la Duma;

—¿Ah, no? ¿Y Moishe?

¿Quiere saber lo que pasó? Nada. Me echaron muy cortésmente de la Duma, me llevaron a la comisaría y me quisieron expulsar de la ciudad en fila de presos, como Dios manda. Yo les dije que no temía las expulsiones.

—Sólo temo a Dios y al zar; a nadie más. Porque estoy del lado de la verdad. Tengo tanto derecho a la Duma como ustedes. Ustedes hablan mucho del servicio militar, pero sólo con la lengua. En cambio mi hijo sirve al zar, aunque es hijo único.

No se la llevaron gratis, no. Por suerte para ellos me fui de San Petersburgo antes de Péisaj, antes de que comenzara en la Duma el asunto de la sangre, la

acusación de que los judíos usamos sangre en la fiesta de *Péisaj*. ¡Yo les habría hecho ver quién derramaba sangre! Si éramos nosotros o ellos. Tuvieron la gran dicha de que me volviera a mi casa para *Péisaj*, porque me comunicaron del ministerio de guerra que habían licenciado a mi hijo. Supe, además, que habían procesado al jefe de la oficina de reclutamiento, al médico y a todos los empleados. Parece que van a terminar bastante mal, porque practicaron una inspección y comprobaron que aquello era una fábrica de boletas blancas³; cualquiera que tuviera un par de rublos, sea judío o cristiano, era declarado inepto. A los pobres así fueran hijos únicos, los mandaban a las filas. Ahora todo eso se acabó; no hay más privilegiados. Se terminó el libertinaje. En adelante serán todos iguales. ¿Y por eso tienen que reírse de mí aquí en mi pueblo? Dígamelo usted, que es un hombre que escribe. ¿Es justo que me ridiculicen, que me dejen caer de los labios? Y no sólo eso; que se rían, si quieren, hasta reventar. ¿Merezco, además, que me llamen Purishkévich ¡Que expíe Purishkévich mis pecados! Guítel Purishkévich me dicen. ¡Si por lo menos agregaran "salvando la comparación"! Este es un pueblo de chanceros, de tarambanas, de ociosos. ¿No se ganaron que los describan del primero al último y de arriba abajo? Descríbalos, *pañi*⁴ Scholem Aleijem que los conozca todo el mundo. Que no quede uno solo sin ser exhibido.

3 Certificados de exención del servicio militar.

4* don, señor

IOSEF

Relato de un *gentleman*

No me importa que se ría de mí, ni que me use para escribir un folletín, ni que haga todo un libro, si quiere. No le tengo miedo, se lo digo de antemano. Yo no soy de los que se asustan. No me acobardan los escritores, ni me impresionan los médicos, ni me intimidan los abogados, ni me siento conmovido cuando me dicen que aquel fulano estudió ingeniería. Yo también estudié en un tiempo; yo también asistí a los cursos del gimnasio*. No los terminé, no lo niego. Se enamoró de mí una muchacha (siempre fui un joven hermoso), y declaró que si no me casaba con ella tomaría veneno.

Yo tenía tantas ganas de casarme con ella como usted. No era la única... Pero las cosas fueron demasiado lejos, e intervino un hermano, empleado de farmacia, y me dijo que si su hermana se envenenaba me echaría encima... algo que él sabía.

Tuve que casarme con ella, y la aguanté tres años. Mi esposa me exigía dos cosas solamente: que no saliera de casa y no mirara a otras mujeres. ¿Usted se hace cargo? ¿Qué puedo hacer, si Dios me dio una cara que vuelve locas a todas las mujeres, solteras y casadas? Y no vaya a creer que... ¡No! ¡Dios libre! Me quieren, eso es todo. En todas partes, a cualquier lado que vaya, me asaltan como abejas; los casamenteros me arrancan la cabeza. ¿Qué quieren? Como soy un joven moderno, buen mozo, robusto, con cierto renombre, gano bien, no doy valor al dinero y tengo otras cualidades, me dicen que me van a cubrir de oro. Por supuesto que no les

*escuela secundaria en Rusia. (nota corrector)

permiso.

—¡Déjenme tranquilo! Ya me quemé una vez.

—¡No pierda nada con verla! —insisten los casamenteros.

¿Quién se niega a ver a una muchacha? Acepto y las veo; y ellas me ven a mí, y se pelean, se me echan encima, se lo juro, se me echan materialmente encima. Todas me quieren. ¡Todas!

¿Qué gano con que todas me quieran, si yo no las quiero a ellas?

¡La que yo quiero, sólo yo sé quién es! Y ese es mi mal. Y eso es lo que quiero contarle, rogándole, de paso, que todo quede entre nosotros. No por mí; ya le dije que no me asustan las crónicas. Sólo que, ¿para qué?

Lo que le dije hasta ahora fue, por lo tanto, una especie de introducción. Ahora le pasaré a la historia.

Usted se imaginará que no le voy a decir quién es, ni qué es, ni de dónde es. Es una mujer, una doncella, bella por cierto, y pobre por añadidura. Huérfana de padre, vivía con la madre, una viuda joven y también hermosa, que tenía un restaurante judío de comida *kósher*¹. Yo, aquí donde me ve, aunque soy un joven moderno, que gana bien y no da valor al dinero, prefiero comer *kósher*. No porque sea religioso y le tenga miedo a lo que gruñe; sino, en primer lugar, por cuidarme el estómago en segundo término porque los platos judíos son más ricos.

Pues bien, la viuda, decía, tenía un restaurante. Ella misma cocinaba, y la hija servía a la mesa. ¡Y hay que ver cómo se cocinaba en esa casa, y cómo se servía! ¡Con brillo, con esplendor, con exquisitez! Daba gusto comer allí. No tanto por la comida como por la presencia de esas dos mujeres la madre y la hija, una más linda que la otra.

Viera a la madre. A pesar del fogón y del trabajo se conservaba fresca, reluciente la cara, blanca como la nieve. Las manos, bellas como el oro. Los ojos, dos luceros. Le aseguro que todavía podía despertar amor.

¡Imagínese ahora, una hija de esa mujer! No sé si entiende usted de estas cosas, si conoce el capítulo doncellas... La carita, leche y rosas; las mejillas, dos buñuelos; los ojos, un par de cerezas; el cabello, de seda; los dientes, dos hileras de perlas; el cuello, de alabastro; las manos, para llenarlas de besos; el labio superior, arremangado como el de los niños. ¿Lo notó? Ya le digo; una figurita torneada, cincelada, como para exponerla a la admiración de la gente "Miren y revienten".

Tenía una risa, con unos hoyuelos, que con eso sólo sería suficiente. Cuando se reía alegraba a los que la veían; iluminaba las cosas que la rodeaban. Reían con ella las personas, las mesas, las sillas, las paredes. ¡Alegraba la vida! Así era su risa. ¿Quién era capaz de mirarla y no quererla?

No quiero extenderme. Desde el primer momento que la vi sentí que estaba frito. ¡Completamente frito! Y eso que para mí, usted comprende, una mujer no tiene mayor importancia. Nunca transigí con esas pamplinas del amor, los idilios... no me opongo, desde luego... Como no... ¿Por qué no? ¿Pero pegarme un tiro? ¡No...! Eso es lo que dejo a los estudiantes de sexto año del gimnasio. No es para un hombre.

Cuando comprobé que estaba bien frito, hice un aparte con la madre, no para "pedirle la mano", ¡que esperanza!, yo no soy de los que se apresuran sino, simplemente para tantear un poco las cosas.

No está de más. Averigüe un poco el cómo y el cuándo, hablé de esto y aquello...

—¿Cómo andan las cosas de su hija? —pregunté.

—¿Cómo quiere que anden?

—Me refiero al porvenir. ¿Qué planes tiene?

—No me inquieta su porvenir. Ya lo tiene asegurado.

Sentí como si me hubiesen asestado una puñalada en el corazón.

—¿Ya lo tiene asegurado?

—Es claro. ¿No ve qué poco se preocupa?

En ese momento llegó ella, iluminando con su presencia todos los rincones.

—¿Mamá, vino Iósef? —preguntó a la madre.

Pronunció ese nombre, "Iósef", con una extraña entonación, con el acento que sólo usan las novias para nombrar a sus novios. Al menos es lo que a mí me pareció. Mejor dicho, estoy seguro que fue así. No solamente aquella vez:

siempre. Cada vez que decía Iósef le salía como si le pusiera música Ió... sef...

¿Se da cuenta? No era un simple Iósef. Sino un Ió... sef...

Desde entonces no dejé de oír ese nombre en ningún momento. Continuamente

Iósef, Iósef... Comenzaba a sonarme en los oídos no bien nos sentábamos a la

mesa. ¿Dónde está Iosef?... Hoy no vendrá Iósef... Dijo Iósef... Iósef escribió...

Vino Iósef... Iósef tomó... Iósef dio... Iósef... Iósef... Iósef...

Yo estaba ansioso por verle la cara a tal Iósef.

No hace falta que le diga que le cobré aversión a Iósef; lo odiaba como a una

araña. Si bien, desde luego, no podía compararse conmigo. Sería, sin duda, un

jovenzuelo cualquiera, miembro de alguna sociedad. O un *iénkele*,² como ella les decía, riendo.

Iénkele. El nombre les quedaba a la medida. Aquellos no eran más que unos *iénkeles*, unos hombrecitos minúsculos, en su mayoría de aquella especie de hombrecitos que usan cabello largo y camisa negra. Exactamente lo que a mí me disgusta. Perdóneme; veo que usted también usa cabello largo y camisa negra.

Si a usted le parece lindo, permítame decirle que se equivoca. ¡Cuanto mejor es un esmoquin con chaleco blanco...! Cuando veo una camisa negra pienso en un pantalón raído; perdóneme que se lo diga. ¿Usted cree que no les dije? ¡Ya lo creo que sí! Yo soy franco y me repugnan la adulación y la zalamería. El que tenga algo contra mí que me lo diga en la cara.

Lo único que no tolero es que me llamen burgués. Soy capaz de abofetear a quien me lo diga. Yo no soy burgués. Soy un hombre como cualquiera. Sé y entiendo de todo, porque leo libros y diarios, todos los diarios modernos. ¿Por qué soy burgués? ¿porque uso esmoquín y chaleco blanco y ustedes camisa negra? No me refiero a usted, sino a esos *iénkeles*, y a ese Iosef de quien le estoy hablando. Mantuve con los *iénkeles* varias conversaciones en la mesa, de las que saqué en limpio que me tenían tanto cariño como yo a ellos. Amor con amor se paga.

De todos modos nunca les he expresado mis sentimientos; no tengo por

2 Mote despectivo que se aplicaba a los revolucionarios de la época.

qué hacerlo. Por el contrario; traté de intimar un poco con ellos, de entrar en su círculo; no tanto por ellos como por el tal iósef. Y no tanto por Iósef, como por ella. Me dolía que no lo dejara caer de los labios y me juré que pasara lo que pasara, llovieran piedras del cielo o se viniera el mundo abajo, tenía que conocer al ilustre personaje.

Lo conseguí. Cuando yo me propongo algo no hay nada que me impida lograrlo.

El dinero no es obstáculo. Ya le dije que soy comerciante, hago buenos negocios,

no doy importancia al dinero, etcétera, etcétera.

Cae por su peso que no fue fácil entrar en ese círculo. Fui avanzando lentamente, paso a paso. Comencé por dejar caer un comentario, deslizar una palabra, seguida por un suspiro, sobre la mala situación general, dando a entender que para "esas cosas" no escatimaría el dinero, que siempre estaría dispuesto a tirar rublos. A "tirar". ¿Se da cuenta lo que eso significa? Una cosa es "dar" los rublos, otra cosa es "tirarlos". Hay mucha diferencia. Tirar es sacar la cartera y entregar el dinero, libremente, sin contarlo.

Es la forma que yo prefiero. No siempre, desde luego; sólo cuando hace falta. Cuando hay que tirar veinticinco rublos, o cincuenta, o cien, a uno no le debe temblar la mano, Ud., por ejemplo se encuentra comiendo con un grupo de personas a las que invitó a almorzar o cenar, y el mozo le trae la cuenta; usted echa rápidamente un vistazo al total y habla mientras tanto de cualquier otra cosa. Luego, cuando le traen la vuelta, no debe contar el dinero, como una mujer que vende cebolla en el mercado; se lo guarda rápidamente y se acabó. La vida es una escuela que es preciso cursar y aprobar. ¡Hay que saber vivir! Yo puedo afirmar que sé vivir, porque sé conducirme, conozco lo que es propio y lo que es inoportuno. Nunca me paso de la medida y nadie podrá descubrirme jamás cuáles son mis pensamientos.

Si me hubiese visto alternar con los *iénkeles* habría pensado, con toda seguridad, que yo también era un *iénkele*, hecho y derecho. Desde luego, no me dejé crecer el pelo, ni me puse camisa negra. Seguí usando mi esmoquin y mi chaleco blanco.

Pero fingí interesarme en todas esas cosas que a ellos los atraen, y hablé de lo que ellos hablaban.

Proletariado, Bébel, Marx, reacción y otras palabras semejantes me brotaban abundantemente de la manga. ¡Y cosa extraña! Cuanto más me acercaba a ellos más se alejaban de mí. Noté que cuando yo comenzaba a derramar las palabras proletariado, Bébel, Marx, reacción, etcétera, etcétera, los *iénkeles* se callaban, cambiaban entre sí miradas extrañas y se mondaban los dientes. Pero eso sí: me sacaban dinero. Los lunes y los jueves tenían siempre algún concierto, y siempre era yo el que estaba en la primera línea de fuego.

—Supongo que el *gentleman* tomará hoy también una butaca de tres rublos para la primera fila...

El *gentleman* —que de otra manera no me llamaban—, tenía que comprarles todos los lunes y jueves una butaca de tres rublos. ¿Qué remedio le quedaba? Por eso cuando el *gentleman* llegaba los *iénkeles* suspendían inmediatamente todas las discusiones y guardaban silencio, como si jamás hubiesen hablado una palabra. Se volvían mudos. El *gentleman*, de más está decirlo, ardía de furor. ¿Pero qué podía hacer? Ya le dije que cuando a mi se me pone algo entre ceja y ceja tengo que salirme con la mía cueste lo que cueste. Persistí, tuve paciencia, me afiancé en la intimidad del grupo, y logré por fin que me permitieran asistir a uno de sus debates. Hablaría. ¡Ósef me dijeron...

¿Usted se imagina que alegría que sentí cuando lo supe? ¡Tendría el honor de conocer a Ósef y oírlo hablar!

Cuándo y dónde se haría esa reunión no me lo dijeron. ¡Qué me iban a decir! Ni siquiera les pregunté; sabía de antemano que era inútil. Los *iénkeles* lo hacían todo en el mayor secreto. Ellos lo llamaban conspiración. Me aprendí la palabra de memoria. La tenía anotada en mi libreta. Cuando oigo una palabra que me gusta la anoto en seguida en la libreta. No sé si me será útil, pero daño no me hará.

Pues bien, un hermoso sábado de verano vinieron a verme dos *iénkeles*, de

camisa negra, por supuesto, y me dijeron:

—Venga.

—¿Adónde?

—A donde sea. Venga con nosotros.

Fui. ¿Qué remedio...? Salimos a las afueras del pueblo, bien lejos, y nos internamos en el bosque. A cada paso nos encontrábamos con un *iénkele* sentado al pie de un árbol, que fingía mirar al cielo y murmuraba: "¡Derecha!", o "¡Izquierda!".

Decir que tenía miedo sería una tontería. ¿Miedo a un hombre? Pero me resultaba violento que yo, un comerciante de prestigio, que hacía buenos negocios, que no daba importancia al dinero, y que etcétera, etcétera, se dejara conducir por unos chiquillos, por unos *iénkeles*. ¿Comprende?

Caminamos, caminamos, interminablemente, bosque adentro, bosque afuera, hasta que llegamos a una alta montaña. Trepamos a la cima de la montaña y cuando luego nos lanzamos cuesta abajo, apareció ante mis ojos un mar de cabezas negras diseminadas por el valle. Eran los *iénkeles* que estaban sentados en el suelo; jovencitos de camisa negra, muchachas de blusa y jóvenes diversos. ¡Una enorme cantidad! Unos tres mil individuos, si no más. Todos silenciosos. Se oía volar una mosca.

Nos acercamos en puntas de pies al ejército de *iénkeles* y nos sentamos en el suelo. Yo me puse a buscar con la vista a Iósef, y de pronto divisé... ¡imagíneSe a quién!... a una persona conocida, a uno de los *iénkeles* que comían conmigo en el restaurante de la viuda. ¡Válgame...!

"¿Era ese?", fue lo primero que pensé. "¿Ese era Iósef? ¡Y yo que me lo había imaginado...! ¡Qué sé yo lo que me había imaginado! ¡Algo con cuernos!"

Para decirle la verdad, casi me alegré. ¡No, me alegré mucho! Lo comparé conmigo. No porque crea que no hay nada mejor que yo. No vivo engañado. Sé que hay otros más lindos. Pero aquel... ¿sabe? Se lo voy a describir minuciosamente, tal como lo vi el primer momento, allí delante, apoyado en un árbol.

Pequeño, pálido, delgado, consumido, de pecho angosto, mejillas blancas, hundidas, con un leve tinte rosado, barbita rubia, rala; frente alta, amplia, clara, ojos grises, de gato, llenos de fuego, y una boca... que hablaba.

Que Dios me castigue si logro explicarme, aún hoy, cómo era posible que aquel ser pudiera hablar tanto, tan rápido y tan fuerte, y con tanto fuego y tanta pasión. Lo que le puedo decir es que aquellas no eran simples palabras salidas de una garganta humana. Allí había un demonio, o una máquina a la que le habían dado cuerda, o algún artificio que desde arriba derramaba frases envueltas en llamas; o si no, era un árbol el que hablaba.

Yo esperaba que de un momento a otro aquel ser minúsculo de las mejillas rosadas y hundidas y los ojos grises, alzaría vuelo y se iría volando hacia arriba, bien alto, llevándose su torrente de palabras...

¡No, es inútil! Yo escuché hablar a los más brillantes abogados, pero jamás oí ni creo que vuelva a oír un discurso como aquel.

No sé cuánto tiempo estuvo hablando; no miré el reloj. A quien miraba era al orador y al ejército de cabezas sentadas en el suelo que tragaba ansiosamente sus palabras. Pero el que no la vio a ella en esos momentos no vio nada bueno. La encontré en el ejército de cabezas, sentada sobre las piernas, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro resplandeciente, las mejillas encendidas, el labio superior respingado, sus bellos ojos de cereza sonriendo y clavados en él, pegados a él...

No puedo negarlo. Sentí envidia. No por su habilidad oratoria, ni por las demostraciones de afecto y los aplausos que le prodigaron cuando terminó su discurso, sino por la forma en que ella lo miraba. Por una sola de esas miradas daría... no sé qué. Eran miradas que hablaban. Me pareció oír su voz cantando su conocido *Ió...sef* musical. Ya le dije que no doy excesiva importancia a las mujeres. He conocido muchas de ellas, porque soy un joven no mal parecido, moderno, que gana bien, que no da mayor valor al dinero y que etcétera, etcétera. Pero de esa manera no me miró ni siquiera mi esposa cuando se moría de amor por mí.

Se me ocurrió acercarme a ella, sentarme a su lado, pasar ante sus ojos, rondarla como una mosca, zumbarle en los oídos como un mosquito. ¡Todo en vano! Sus ojos se habían prendido como sanguijuelas de los ojos de él, y los de él de los ojos de ella. Tuve la impresión de que aquellas dos personas no veían a nadie más que a ellos mismos; él a ella y ella a él. No les hacía falta nadie más, a ninguno de los dos. Le aseguro que las torturas del sepulcro no son nada comparadas con las que sufrí en esos momentos. Sentía una borrasca infernal rugiéndome en el pecho, no sé si enfurecida contra él, contra ella o contra los dos, o quizá contra mí mismo. Aquella noche volví a casa con un terrible dolor de cabeza. Me acosté resuelto a no volver jamás al restaurante de la viuda. ¡Que se fueran todos al diablo! No me hacían ninguna falta. ¿No le parece? Me levanté a la mañana siguiente y aguardé con ansiosa impaciencia que llegara la hora de almorzar. A las dos de la tarde me fue directamente al restaurante; encontré alrededor de la mesa a los mismos *iénkeles* de siempre, entre los cuales se hallaba Iósef.

No sé cómo será usted; yo, cuando veo a un artista, o a un ministro, o a cualquier otro personaje famoso, y aunque sé que es un hombre como todos, que come como todos y bebe como todos, me parece que es distinto, que tiene algo intangible que lo diferencia. Es lo que pasó con Iósef, cuando lo vi después de su discurso- Era y no era el mismo *iénkele* de antes. Tenía un no sé qué, un algo que parecía llevar marcado en el rostro y por el que yo daría no sé cuánto. No porque me hiciera ninguna falta. ¿Para qué lo quería? ¡Para nada! Lo quería solamente por ella.

Ella no se apartó de él ni un segundo; hasta cuando se acercó a mí y habló conmigo, pensaba en él, no en mí. Yo entiendo de estas cosas. Me costó bastante aprenderlo.

Comenzó para mí un nuevo infierno. Antes de conocer a Iósef me había imaginado un hombre alto, hermoso, robusto, varonil. Estaba celoso de él, me disgustaba, lo odiaba; usted no se imagina cómo lo odiaba. Después de conocerlo, cuando supe que era un simple *iénkele*, me sentí indignado. No sé si contra ella, por endiosarlo de ese modo (y que lo endiosaba lo veía un ciego), o contra él, por haberle dado Dios el don de la elocuencia, o contra mí mismo, por carecer de él. No porque me haga falta. ¿Para qué lo quiero? Yo no soy ningún mudo. ¡No vaya a creer! Yo sé hablar, cuando quiero. Una vez hablé, en una sociedad, en el Club Mercantil; la gente decía luego que hablo bastante bien, bastante bien.

La pesadumbre que sentí no se la puedo explicar con palabras. Hay que comprenderla o mejor aún, experimentarla. Hay que ponerse en mi lugar, ir todos los días al restaurante, verla con su delantal blanco, resplandeciente contemplar Su bello rostro que cautiva y encanta, escuchar su dulce voz que embelesa y su risa que invade el alma de placer, y verlo al mismo tiempo a él y advertir que todo eso es para él y para nadie más que él.

¡No, había que sacarlo de en medio, quitarlo del camino! ¿Cómo? No lo iba a envenenar ni a pegarle un tiro. No soy un criminal; soy un hombre honrado. ¿Retarlo a duelo? ¡No...! Eso pasa solamente en las novelas. No creo que ocurra en la realidad. En un libro queda bien.

Estaba en esas meditaciones. Cuando se me ocurrió una excelente idea. Hablaré con él, me dije. Sería, como quien dice, dar al ladrón la llave de la puerta. ¿Buen plan, no?

Sin pensarlo más —no me gusta dar largas a las cosas—, le dije un día, después del almuerzo:

—Quisiera hablar con usted. Tengo algo muy importante que decirle.

Ni parpadeó siquiera. Nada. Se limitó a mirarme con sus vulgares ojos grises, como si dijera:

“Aquí me tienes. Habla.”

—No —dije —, aquí no. Quiero hablarle a solas.

—Venga.

Salió conmigo y se quedó mirándome, como si dijera:

“Bueno. ¿qué esperas?”

—Tampoco aquí —insistí—. ¿Cuándo está en su casa?

—Puedo ir a la suya... O si no, venga mañana de... —sacó el reloj y lo miró, de nueve y media a diez y media de la mañana. Aquí tiene mi dirección.

Me apretó con fuerza la mano y me miró fijamente, como para decirme:

“¿Conspiración?”

—Conspiración, no se aflija —dije, y nos separarnos, yéndonos cada cual por su lado.

Aquella noche, por supuesto, no dormí. Me revolvía angustiado en la cama y pensaba en la entrevista. ¿Qué le digo? ¿Por dónde empiezo? Supongamos que me diga:

—Quién lo manda entrometerse en cosas ajenas, señor *gentleman*? ¿Qué tiene que hacer usted, señor *gentleman*, con una joven a la que uno de los *iénkeles* considera su novia desde hace tanto tiempo?

¿Qué le contesto a eso? ¿Y qué hago si me toma de la nuca y me arroja escaleras abajo? No le tengo miedo, desde luego. ¿Por qué? Yo voy a verlo por un asunto. Lo acepta o lo rechaza. No tiene por qué arrojar a nadie.

Me pasé toda la noche revolviendo estos pensamientos en mi cabeza, y a la mañana siguiente, a las nueve y media, subí las escaleras de su casa, como doscientos cincuenta escalones, hasta llegar al desván dónde vivía. Lo encontré en compañía de otros dos *iénkeles*, que cuando me vieron se miraron asombrados, como si dijeran:

—¿Qué hace aquí el *gentleman*?

Mi pájaro les hizo seña de que se tomaran el portante. Los *iénkeles* lo interpretaron, echaron mano a las gorras y desaparecieron.

Cuando quedamos solos, mano a mano, empecé a hablar. Le hice un largo discurso, le dije que pasaba esto y lo otro; que yo, aunque era comerciante, un hombre de cierto prestigio, que ganaba bien, para quien el dinero no tenía valor, etcétera, etcétera, conocía, no obstante, las cosas que estaban pasando en el mundo, “porque, le dije, yo soy un hombre moderno, leo de todo, incluso diarios y revistas...”

y le espeté todas esas palabras raras: proletariado, Bébel, Marx, reacción, conspiración...

Me escuchó y luego me preguntó, suavemente por cierto, sencillamente, sin usar vocablos altisonantes:

—¿En qué puedo servirlo?

—Nada más que dándome un consejo.

—¿Yo un consejo? —dijo—. ¿A usted?

Y me miró con sus vulgares ojos grises, como si quisiera decirme: “¿Un chiquilín como ya dando consejos a un *gentleman* como usted?”

¿Se da cuenta? A él mismo le parecía absurdo, exagerado. A mí ni que hablar que me resultaba violento. ¿Pero qué iba a hacer? Ya me había lanzado, y tenía que seguir. Le confesé mi cuita, le conté lo que sentía mi corazón desde el primer momento que la vi, le dije que no vivía, que ella no me dejaba vivir.

—No estoy acostumbrado a *reaccionar* de este modo por una mujer, por ninguna, aunque sea una princesa, porque después de todo soy un joven comerciante, si bien moderno, pero de prestigio. gano bien, no doy importancia al dinero, etcétera etcétera...

Me escuchó tranquilamente y volvió a decirme con sencillez, amablemente, sin usar palabras clifíciles:

—Yo le aconsejaría que hablara con ella...

—¿Y usted?

—Yo no quiero... —repuso, y en seguida se corrigió—, no puedo, no tengo tiempo para ocuparme en esas cosas.

—¡No! —exclamé. No digo eso. No pretendo que usted hable con ella. ¿Cómo le voy a pedir una cosa semejante? Lo que le pregunto es qué dirá usted de todo esto.

—¿Qué quiere que le diga? Si ella siente por usted lo que usted siente por ella...

—contestó sencillamente, con suavidad, sin palabras pomposas.

Sacó el reloj y lo miró significativamente, como para decir: “La entrevista está llegando a su fin”.

Esa treta de mirar el reloj la conozco muy bien. Yo hago lo mismo, cuando quiero librarme de alguien. Lo malo es que no todos se dan por enterados. Yo sí. Me levanté, le pedí que la cosa quedara entre nosotros, en conspiración, y me fui.

¿Cómo quiere que le diga? ¿Contento? La palabra es muy pálida. ¿Feliz?

Tampoco alcanza. ¡En el septuagésimo cielo! Tenía ganas de abrazar a todo el mundo. Encontraba agradable todo lo que veía.

En cuanto a Iósef, le cobré aquel día un gran afecto, lo quería como a un hermano. Si no me diera vergüenza volvería a su casa y le daría un beso, y si no temiera ofenderlo le llevaría un regalo: un reloj de oro con una hermosa cadena y un gran dije.

Llevado por el entusiasmo me fui al club. Suelo hacer de tanto en tanto una escapada al club, entre luz y luz. No porque me guste jugar; yo no juego. Pero me gusta ver jugar a los demás, y a veces, raras veces, hago una pequeña apuesta sobre una carta ajena. Gano o pierdo. Aquella vez tuve suerte; gané. Gané como nunca. Junté una linda cantidad de rublos, reuní a todos los “andrajosos” (que es como llamamos en el club a los que se quedan sin blanca) y los convidé a cenar, con champaña y todo, de ese que desata la lengua.

Cuando volví a casa, ya en pleno día, encontré en la mesa un telegrama en el que me llamaban con urgencia para un negocio importante. Usted sabe que para nosotros, cuando se trata de negocios, todas las demás cosas se acaban, se pierden, desaparecen.

Me fui por dos días y demoré tres semanas. Cuando volví corrí inmediatamente al restaurante, a comer, y me encontré con un gran cambio. Los *iénkeles* se habían esfumado; los pocos que quedaban no eran los mismos de siempre. Parecían trastomados, aturdidos, aplastados. Comieron en un brinco, a toda

prisa, y se fueron cada cual por su lado, cabizbajos como perros mojados. Lo que más me sorprendió es no ver a Iósef. ¿Dónde estaba? Observé con más atención a los *iénkeles*. Los noté muy perturbados, susurrando misteriosamente entre ellos. Bs, bs, bs... Ya no era conspiración, sino la conspiración de las conspiraciones.

La miré a ella, y la vi extrañamente silenciosa, pensativa y muy conspirativa. Las bellas mejillas no resplandecían; las cerezas de los ojos no sonreían. ¿Qué se había hecho de esos hoyuelos, que parecían pedir que los besaran? Ya no oía su risa, esa risa que alegraba la vida, que hacía reír a la gente, a la mesa, a las sillas, a las paredes.

De más está decirle que a Iósef no lo extrañaba mucho; sólo me intrigaba su desaparición; me rompía la cabeza pensando dónde estaría, si se habría ido por un tiempo o para siempre, y si les mandaba cartas.

Preguntar a los *iénkeles* sería inútil. Esa gente no contestaba. Lo miraban a uno a la cara, en silencio, escarbándose los dientes, como si dijeran:

—Joven, el que quiere saberlo todo, envejece pronto.

Un buen día llego al restaurante y me encuentro a los *iénkeles* sentados alrededor de la mesa. Uno de ellos leía un diario y los demás escuchaban. Noticias de Iósef, sin duda. Lo adiviné mirándola a ella, que estaba a un lado, con su blanco delantal, sus ojos de cereza, sus mejillas encendidas, el rostro resplandeciente, el labio superior espingado, las manos sobre el pecho... Como aquel día en el bosque. Con la única diferencia de que entonces sus bellos ojos miraban a Iósef y ahora vagaban por el espacio. Lo buscaba a él, sin duda, isiempre a él!

Aguardé con impaciencia a que dejaran el diario. Lo tomé rápidamente, lo abrí y lo recorrí con la mirada. Y encontré la solución del enigma: *Iósef estaba adentro*. Yo sabía que acabaría mal. Un día u otro día, pero al final tenía que caer. No se sabía, desde luego, cual sería su suerte. Pero se descontaba que no le harían fiestas, ni le darían miel y perfumes.

No puedo transmitirle lo que sentí en aquel momento. Decir que lo lamenté mucho, no puedo, porque es indudable que yo lo tenía atravesado en la garganta, como una espina. Decirle que me alegré, tampoco puedo, porque no es del todo exacto. Eso es algo que no se le debe desear ni al peor enemigo. Al contrario, lo que yo le deseé, créame usted, es que Dios hiciera un milagro y que... ¿que lo absolvieran? No, eso era imposible; pero con un leve castigo. ¿Me entiende?

Anduve unos cuantos días mareado, aturdido; me encontraba incómodo en todas partes. Cuando supe, por fin, que había terminado el juicio y al día siguiente se dictaría sentencia, le juro por mi vida —y mi vida es cara para mí, que esa noche no pude pegar los ojos. Me revolví inútilmente en la cama de un lado para otro. Al final tuve que levantarme; decidí irme al club, no para jugar sino para tratar de olvidar, aunque sólo fuera unos minutos. Estaba angustiado; tenía el pensamiento, casi la seguridad, de que su situación era grave.

En efecto. Llegué a la hora acostumbrada al restaurante y vi salir apresuradamente a dos *iénkeles*, terriblemente agitados. Entré y encontré a dos personas desconocidas que estaban comiendo. Ya no servía la mesa la hija sino la madre. que también parecía estar trastornada, y como si hubiese llorado. No vacilé y la llevé aparte.

—¿Dónde está su hija?

—En su cuarto —respondió, señalando con la vista una minúscula habitación que parecía una jaula con una puerta.

El juego que yo hacía con la madre no dejaba de ser extraño. Nunca le había hablado abiertamente del asunto; pero me daba cuenta que ella aprobaba el enlace. ¿Por qué no? Un joven moderno, de prestigio, que ganaba bien, no daba importancia al dinero, etcétera, etcétera... Varias veces le di a entender que me interesaba mucho su hija. Y tanto era así que no me gustaba que sirviera a la mesa. ¿Sabe lo que me contestó a esto?

—Sí no le gusta que sirva ella, sírvase usted mismo.

Se pasó el codo desnudo por la cara, de abajo arriba, y se fue. ¿Qué le iba a hacer?

¿Dónde estaba? En el pequeño cuartito.

¿Con qué derecho entré en ese cuarto? ¿Qué fue lo primero que le dije? Le aseguro que no lo sé. No lo recuerdo para nada. Sólo sé que la encontré sentada junto a la ventana, con su delantalcito blanco de siempre, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro pálido, las mejillas descoloridas, el labio superior respingado y los bellos ojos, velados por una nube de tristeza, mirando pensativos, perdidos.

Ni una lágrima; ni huellas de llanto. Sólo un dolor mudo, callado, que se le descubría en la frente, ligeramente fruncida.

Se lo juro por mi vida, a la que aprecio mucho: en ese momento estaba tan bella, tan divinamente hermosa, que sentí impulsos de arrojarme a sus pies y besarle las plantas.

No se asustó al verme, ni se levantó de golpe, ni me preguntó qué quería. Tomé una silla por mi propia cuenta, la coloqué delante de ella, me senté y comencé a hablar, y hablé sin parar, incesantemente, abundantemente, como si se me hubiera abierto una fuente inagotable de palabras. Repito que no sé lo que dije. En concreto el contenido de mi verborragia parece haber sido el siguiente: que la quería confortar, aliviarle las penas que le embargaban el corazón, hacerle comprender que no se debía *reaccionar* con tanta intensidad... Dicho en pocas palabras sería que no se hiciera mala sangre, porque era demasiado joven, demasiado bella. Le aseguré que todavía no podía saber cuál sería su porvenir. Ahí estaba yo, por ejemplo; un joven comerciante, moderno, de cierto prestigio, que ganaba bien, no daba importancia al dinero, etcétera, etcétera... Tan así era que si me decía una sola palabra si me asegura ha que estaba dispuesta a olvidar todo lo pasado, como si no hubiese ocurrido nada, como si nunca hubiese existido ningún *Iósef*, ni *iénkeles*, ni *conspiraciones*. - -

¡No sé de dónde habré sacado tanta elocuencia! ¿Creen ustedes que me contestó una sola palabra? ¡Jamás! Se limitó a mirarme; solamente a mirarme. ¿Qué significaba su mirada? Tal vez: "¿Lo dice en serio? ¡Me parece increíble!" O si no: "Lo voy a pensar". O si no: "¡Déjeme tranquila!" O quizá: "Iósef". ¿Se da cuenta? No, Iósef no, sino "Ió...sef".

Me sentí luego tan ridículo que durante varios días tuve vergüenza de aparecer por el restaurante. Estaba, además, apesumbrado, como si yo también tuviese alguna parte en la desgracia que les había tocado. Fueron inútiles los esfuerzos que hice para olvidar a Iósef, para eliminarlo de mis pensamientos. No doy importancia a los sueños, no temo a los muertos y no creo en brujerías, pero le juro que no hubo una sola noche en la que no soñara con Iósef. Venía, me despertaba y me señalaba con la mano su cuello, me hacía ver la marca azulada que lo rodeaba. ¿Qué opina usted, hay algo de verdad en los sueños?

Sé que una vez un tío mío... ¡Pero no! ¡Pamplinas! No creo en los sueños.

Estaba, simplemente, trastornado; había perdido el apetito, no podía dormir.

¿Usted cree que por miedo? ¡No! Sólo que, usted comprende, se trataba de un

hombre conocido, con quien tantas veces había comido en la misma mesa... Finalmente me resolví; pasara lo que pasara tenía que ir al restaurante. Me animé y fui.

Llegué al restaurante... ¿Qué restaurante? No encontré ningún restaurante. Había desaparecido. sin dejar rastros. ¿Qué se hizo el restaurante?

—Se mudó hace varios días.

—¡Cómo que se mudó!

Toqué el timbre, corrí a ver al dueño de la casa.

—¿Adónde se mudó el restaurante?

¡Inútil! Nadie sabía nada. Nadie me pudo informar. Me puse furioso, me encapriché. Y cuando yo me encapricho, ¡Dios me libre! Anduve como loco, se lo juro. Recorrí todos los rincones del mundo. No encontré nada. Tampoco vi a los *iénkeles*. No apareció ni uno solo, ni para remedio.

Fui a la policía, a averiguar. ¡Para qué lo habré hecho! Empezaron a interrogarme.

—¿Qué desea?

Les dije. Se trata de esto y lo otro. Quiero saber adónde fue a parar el restaurante.

—¿Qué restaurante?

—Tal y tal.

—¿para qué lo quiere?

¿Se da cuenta? Tenía que contarles para qué lo quería. Guardé silencio. Insistieron. Volvieron a preguntarme. Para qué quería el restaurante. Para qué. ¡Me había agenciado un lindo dolor de cabeza! ¡Y el trabajo que me dio sacármelo! Quién diablos me había mandado a la policía...

Por otra parte, y viéndolo bien, ¿qué podía temer? Nada. Soy un comerciante de prestigio, que gana bien. no da importancia al dinero, etcétera, etcétera... ¡Yo no ando en esos asuntos! Y el que no come ajo, no tiene mal aliento. ¿No es así? Lo que pasa es que no me gusta, ¿me entiende? No me gusta; decididamente no me gusta. ¡Las maldiciones que me eché encima! ¡Mire que andar con restaurantes, con muchachas, con lóseles!

Quisiera olvidarla, Y darlo todo por terminado. Imposible. No me la puedo sacar de la cabeza, ni aun ahora. La veo continuamente, con su delantalcito blanco, reluciente, sus bellos ojos que cautivan, su labio vuelto hacia arriba, sus hoyuelos que piden ser besados, su risa, que invade el alma... De noche, cuando duermo, suelo oír su voz diciendo: *Ió... sef... Ió...sef...* Me despierto lleno de sudor: no bien pienso en ella, acude él a mi memoria...

¿Ve? Yo no espero a que se saque el reloj. Sé que todas las cosas deben tener su fin. Perdóneme si le he hecho perder demasiado tiempo, y prométeme que todo esto que le conté quedará entre nosotros. *¡Conspiración!*

Adieu!

Indice	
ESTUDIO PRELIMINAR .	
Cuentos	
El sastre embrujado	7
El consejo	59
Médicos	75
Monólogos	
La olla	79
Guitel Purishkévich	95
Iósef	107

Uruguay:N\$ 12 —
Nº atrasados \$ 4.200.
E \$ 4.600 .. D: \$ 5.000..
Volumen simple (S) 98.
Ilustración de tapa:
Marc Chagall.
`La cuchara de plata`.

Junto con Mendele y Peretz, Aleijem es uno de los tres grandes escritores de la literatura idish en su época de mayor esplendor y, sin ninguna duda, fue y sigue siendo el más popular de todos ellos. Los judíos que el siglo pasado habitaban en Europa oriental estaban confinados en los guetos, bajo la amenaza de perpetuas persecuciones cuando no de matanzas despiadadas. Defensivamente, muchos se acorazaban entonces en una cultura replegada sobre sí misma, aferrada a las viejas tradiciones religiosas y cuya lengua era el hebreo. Adoptar la lengua judía hablada, el idish, para dar cuenta mediante la palabra escrita de aquella dura realidad, pero cubriéndola además con una sonrisa tenue y comprensiva, aunque nada complaciente, implicaba un difícil desafío. Asumirlo, una tarea revolucionaria. Motl, el hijo del cantor; En América; Estrellas errantes; Menajem Mendel; Tevie, el lechero; La broma sangrienta; sus notables monólogos, y algún hermoso cuento para niños prueban que Scholem Aleijem (1859-1916) supo cumplir con largueza ese cometido.

centro editor de america latina : biblioteca basica